

CÓMO HACERSE MAYOR SIN VOLVERSE UN GRUÑÓN

LEOPOLDO
ABADÍA



CÓMO HACERSE MAYOR SIN VOLVERSE UN GRUÑÓN

LEOPOLDO
ABADÍA




ESPASA

1. [Índice](#)
2. [Manual de instrucciones](#)
3. [Un ÚLTIMO APUNTE: CÓMO LEER ESTE LIBRO](#)
 1. [Nosotros, ¿qué éramos?](#)
 1. [Esto cuesta](#)
 2. [Epílogo](#)
4. [Anexo](#)

© Leopoldo Abadía Pocilio, 2014 © Espasa Libros S. L. U., 2014

Primera edición: noviembre 2014 Segunda edición: diciembre 2014 Tercera edición: enero 2015

Fotografía de cubierta: Joan Tomás

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 17.860-2014 ISBN: 978-84-670-4298-6

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U. Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

ANEXO

205

Para Elena, que lo es todo para mí.

Para mis hijos, que me han visto envejecer y que me ayudan a intentar hacerlo con cierto garbo.

Para mis nietos, que presumen de abuelo, hasta el día que se enteren de la verdad.

Para mis amigos, los que me han visto hacerme mayor.

Para mis amigos, los que me han conocido siendo mayor y piensan que he sido así siempre.

Para los que, llenos de buena voluntad, lean este libro.

Para mis editores, que son como son, o sea, fenomenales.

Para todos, un abrazo fortísimo.

- [Manual de instrucciones](#)
- [Un ÚLTIMO APUNTE: CÓMO LEER ESTE LIBRO](#)
 - [Nosotros, ¿qué éramos?](#)
 - [Esto cuesta](#)
 - [Epílogo](#)
- [Anexo](#)

MANUAL DE INSTRUCCIONES

Un verano más. Este año la propuesta de la editorial es muy simple. En apariencia. Como siempre. Con fecha de entrega. Como siempre. Con algunos agobios. Como siempre. En el fondo, pasándomelo muy bien. Como siempre.

La propuesta fue algo así:

—Gonzalo, dile a tu padre que escriba un libro sobre cómo hacerse mayor y no ser gruñón.

Y como la idea me gusta me pongo a ello. Me siento delante del PC. Voy a Microsoft Office Word 2007 y escribo el título: *Cómo hacerse mayor sin volverse un gruñón*.

Cuando me siento a escribir empiezo a pensar en lo que me gustaría que fuera este libro. Y antes de tener una idea clara empiezo a pensar en lo que seguro NO me gustaría que fuera.

No quiero que sea un libro de recetas.

No quiero que sea un libro en el que se describan los síndromes que indican que el viejo es gruñón, porque «síndrome» es «el conjunto de síntomas característicos de

una enfermedad», y eso sería admitir que el «gruñimiento» —«acción y efecto de gruñir»— es una enfermedad —quizá lo es—. Y porque por lo menos ya hay otro libro que habla de eso. No recuerdo el título. Lo hojeé muy por encima, cuando Pepe, un amigo mío, mayor que yo, lo estaba leyendo en la peluquería, esperando a que Jordi me acabara de cortar el pelo.

Y, además, no sé si soy gruñón. Si lo soy no sé si es debido a que ya era así de chaval —el clásico niño único mimado— o que al hacerme mayor me he puesto a gruñir y le he cogido gusto.

Como consecuencia de todo lo anterior he decidido hablar de mí, sin mucho orden ni concierto. Me he planteado escribir a mi aire, uniendo una cosa con otra, de modo que al fin del libro los lectores puedan decir: «Pues sí, este tío es bastante gruñón», «Hombre, no es para tanto: casi no gruñe», «Todo esto que nos cuenta, de lo que ha hecho en su vida, le ha servido para no ser gruñón, o menos de lo que hubiera sido si no hubiera hecho esas cosas; o para ser gruñón, con lo que se demuestra que, en este sentido, su vida ha sido un fracaso y no sabemos por qué ha escrito el libro».

Para que todos tengamos la misma base de partida, copio tres definiciones del Diccionario de la Real Academia Española: «Gruñón. Que gruñe con frecuencia»; «Gruñir. Mostrar disgusto y repugnancia, murmurando entre dientes»; «Gruñido. Sonido inarticulado, ronco, que emite una persona como señal generalmente de mal humor».

He dicho que iba a escribir sin orden ni concierto. Sin embargo, me paro a pensar y cambio un poco de opinión,

porque me doy cuenta de que cierto orden y cierto concierto nunca vienen mal.

Y preparo un índice, con el acuerdo conmigo mismo de que no lo miraré hasta que no haya acabado el libro. Entonces comprobaré que no me he dejado nada. En resumen, este va a ser un libro desordenadamente ordenado.

A ver qué sale.

Mi índice desordenado

1. PLANTEAMIENTO GENERAL Qué es ser mayor.

Lo que implica y lo que no implica.

La pirámide demográfica (traducido al castellano: hemos decidido no tener hijos y los viejos no se mueren ni a tiros).

El respeto y la autoridad.

¿Es cierto que «esto no pasaba en mi época»?

Ser libre para decir lo que quieras.

Colaboradores jóvenes (¡ ?) en un programa de televisión.

2. EL YO DE SIEMPRE

Cuando era un señor normal.

Los viejos.

Cómo veo el futuro.

Ser mayor y mi independencia. Lo que puedo y lo que no puedo/debo hacer, aunque me apetezca.

El mismo de siempre.

Para que no se diga.

Quién me ha visto y quién me ve.

3. EL YO DE HOY

¿Me merezco un descanso?

Jubilarse no es lo mismo que quedarse parado.

La edad es solo una circunstancia.

Mejor estar que no estar.

Optimismo y lo contrario.

4. «LA SALUD ES LO PRIMERO». ¿ES VERDAD?

La desconexión.

El motor a punto.

Chapa y pintura.

5. EL TIEMPO EN NUESTRAS MANOS

Hoy sí me puedo levantar (con esfuerzo).

El ayer, el hoy, el mañana.

Los amigos que se van.

Los amigos que vienen.

Los sueños.

6. ¿COSAS DE LA EDAD?

Lo bueno de ser viejo.

7. LA EXPERIENCIA Y LA INTELIGENCIA

Ventajas e inconvenientes de tener X años, siendo X mayor que sesenta.

La generosidad = la utilidad de mis X años para los demás = compartir lo que sé y lo que he vivido con personas a las que les puede ir bien.

8. ARREGLARSE PARA EL FINAL

El futuro «dominable» y el no «dominable».

Siempre estamos a tiempo de acabar con ovaciones.

9. EPÍLOGO

Algo se me ocurrirá cuando llegue al final del libro.

Acabo el índice y sufro mi primera desmoralización. No tengo nada que decir. Ya lo he dicho todo haciendo esa lista.

Sigo. Subidón. Tengo muchas cosas que decir.

Sigo. Me planteo: «¿Para quién escribes?». Y hago el siguiente razonamiento:

a) Si fuera un libro sobre «el viejo», seguramente sería uno para viejos, definidos como los que han cumplido setenta años. Ya llevo diez años de viejo.

b) Encuentro un libro en la biblioteca que heredé de mi padre: *El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arteriosclerótico*, de Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel de Medicina. Este señor me cae muy bien porque era tío del médico de

mi familia cuando yo era chaval, al que recomendé a mi novia —ella estudiaba Medicina y él era uno de los catedráticos de la facultad—. Recomendación que no sirvió de nada, porque mi novia, en cuarto curso, decidió dejar la carrera y no se examinó.

c) Hojeo el libro. Me paro en la «Introducción».

d) En cuatro páginas cita a Gracián, Schopenhauer, Demócrito, Zenón, Platón, Teofrasto, Epicuro, Crisipo, Aristóteles, Kant y Spengler.

e) Hago un propósito: ni una sola cita. Propósito fácil porque no he leído nada de estos señores y de otros similares que Ramón y Cajal se debía de saber de memoria.

f) Luego releo el propósito y lo hago más *light*: ni una cita como la de estos señores. Sí la de algún amigo mío o mía. Porque a mis amigos les entiendo y si no, les pregunto. Y yo, casi siempre, me entiendo a la primera.

g) Veo la firma de mi padre en la primera página del libro y la fecha de edición: 1934. Mi padre tenía treinta y tres años. O sea, un chaval. Casado, con un hijo de un año. Yo.

h) La portada del libro no es animante. Don Santiago, a sus ochenta años, tiene pinta de viejo. De muy viejo. Calvo, con gafas, con bigote y barba blanca, vestido de oscuro; no me lo imagino comiendo con mis nuevos amigos, de los que luego hablaré, ni participando en los programas de televisión de los que también hablaré después.

i) Para estropearlo más, se autoproclama como arte-riosclerótico.

j) Propósito para el libro y para la vida. No quiero ser así ni aparecer así en la portada del libro.

k) Pero mi padre, a los treinta y tres años, siendo un chaval, se lo leyó.

l) Y yo decidí, al pensar un poco sobre la propuesta de mis amigos editores, que iba a escribir un libro para jóvenes. Para chicos más jóvenes que mi padre. Y para los de la edad de mi padre. Y para los «más mayores», como dicen mis nietos. Para todos.

m) Por eso el título es engañoso y quizá lo cambie. Porque el joven, ese chaval que se come el mundo —yo recuerdo cuando me lo comí, hace cuatro días—, en muy pocos años será un viejo.

n) Y quiero que se dé cuenta ahora de que tiene que ser joven hasta el día en que —viejo, reviejo— se muera, sin haber dejado nunca de ser joven, porque cuando se deja de luchar por ser joven se muere de viejo.

San Quirico, septiembre 2014

UN ÚLTIMO APUNTE: CÓMO LEER ESTE LIBRO

Empecé a escribir el libro hablando de «un viejo», así, en general. Los primeros capítulos se titulaban: «El viejo y la vida», «Las lecturas del viejo», «Lo que le gusta al viejo».

Mi hijo Gonzalo le hizo llegar a Olga, mi editora, unas cuantas páginas. Olga le contestó:

—Queremos que tu padre hable de sí mismo.

Eso era lógico, porque yo soy el viejo al que conozco mejor. Pero tenía un inconveniente, que ya lo tuvo don Santiago Ramón y Cajal, a quien le debieron de dar un encargo parecido: el de hablar de él mismo, o sea, utilizar con exagerada frecuencia el «yo», algo que, según don Santiago, «se juzga orgulloso y antipático».

Conozco, además, la leyenda de un autor que hablaba tanto de sí mismo que, en la versión inglesa del libro que escribía, este perdió la mitad de las páginas quedando reducido a un simple panfletillo, porque en inglés «yo» se dice «I», y esa letra ocupa la mitad de sitio.

Así que empecé hablando «del viejo», o sea, de mí. Pero, por favor, no penséis que estoy presumiendo. Nunca se me ha olvidado lo que me dijo un amigo en Barcelona, en el verano de 1951:

—¿Tú, soberbia? ¿De qué?

Y tenía razón.

1

DE LEOPOLDO A LEOPOLDO 2.0

LA CARROCERÍA,

QUE AHORA SE LLAMA *HARDWARE*

Y el viejo —o sea, yo— se rompió la cadera... Iba directo a dar una conferencia. En su trayecto se colaron un par de escalones de hotel, de esos que había bajado cientos de veces en su vida. Y el viejo se rompió la cadera en una inoportuna y violenta caída.

Tras el trompazo, el viejo se mantuvo fiel a su «Aquí no pasa nada» que suena más a «Aquí ha pasado algo, pero quiero que no haya pasado nada». Se animó a sí mismo, diciendo que daría esa conferencia aunque fuera sentado. El sentido del deber, lo llaman. Le entraron temblores. Hizo una pausa al levantarse del suelo. Pidió un café cargado. Siguieron los temblores. Otro café cargado. El director del hotel donde se había caído llamó a una ambulancia. Se acabó la conferencia.

Al viejo y a su cadera los operaron al día siguiente. Lo hicieron un puñado de médicos amigos, más que competentes. De hecho, muy competentes. Operación rápida. Recuperación rápida. Y a casa. El *hardware* —o sea, la carrocería—, la «parte robusta» de la máquina, fue renovado con éxito.

Muchos amigos le hicieron la misma pregunta:

—¿Te caíste porque se rompió el hueso o se rompió el hueso porque te caíste?

En otras palabras: ¿los ochenta años han hecho *crack* o ha sido un accidente?

Él volvió a recordar que había pisado mal los dos escalones por los que había pasado cientos de veces, y eso le tranquilizó. El hueso no se rompió. Lo rompió.

Cuando la gente hace preguntas así, uno piensa que podía haber sido de la otra manera. Que a los ochenta años ya iba siendo hora de romperse la cadera, el fémur o algo.

Y hace muy poco, elucubrando, escribió una frase que podía ser titular de periódico: «Se hace de noche. Quizá va siendo hora de pensar en cerrar la tienda». Está claro que el viejo no tiene muchas ganas de cerrar. Dice «quizá», «hora de pensar», en lugar de: «Se acabó. Se cierra la tienda».

El viejo, en el fondo, piensa: «Hombre, sí, ya soy mayor, pero si me mantengo físicamente bien, si discurro relativamente bien, si no digo demasiadas tonterías, ¿por qué he de cerrar la tienda?».

Seguramente hay algo más profundo. ¿Qué quiere decir «cerrar la tienda»? Quiere decir no abrirla cada mañana y no cerrarla por la noche. No atender a los clientes. No renovar el género. Añorar el tiempo pasado —«Cuando yo tenía una tienda...»—. O sea, tomar la decisión de hacerse viejo. Decisión irreversible. Porque cuando uno se hace viejo, se hace viejo. Punto.

Yo me hice más viejo en esa caída. Pero no fue algo malo, aunque cueste creerlo. Pasé a una versión más evolucionada de mi vida. Como ahora a todas las cosas que están a la última y que son muy modernas las llaman «lo que sea 2.0», yo comencé a ser una especie de Leopoldo 2.0. Una versión posiblemente mejorada, aumentada y actualizada. Y con un toque *vintage* —es decir, de aspecto encantadoramente antiguo y nostálgico— y retro, que tan de moda está ahora.

Y cuando leo recetas para defenderse de la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis

mental, me digo: «¡Cuidado, Leopoldo, que estás en la edad peligrosa! Haz lo que sea para evitar eso, porque un mozo de ochenta años con vejez de espíritu, aridez de corazón y anquilosis mental tiene que ser forzosamente un gruñón. Y a los gruñones no les aguanta ni su padre, en primer lugar porque ellos no se aguantan a sí mismos».

Hay quien dice que si no te haces viejo a los ochenta, cuándo te vas a hacer. ¡Como si fuese obligatorio! Y no lo es. Por fuera, sí. Es que vienen los años y se amontonan, uno detrás de otro. Pero por dentro, no, porque se puede ser joven con carcasa de viejo, lo mismo que viejo con carcasa —falsa— de joven. Inaguantable. Por eso me encanta lo *vintage*.

O sea, que después de la caída, de la operación y de la recuperación, uno decide que no vuelve a pensar en los ochenta años y que sigue. Quizá cojee ligeramente. Quizá el bastón no le acabe de convencer, aunque todos le digan lo elegante que está. Quizá mire con más cuidado los escalones. Quizá los demás le vigilen más, con cierto disimulo. Quizá esa vigilancia le moleste un poco, pero en el fondo la agradece, lo mismo que agradece al director del hotel que pusiera unas tiras de plástico de color claro en los escalones negros para avisar a los que pasasen por aquí que un señor se cayó y se fracturó la cadera.

O sea, que después de la caída, el viejo —yo— sigue en pie. Y esto no es ninguna tontería.

EL CONJUNTO DE NERVIOS.

O SEA, LO QUE NO SE VE: O SEA, EL *SOFTWARE*

Pero como muchas veces las máquinas te piden que no solo cambies la parte robusta, sino también que actualices la parte más suave —los programas, el sistema operativo..., en definitiva, aquella que hace que la máquina actúe, sienta, sonría y piense—, pues el Leopoldo 2.0, renovado pero *vintage*, recibe una alerta que dice: «Es necesario poner a prueba sus nervios».

Y así, un domingo, al regresar de pasar el fin de semana fuera, siendo mi nuevo yo, Leopoldo 2.0, actualizado pero *vintage*, me encontré con un contratiempo convertido en prueba para mi fuerza mental. Mi piso de Barcelona se estaba quemando. Increíblemente, emití un «¡No puede ser!» mientras veía las llamas y el denso humo desde la calle —por cierto, repleta de curiosos—. Mentalmente conté los pisos hasta llegar al quinto. ¡El nuestro! Sí. El nuestro. El piso, formado por dos unidos —en algún sitio había que meter a los doce hijos— ardía de forma descontrolada. Los bomberos trabajaron incansablemente hasta que consiguieron apagarlo.

Uno de los dos pisos se ha quemado del todo. El teléfono de pared está completamente derretido. Daliniano. El despacho, el centro mundial de Leopoldo 2.0, ha quedado mal. Muy mal. Las fotos de la pared se han salvado porque el primer bombero que entró pensó que aquello había que salvarlo. Un detalle de finura. No se limitó a apagar el fuego. Quiso respetar lo que él consideró respetable. Consideración acertadísima, por otra parte, que define lo que es un trabajo bien hecho.

El otro piso está chamuscado. La ropa, con olor; los libros, sucios; las estanterías, con una capa pegajosa de hollín. Los cuadros, los recuerdos, las alfombras, los muebles..., o sea, un conjunto importante de vida ha quedado bajo una capa de negro polvo.

Subí los cinco pisos caminando, con gran satisfacción por aquello del *hardware* renovado. El bombero jefe nos enseñó las dos devastaciones del incendio: la del propio fuego y la de ellos apagándolo en dura lucha. Bienvenida esa lucha. Me senté en un sofá ennegrecido, no sin antes ir a la también ennegrecida cocina, prepararme un *gin-tonic* ahumado y tomar unas patatas fritas sabor chamusquina que me dejaron las manos llenas de hollín. ¡Cómo me dejarían el estómago!

Como el *software* a veces tarda un rato en instalarse, la idea de quedarnos a dormir entre escombros se descartó, y me fui con mi mujer a casa de uno de mis hijos, que viven cerca, y allí estuvimos durante cuatro días increíbles de cariño, de atención, de cederte la cama de matrimonio con cara de que no te ceden nada. La casa está habitada por siete niños pequeños, deliciosos, que corren y gritan continuamente, y que a mí, abuelo en toda regla, me suena a música celestial.

Y es cuando noté una descarga de adrenalina al ver a esos hijos y a esos nietos felices de echar una mano a sus abuelos. El *software* se estaba instalando poco a poco —«Algo habré hecho yo para que sean así», pensé—. Y, de pronto, el susto, los nervios, la adrenalina y la felicidad vividas de forma intensa e inesperada empiezan a formar parte de ese Leopoldo 2.0 más sensible y más orgulloso de poder salir adelante con la ayuda de los suyos.

APRENDIENDO A USAR LEOPOLDO 2.0

Estoy leyendo una novela de Ludlum, de las de antes de que se muriera Ludlum. Siempre me han gustado las novelas de tiros, que, por lo descabelladas, no son de violencia. Un señor que mata a un batallón con una pistola a la que nunca se le agotan las municiones no es violencia. Es una fantasmada que no hace daño a nadie. Además, por la noche necesito algo que no me haga discurrir. Ya discurro durante el día, y así me mantengo en forma. Por la noche trato de leer algo fácil —aunque haya diez asesinatos y demasiados personajes— y espero a que las líneas del libro empiecen a ponerse unas encima de otras, lo que quiere decir que me estoy durmiendo.

Esta vez el protagonista es Ambler, un espía peligroso que sabe demasiado. Le han ingresado en un psiquiátrico para quitárselo de encima, le han dado un número, le han borrado el nombre... Al cabo de los meses encuentra un espejo, se mira por primera vez ¡y no se reconoce! ¡También le han cambiado la cara! Por dentro sigue siendo Ambler. Por fuera es otro. Y entre el cambio de cara, los medicamentos que le han dado, la huida a bofetadas y algún tiro que otro llega un momento en el que todo lo de alrededor, incluida su cara, le dice a Ambler que no es Ambler, aunque él, por dentro, sabe que sí. Podía acabar la historia diciendo que con este lío no es extraño que me duerma pronto. Y tampoco sería extraño que durmiera mal y tuviera pesadillas. Pero no. Gracias a Dios, y a una pastilla suave que me recetaron, duermo muy bien.

Eso sí, me cuesta un poco más de esfuerzo levantarme. No hace mucho —creo yo— sonaba el despertador y me levantaba de un salto. Ahora no salto por lo de la cadera y porque, en ese momento, los ochenta años se distribuyen por el cuerpo, tirando de él hacia abajo. Me levanto como puedo y mientras me cepillo los dientes me miro en el espejo. Me reconozco, porque soy el mismo de ayer.

Hace muy poco vi una foto, coloreada, de mi primera comunión, de aquellas antiguas con uniforme de marinero, un lazo en la manga, un guante en una mano y la otra sin guante, sosteniendo un misal blanco, y pensé: «¡Cómo pasa el tiempo!».

Seguramente ahora me gusto más que en la foto de la primera comunión, porque me encuentro como más natural, aunque creo que, aparte del traje y de los adornos, algo ha cambiado.

Ha cambiado por fuera, porque por dentro sé que soy el mismo; recuerdo cómo me temblaban las piernas cuando daba gracias después de recibir la comunión y lo contento que estaba, y lo contentos que estaban mis padres, aquellos chicos jóvenes que ya hace muchos años que se fueron para siempre.

Pero me siento un poco como Ambler. Porque ese señor mayor, somnoliento, despeinado, que, cuando sale de la ducha se peina, se afeita y se pone la loción que hace que su hija Mage diga que «hueles a papá», y que luego se arregla y se pone camisa y corbata, y un pasador que le regaló un hijo, y da una conferencia y la gente le aplaude y él lo agradece y se lo pasa bien, es el mismo de la primera comunión, que era callado, tímido y que se vestía según lo que le dijera su mamá. O sea, que de nuevo Leopoldo ha pasado a ser Leopoldo 2.0, más actualizado, pero *vintage*, y está en continuo aprendizaje para poder sacar el máximo provecho.

Soy el mismo, pero mejorado. Y en este momento copio un párrafo de este libro, que, a pesar de que han transcurrido unas páginas sigue vigente:

«O sea, que después de la caída, de la operación y de la recuperación, uno decide que no vuelve a pensar en los ochenta años y que sigue. Quizá cojee ligeramente. Quizá el bastón no le acabe de convencer, aunque todos le digan lo elegante que está. Quizá mire con más cuidado los escalones. Quizá los demás le vigilen más, con cierto disimulo. Quizá esa vigilancia le moleste un poco, pero en el fondo la agradece, lo mismo que agradece al director del hotel que pusiese unas tiras de plástico de color claro en los escalones negros para avisar a los que pasasen que aquí que un señor se cayó y se fracturó la cadera».

Bajo con cuidado los escalones y olfateo de vez en cuando mi casa, mi parroquia, y hasta el Nou Camp por si acaso huele a quemado, porque, aunque crea que el incendio no me ha afectado, sí que me ha dejado un poco más sensible. He estado a punto de escribir «un poco más viejo», pero no me ha dado la gana. Más sensible. Ese es el nuevo *software* que tengo instalado.

Estoy contento porque no he «acumulado» los problemas. «Acumular» es lo que algunos, buenas personas, piensan cuando le dicen:

—¡Vaya año!, ¡parece usted el santo Job!

No he «acumulado». Es decir, no he pensado: «Y después de lo de la cadera ¡ahora esto!». Sino, simplemente: «¡Vaya, hoy me he roto la cadera!». Y, al cabo de unos meses: «¡Vaya, hoy se ha quemado mi casa!».

Reconozco que sí he dado gracias a Dios, porque hace cuarenta años construimos la casa de San Quirico para conseguir que los doce hijos salieran al monte y se desfogaran por allí haciendo toda clase de locuras. Echo de menos a Helmut, el perro, un hijo más, que sonreía —ladrando, pero sonreía— cuando había alguna alegría o algún jolgorio familiar y ponía cara de pena cuando algo no iba del todo fino. Helmut murió, y mi mujer y yo no nos sen-

timos con fuerzas para traer otro Helmut a casa. Pero con mucha frecuencia le añoramos.

La casa de San Quirico ha servido como refugio. Es grande, más que la de Barcelona, está montada para vivir y allí estamos. Y allí se escribe este libro —como todos los anteriores—. Y una vez más aparecerá el nombre de San Quirico —pueblo imaginario— al final.

Allí es donde aprendo a utilizar mi nueva cadera —*hardware*— y a dominar mi nuevo carácter más sensible —*software*— para que Leopoldo 2.0 siga estando más actualizado... Pero manteniendo su toque *vintage*.

CÓMO FUNCIONA LEOPOLDO 2.0

Pues sí, aquí estoy, con la cadera arreglada, con una prótesis que pita en el arco de seguridad de los aeropuertos y que hace que me cacheen y que, al cabo de varios cacheos me haga amigo del cacheador, que invariablemente me pregunta:

—¿Saldremos de esta?

Siempre digo que sí, que saldremos. Y que solo admito una pregunta. Así evito que me hagan la segunda: ¿cuándo?

Guardo con cierto orgullo la fotocopia de la radiografía que me regaló el médico que me operó:

—Ahí tienes la versión del nuevo Leopoldo, el Leopoldo 2.0.

Voy con un bastón que me da cierto aire de elegancia británica. Vivo en San Quirico, que pronto se

llenará de gente. Por lo pronto ya se ha llenado de cajas que mis hijos Gonzalo y Alfonso, con mascarillas, porque si no se asfixiaban, han tenido la santa paciencia de llenar de todas las figuritas, recuerditos y cositas que había en las vitrinas —por ejemplo, el primer móvil que tuve— del piso incendiado y que luego habrá que limpiar uno por uno para que queden presentables.

Observo atentamente la actividad de la familia para hacer agradable algo tan desagradable como limpiar de hollín los recuerdos de una vida. No participo de la limpieza porque se trata de ayudar... y con mi «destreza» no soy buena mano de obra. Cuando a mi mujer y a mis hijos les veo limpiar la plata con un cepillo de dientes viejo mojado con Tarni-Shield, me admiro. ¡No sabía cuánta plata teníamos! Plata en forma de ceniceritos, patitos, cisnes, hojitas, etc., producto de regalos que nos han ido haciendo, la mayor parte cuando nos casamos, pero que metidos en la vitrina se habían conservado bien hasta ahora.

Habrà que tirar bastantes libros a la basura, porque la receta para quitarles el olor —pasar la vaporeta por cada una de las páginas— es claramente inviable. A mí, como nuevo Leopoldo 2.0, me cuesta mucho desprenderme de cosas que tienen valor sentimental. Y a veces no lo veo claro. Por eso tampoco participo en la selección de libros que se pueden salvar. Se trata, de nuevo, de ser de ayuda y en ese sentido me costaría mucho serlo.

De la misma manera que no me interesa profundizar en todo el proceso de reforma del piso que quedó arrasado por el fuego. Y es porque mi capacidad para opinar y decidir es menos experta. Sí que informo de cómo me

gustaría que fuera el nuevo piso —cuanto más parecido al viejo mejor—, y mis hijos, menos mal, me hacen caso y toman nota. No sé cómo se le quitará el mal olor. Estuve hace poco y me pareció que olía menos, aunque cinco minutos más tarde me empezó a doler la cabeza, mientras mis hijos, con mascarilla, seguían envolviendo cosas.

2

NACÍ EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO PASADO. ¿DE QUÉ VA LA PRIMERA

MITAD DEL SIGLO ACTUAL?

Los amigos, ahora, me hacen otra pregunta:

—¿Cuándo podréis volver a vuestro piso de Barcelona?

Es una pregunta difícil de contestar, menos que la de «Cuándo se acabará esto» y, objetivamente, de mucha menos importancia. Ya han pasado los peritos, están aprobando los presupuestos y están preparados los equipos de albañiles, electricistas, los del agua, el gas, el parqué, los pintores... En el momento en que se pongan en marcha, habrá fecha. Más o menos aproximada. Por ahora, cuando

me lo preguntan, contesto como cuando me preguntan lo otro, lo importante:

—Esto será largo, largo, largo.

Y así es como funciono hoy en día. No queriendo molestar, ayudando en todo lo que pueda y sabiendo que a base de contratiempos encuentro más motivos para estar muy feliz.

Ya he dicho lo que leo al acostarme. Novelas de evasión, aunque, en confianza, creo que no tengo que evadirme de nada. La vida me gusta mucho tal como es, y creo que me he de meter hasta las cejas en lo que pasa, para lo cual es muy conveniente que me entere de todo.

Hay que entender de un vistazo lo que ocurre a nuestro alrededor. En el mundo, en lo político, en lo cultural, en lo deportivo... Y de las guerras, que hay muchas. Da la impresión de que la Gran Guerra ha sido sustituida por cientos de pequeñas, con miles de muertos.

Veo pobres hombres, esqueléticos, por falta de comida —arguellaos, dirían en mi tierra—, con kilos de munición de ametralladora alrededor del cuello; veo crios con unas bazucas carísimas y veo tanques enormes. Y pienso: «¿Quién se los vende?». Y automáticamente me contesto:

«Unos canallas, que se forran con estos pobretes, que se mueren, aunque no sepan muy bien por qué».

Hay que enterarse también de los problemas del equipo de fútbol que me gusta, el Zaragoza, equipo que, cuando empecé el libro estaba a punto de desaparecer porque la gestión de los anteriores gestores —por llamarles de alguna manera— había sido, en el mejor de los casos, deplorable. Y que cuando casi había acabado de escribir he tenido que añadir con gran alegría estas líneas porque un grupo de gente maja ha puesto el dinero necesario. Es decir, que este va ser el único libro que saca la primera edición revisada, corregida y aumentada.

Los pobres de mi equipo, una vez salvados de lo que se llama «el descenso administrativo», o sea, «como debes millones y millones, o los pagas o te vas a segunda B y luego a tercera y luego a lo que haya» —polideportivos de colegio, etc.—, han fichado por cuatro euros a los jugadores que se han puesto a tiro. Por eso, cuando veo que la gente se pone nerviosa porque no tenemos el equipo ideal, digo que, en la vida, hay que conformarse con lo que uno puede conseguir y no pensar en la Champions League cuando lo que sabes —y puedes— hacer es jugar al fútbol con una pelota de trapo.

Como en este libro hay un capítulo sobre mis limitaciones, no sigo. Pero cada vez veo más claro que es verdad lo de la ranchera de Vicente Fernández: «Que no hay que llegar primero, pero hay que saber llegar».

Hablaba de mis lecturas. Luego diré algo sobre lo que me gustan los libros de historia, de Historia

con mayúscula, no de historietas como las que inventan muchos politi-quetes que van creando maravillas y que nos presentan unos héroes que, en plena batalla, eran los que más corrían. Hacia atrás.

Y así, para mí, que tengo más cuerpo vivido en el siglo anterior que en este, y que, supongo, podría tener motivos para dejar de intentar analizar el mundo y sus muchas cosas —horribles o no—, considero que es fundamental tener una visión global de todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Hay que leer. No solo el periódico y los digitales para estar al día. Hay que leer y formarse para profundizar y poder aconsejar a los chavales que, muchas veces, de forma ingenua, acuden a nosotros —los viejos— con cara de «Y tú abuelo, qué opinas de esto». Y si no acuden, pues para contarlos a los amigos cuando te den el turno de palabra, si te lo dan. Y si no lo hacen, pues para tener las ideas claras uno mismo. Pero hay que leer, cuantas más cosas de fuentes fiables, mejor.

Por ejemplo, hay que enterarse de lo que dicen los que mandan en el mundo. Considero una buena fuente lo que dice el papa actual, Francisco, que, en ocasiones parece la única autoridad moral o global que hay en estos momentos. Habla clarísimo y se le entiende a la perfección. Este papa, que es majísimo, tiene un peligro: que es majísimo. Y como consecuencia puede suceder que muchos se queden en eso. Y cuando diga algo que me apriete en mi conciencia me lo salte y vuelva a repetir: «¡Qué divertido es!». Cosa que, además, es verdad. Pero no toda la verdad.

Como cuando empiezo a hablar de algo no sé dónde voy a parar, me meto con la superficialidad, que consiste en no profundizar en nada, no discurrir nada y no trabajar

nada. Creerse lo que diga el primer cantamañanas que pasa por la puerta de mi casa y esperar ansiosamente al próximo, que seguro que está al llegar, es un recurso fácil, habitual pero inútil. Eso se ve con el tiempo.

SABER OCUPA LUGAR... Y TIEMPO.

VETE POR LAS RAMAS

Saber ocupa tiempo y espacio. Lo del espacio lo sabíamos ya, aunque lo del tiempo no lo tenemos tan claro. Pero en los viejos se nos nota más. Necesitamos muchas horas para contar lo que sabemos. Necesitamos que alguien nos deje su tiempo para escuchar todo lo que lo que tenemos que decir. Y si nos dan la oportunidad y nos vamos por las ramas, lo hacemos; es un ejercicio muy sano. Sorprende mucho hacia dónde nos llevan esas ramas.

Sin embargo, los viejos también debemos moderar eso. Ser mayor no nos da derecho a enrollarnos como persianas —más adelante hablaré de las batallitas, historias de la mili y esas cosas—. El secreto es siempre el de la moderación. Muchas veces valemos más por las preguntas que nos quieren hacer que por las cosas que soltamos sin venir a cuento.

Ya he dicho que hablo de algo y luego me voy por otros «algunos». Soy como las cerezas, que tiras de una y salen veinte. Me tranquilizo pensando que a los ochenta años me han pasado muchas cosas. Y como me apetece contarlas y no molesto a nadie, las cuento.

Ahora, hablando del Zaragoza, la cabeza se me va a mi madre, una mujer guapa, buena, santa y... vasca. Vasca quiere decir vasca, o sea, entre otras muchas características, bastante cabezota. Se casó con un aragonés, lo que hace que personas que me conocen digan:

—¡Ahora lo comprendo!

Hablo de 1957. A mi madre no le gustaba que yo tuviera novia. No por la chica en sí, a la que no conocía, sino por el hecho de que a su niño, hijo único, se lo pudiera llevar una moza. No dijo nunca «una lagarta» porque era muy educada, aunque quizá eso era lo que pensaba.

Acababan de inaugurar el estadio de la Romareda —ahora me parece que se está cayendo de viejo— y quería ir al fútbol con mi novia. No sé si a ella le apetecía realmente, pero puso cara de ilusión.

Aunque yo ya trabajaba, dependía económicamente de mi madre. Y como suponía que pondría dificultades para que Elena, mi novia, y yo nos hiciéramos socios, se me ocurrió proponerle que ella se pagara lo suyo y yo lo mío —eran otros tiempos—. Mi madre, escandalizada, me dijo:

—¿Cómo se te ocurre que se lo pague ella? ¡Qué falta de educación por tu parte!

Y pagó los dos recibos, que era lo que yo quería. Aquel día aprendí que los conflictos se pueden resolver sin reñir, solo con un poco de pillería. Porque yo cedí y mi madre pagó. Que es de lo que se trataba.

Creo que ahora me tendré que hacer socio del Zaragoza. Me encantaría que me dieran las mismas localidades que tuve con mi novia.

Me encuentro con buenas personas a las que les gusta la bronca. Es curioso: no resuelven nunca los problemas hablando; siempre empiezan amenazando, con lo que el otro se pone bravo, como dicen en Venezuela —el *musiú* se puso bravo— y ya la hemos liado. Ninguno de los dos gana. Los dos se van calentando y ya está. Como si el objetivo fuera ese, calentarse y no resolver los problemas.

Es más difícil hablar que reñir. Porque hablar exige, muchas veces, tragarse el orgullo y pensar que el otro no es tan malo y que no siempre tiene mala intención. Y que malos, malos, malos al cien por cien, gracias a Dios, no hay muchos, y que sería muy mala suerte que a ti te hubieran tocado todos.

Sigo con Ludlum. Ahora estoy leyendo otra novela suya. Los protagonistas: uno malo, malo, ruso; y

otro malo, malo, americano. Se han hecho todo tipo de faenas muy gordas. Hasta que una organización muy poderosa les amenaza a los dos. Y se hacen amigos, y cada uno piensa del otro: «Hombre, tampoco era tan malo...».

Me faltan pocas páginas para terminar el libro. Los protagonistas lo están pasando mal. Parece que la chica, si no la matan antes, que todo es posible, se irá con el americano. A la novia del ruso ya se la han cargado. No sé cómo terminará esto. Pero por ahora los enemigos irreconciliables no eran irreconciliables. Porque, aunque sea por egoísmo, han empezado a preocuparse el uno por el otro. Y hasta se caen bien, y se ayudan, y cada uno sufre si al otro le pegan, y vaya si le pegan.

Irse por las ramas tiene eso. Que soltar el rollo que quería no aporta más que quedarme tan pancho contando un libro que me estoy leyendo, mi opinión sobre las discusiones de la gente o mi afición al Real Zaragoza. Si de esta saco un par de carnés de socio, el irse por las ramas estará justificado.

SI DICES COSAS, QUE SEAN FUNDADAS

Tengo que estudiar, porque yo, que hablo mucho, tengo más peligro de decir tonterías que el que sea muy callado. Normalmente, no estudio libros como los de la carrera, que aun tengo en la biblioteca y que recuerdo que me tuve que aprender de memoria. El estudio actual es de «menos nivel». Dos periódicos diarios, la revista *Time* cada fin de semana, documentos —no todos, porque algunos son un auténtico peñazo y no los entiendo— que los amigos me envían.. y algún libro de historia.

Para decir cosas hay que tener argumentos. Para tener argumentos hay que leer, hay que situarse —dominar todas las caras del asunto— y para ello hay que echar horas leyendo y discurrendo.

Conocer la historia de verdad escrita por historiadores de verdad es absolutamente necesario, porque las pseudo-historias, o sea, las historias amañadas, abundan, y cual-

quier indocumentado pontifica diciendo que ocurrió no sé qué en el año no sé cuál y muchos se lo creen.

Recientemente comí con un amigo que me dijo que, como todo el mundo sabía, «san Pedro llevó una vida muy disipada hasta lo de los tres gallos». Cuando te encuentras con gente así hay que poner cara bonachona y explicarle la verdad, aunque tengas ganas de mandarle a freír espárragos por ignorante. Mejor dicho, por no haberse esforzado en tener un mínimo de cultura. Aunque mi amigo, por la calle, tenga fama de intelectual.

Por eso, suponiendo que cuando uno es viejo puede dedicar más tiempo a las cosas —suponiéndolo, repito— ya no leo las noticias o los libros solo para enterarme, sino también para situarme. Por ejemplo, como me gusta mucho la geografía, leo el *Time* con el atlas, de manera que estoy al día de las guerras que, tristemente, siguen ensuciando el mundo. Y por eso cuando se habla de que en Donetsk, Ucrania, ha habido un ataque prorruso y que la Unión Europea castiga a Putin

que, siendo inmutable él, nos corta el gas al resto de europeos, agarro el atlas y miro exactamente dónde ocurre eso, y entiendo, entre otras cosas, por qué el problema en Ucrania me afecta, y veo la distancia y me quedo asombrado de cuántos países atraviesa el gasoducto que hace que en invierno esté tan calentito en mi casa de San Quirico. Aquello de la globalización era también esto.

Como me defiendo con el inglés —nunca lo he dominado y al hablarlo tengo acento aragonés— leo todo lo que puedo en ese idioma, y, así, la oxidación es menor.

Hay que aprender a discurrir. Creo que esta expresión la he utilizado en todos los libros que he escrito —«toda mi obra», dicen las voces de la megafonía de la Feria del Libro en Madrid. Cada vez que lo oigo me entra la risa—. Esta es una manía mía —una más—. Que no se tiene criterio solo por acumulación de años, sino por discurrir. Y para ello no hace falta tener años.

Tengo amigos de todas las edades que son un modelo de discurrir. A los más jovencicos se les nota que todavía no tienen experiencia, pero incluso sin ella ya son tremendamente válidos.

Y discurrir, materialmente es muy fácil. Solo se necesita una mesa, una hoja de papel en blanco y un bolígrafo. En caso de apuro, se puede hacer sin mesa. Durante la primera hora no se te ocurre nada. En la segunda se empieza a vislumbrar algo. Y en la tercera viene la fluidez.

Esto lo hice por primera vez en Urdúliz, cerca de Bilbao, en 1976 —tenía cuarenta y tres años. Alguno pensará que ya iba siendo hora de que discurriera. Pues sí—. Yo estaba en el consejo de una empresa que tenía allí la sede central. Era un día negro, lluvioso, con truenos. Tenía que preparar una propuesta para el consejo del día siguiente. Alguien me trajo un café. Allí estaba la mesa, el papel en blanco, el bolígrafo... y los truenos. Y allí se estaba muy bien, con una lámpara que daba luz muy agradable, una de esas luces que me gustan, porque, psicológicamente, ayuda a estar calentito.

Se trataba de preparar la propuesta de un método para el desarrollo de una determinada actividad. En unas horas salió la propuesta. Como era un método —primer paso, segundo paso...— se podía aplicar también a otras empresas sin dañar la confidencialidad.

Recuerdo que al acabar me dolía la cabeza. Lo recuerdo muy bien. Lo advierto porque creo que el dolor de cabeza es señal de que las neuronas se han puesto a trabajar.

La propuesta fue aprobada y se llevó a la práctica. Y dio buenos resultados. Luego la presenté a compañeros de mi trabajo de consultoría. La utilizamos en varias ocasiones, en distintas empresas. Y volvió a dar buenos resultados. Y nos fue bien. Uno de los consultores, un día, me dijo:

—¡Con esa porquería de método hemos comido muchas familias!

Pues bendito sea Dios si gracias a discurrir y a tomarme una aspirina pudieron comer unas cuantas familias; entre ellas, la mía.

LO QUE ME GUSTA Y LO QUE NO ME GUSTA (I)

Corremos el riesgo de que la edad sea un aval en todo. Y para algunas cosas es genial; pero para otras, no. Para dar lecciones quizá nunca haya buena edad, porque las lecciones se reciben y es mejor no darlas si son para escarmentar. Si no es para esto, las lecciones no son lecciones, sino ejemplos, y eso es ya distinto. El ejemplo, sobre todo, se vive de forma innata para que los demás lo vean y lo adquieran sin pestañear.

Lo de las lecciones lo digo porque a veces pensamos que sabemos de todo y mucho y, sin darnos cuenta, más de uno acaba sonrojándose porque se entera de que las cosas que creía que sabía no las sabía muy bien. Y esto en ocasiones no agrada.

Como a todo el mundo me gustan unas cosas y me disgustan otras. Nunca fui belicista. La propaganda, el falso patriotismo y los intereses de algunos presentan las guerras como algo bonito, algo noble, en donde los soldados mueren como en las películas del Oeste —o sea, en cuanto se acaba el rodaje de la escena se levantan— y solo aparecen los vencedores, guapos, un poco sucios, sí, pero enseguida se lavarán y regresarán a casa desfilando, aplaudidos por las chicas más monas de la localidad.

Me costó unos años enterarme de que no era así. Que los muertos reventaban, o les volaban la cabeza o una pierna o las dos. Y que los vencedores volvían a casa hechos puré, y que muchos se iban arrastrando por la vida, y muchos, muchos, se suicidaban, porque, para colmo inexplicable de males, les recibían mal en su país.

Y como ser viejo es consecuencia de haber vivido muchos años, y en esos he visto muchas cosas, entre ellas una guerra civil y una mundial, y centenares de guerritas —que de guerritas no tienen nada porque son una salvajada—, me ponen muy nervioso algunas cosas que se dicen y que no sirven más que para crispar el ambiente y para que yo odie a mi vecino, porque pensamos distinto en cosas opinables, que son la mayoría.

Más allá del nerviosismo está la repugnancia, y por eso hay cosas que me repugnan. Todo lo que lleve a despreciar al prójimo, todo lo que lleve a sembrar odio me parece asqueroso.

Considero que el odio es lo peor que puede existir —como soy viejo, lo he dicho muchas veces—, y que todo lo que contribuya a seguir recordando lo malos que fuimos

unos y otros es gravísimo: para la persona, que sigue amargada toda su vida; para la sociedad, formada por miles de amargados que no olvidan y, como consecuencia, no perdonan; y para los niños y los jóvenes, a los que se educa (¿?) en el odio, sin darse cuenta —o dándose— de que así

se construye un país despreciable, en el que unos ambiciosos sin conciencia gobiernan (¿?) a una manada de borregos.

Me acuerdo de un amigo que, cuando sucedía algo que los dos habíamos previsto, me decía en voz baja:

—Sabemos demasiado.

Y sí, es posible que algunos piensen que saben demasiado, pero me parece que nunca es demasiado; lo que pasa es que si se han vivido muchas situaciones y se discurre un poco, se pueden hacer juicios sobre lo que pasa y hasta, suelo decir en broma, profetizar lo que va a pasar. A esto lo llamo tener criterio. Y lucho para que no solo lo tengan los viejos, sino también los jóvenes y los niños. No tendrán la experiencia que yo, por lo de los ochenta años, pero tienen la cabeza sobre los hombros y no está ahí solo para llevar la gorra de los Chicago Bulls.

ME VOY POR LAS RAMAS: EL ODI

Como soy mayor y cuando tengo una idea le doy vueltas y hablo de ese asunto, aunque no toque, me he quedado enganchado en lo de la siembra de odio, porque se me había olvidado decir que hay dos clases de sembradores: los feos y los guapos. Como siempre ocurre, los peores son los guapos.

Cuando digo esto la gente pone cara de sorpresa y tengo que aclarar las cosas. Los feos son esos que salen en las películas y que, al verlos, ya sabes que son malos. Van sucios, les faltan unos cuantos dientes y llevan el pelo largo y apelmazado. Con esa pinta, la gente normal huye de ellos.

Los guapos son guapos, como su propio nombre indica. Inteligentes, con estudios. Hablan idiomas. Se duchan todos los días. Se ponen colonia *only for men*, *only for women*, según sean malos o malas; se dedican a chanchullos financieros, armamentísticos, proxenéticos, al negocio sucio de la droga, a la asquerosa pornografía infantil... Sembradores de maldad puros y duros. Gentuza que destroza al prójimo y que les hace capaces de los peores vicios.

Alguien podría decir que estos no siembran odio, sino maldad, pero a mí no me importa el nombre correcto de lo que siembran, sino lo que siembran; y digo que todos estos tipejos sobran, porque hacen daño, mucho daño. Y no digo que entre esos tipos y yo hay algo personal, porque ya lo dijo antes Joan Manuel Serrat.

LO QUE ME GUSTA Y LO QUE NO ME GUSTA (II)

Al seguir escribiendo descubro que hay más cosas que me gustan y más que no. Y anoto otro apartado con el mismo título, poniéndole el (II) y pensando que, si a lo largo del libro se me ocurren más cosas, pondré el (III), el (IV) y así.

Como ya he dicho muchas veces hay una serie de aspectos en los que parece que todos podemos opinar sin

tapujos, y categorizar sin ningún problema. Si eres viejo, más. Todos somos excelentes entrenadores de la selección española de fútbol, buenísimos publicistas, presidentes de gobiernos o sumos pontífices de la Iglesia. De estos asuntos sabemos muchísimo, o eso nos creemos. Para colmo, quienes nos influyen para opinar son tertulianos, periodistas o reporteros que, en algunos casos muy concretos, no tienen la cabeza bien amueblada del todo. Y nosotros juntamos lo que dicen, lo que hemos pensado y lo que nos gustaría que fueran las cosas y emitimos convencidos una opinión, pocas veces acertada.

Nunca había tratado con periodistas. Había oído todo tipo de cosas contra ellos. Contra alguno en particular, más. Ahora estoy desconcertado, porque últimamente, por esas cosas que pasan en la vida, me han hecho muchas entrevistas. Muchos periodistas, incluso los «malos», los «peligrosos».

Y estoy desconcertado porque todos —malos y peligrosos incluidos— me han tratado muy bien. Con todos me he divertido. Ninguno me ha hecho una pregunta molesta. Quizá porque me ven mayor y piensan: «Pobre hombre, vamos a dejarle tranquilo», pero prefiero creer que ellos, para hacer su trabajo, me necesitan, como yo, cuando trabajaba «en serio», necesitaba a otros para hacer el mío.

Si al periodista se le dan las facilidades normales se va a casa con el trabajo hecho —casi siempre con el trabajo medio hecho, porque luego tiene que ponerlo bonito— y agradecido porque el entrevistado ha colaborado. Aclaro que yo participo, pero no de manera totalmente desinteresada. Siempre saco algo positivo, aunque solo sea que la gente me pare por la calle y me diga que me ha visto por la tele o que le ha interesado la entrevista que me hicieron. Y a mí eso me gusta. Mucho. Pero que mucho.

Esto no significa que, porque sean buenos profesionales o currantes sin complejos, y por salir muchos de ellos en la televisión, deban ser referencia en temas de diversa índole. Y aquí retomo el asunto de que todos —y los viejos, en particular— debemos discurrir. Nuestra experiencia es un grado, pero no lo es todo. Mantengamos los ojos abiertos a las nuevas formas de ver el mundo y pensemos si nos gustan o no.

Por ejemplo, en una entrevista me preguntaron una vez si era ecologista. Jamás me habían hecho esa pregunta, ni me lo había planteado. Nunca he sido socio de Greenpeace, y tampoco me imagino colgado en lo alto de una chimenea protestando por los humos que contaminan. Pero recuerdo que hace muy poco, cuando uno de mis nietos fue a pisar una araña que andaba tranquilamente, sin molestar, por el jardín de San Quirico, le dije:

—No la mates.

Y alguno de los que estaban por allí se sorprendió:

—¡El abuelo se ha vuelto ecologista!

Claro que me molesta cuando se cargan la naturaleza. Claro que me molesta ver lo que hicieron con Benidorm, cambiar naturaleza y belleza por millones. Seguramente, como nadie me ha ofrecido millones para construir centenares de apartamentos en mi terreno de San Quirico me permito el lujo de ser ecologista. Además, ni con buena voluntad se podrían construir centenares de apartamen-

tos en San Quirico, porque el terreno, aunque es amplio, no da para tanto.

4

LOS VIEJOS TRABAJAMOS MÁS QUE ANTES

Así que, sin darme cuenta, aprendí en su momento más o menos lo que era el ecologismo y, sin saber si tengo una opinión tajante, lo único que sé es que me gusta la naturaleza y me joroba que se la carguen. Criterio, discurrir, enterarse. No ser un robot ni un replicante.

En una feria del libro se me acercó una chiquita para hacerme una encuesta. No debía de tener mucho criterio, seguramente su trabajo no se lo exigía. Preguntaba y apuntaba sin más. Las preguntas me hicieron gracia:

—¿Casado, soltero, divorciado o viudo?

—Casado.

—¿Cuántos años lleva casado?

—Cincuenta y seis.

—¿Es partidario del matrimonio para siempre?

—Sí.

¡Qué cara hubiera puesto la niña si le hubiera dicho que no después de cincuenta y seis años!

—¿Relaciones estables en su vida? ¿Más de cinco? ¿Menos de cinco? —contesté.

—Una.

La joven apuntó: «Menos de cinco». Me quedé con ganas de responder cuatro, porque, a efectos de

la estadística que estaba haciendo esta chica, era lo mismo uno que cuatro. Pues eso: criterio, discurrir, enterarse. No ser un robot ni un replicante.

Aunque parezca lo contrario, los cambios del viejo son mucho más intensos que los del joven. Quizá porque lleva tantos años creyendo que no va a cambiar que cuando lo hace es de forma inesperadamente esperada. Y la transformación es mayor. Esto no es malo. Solo distinto.

Así la gente cambia de trabajo, la sociedad cambia de ideas y las familias necesitan a los abuelos como pieza fundamental en la vida para que puedan ayudar a que las parejas jóvenes concilien su trabajo con la familia.

En 2008, cuanto tenía setenta y cinco años —que tuve durante bastante tiempo para los medios de comunicación—, pasé de ser una persona que estaba en su casa escribiendo, ordenando colecciones y disfrutando de la tranquilidad y el orgullo de haber colocado a sus doce hijos, a ser alguien con un nuevo trabajo.

Empiezo las conferencias diciendo:

—Yo antes era un señor normal, con amigos convencionales. Y ahora tengo aquellos amigos, y otros menos convencionales.

Y doy una lista de mis nuevos amigos, a veces escandalizando, en el buen sentido, a los asistentes.

Ahora hago un trabajo especial, no convencional, del que ya hablaré. Me acuerdo de cuando trabajaba «de otra manera». Para divertirme digo que me acuerdo de cuando trabajaba «en serio». Es verdad. Trabajé en serio. Muy en serio. Muchas horas. Muchos días. Muchos años. Muchos viajes. Muchas personas. Mucho de todo.

También mucho dinero, que pasó por mis manos como el agua por los cantos rodados, sin quedarse. Doce hijos, doce colegios, doce universidades, cuatro másteres, las repeticiones de curso, que abundaron... ¡Y lo que comían aquellos crios! Mi mujer y yo siempre decíamos que más valía gastarse el dinero en el súper que en la farmacia, pero nuestros hijos lo oyeron y se lo creyeron.

Tenía un amigo íntimo, Ricardo. Buena persona, listo, honrado, trabajador, competente. Una noche salimos a cenar los dos matrimonios. A mí, que entonces era joven, se me ocurrió decir:

—Ricardo, ¿te imaginas si nos hubiéramos quedado solteros? Seríamos los más ricos del barrio.

A lo que las mujeres saltaron:

—Si os hubierais quedado solteros no habríais trabajado lo que trabajáis. Y de dinero, ¡nada!

Trabajé con mucha ilusión. Intenté hacer las cosas bien. Siempre he pensado que en la definición de trabajo se incluye hacerlo bien, porque si no, aquello no es trabajo, es chapuza. Y aquí no me refiero a profesionales como mi amigo Vicente, buena persona, listo, honrado, trabajador y competente, o sea, como Ricardo, que son unos manitas, que arreglan todo lo que haya que arreglar y que dicen que hacen chapuzas, cuando, en realidad, lo que hacen son trabajos considerados de poca importancia, pero que facilitan la vida a la gente. Y los hacen muy bien.

LA CONCILIACIÓN

Nunca me enteré de que conciliaba el trabajo con la dedicación a la familia. Entonces no se llamaba así. Siempre pensé que, dado el reparto de responsabilidades que, al casarse, decidimos libremente mi mujer y yo, a mí me tocaba traer dinero a casa y a ella, administrarlo. Y eso me exigía moverme mucho. Y a mi mujer discurrir mucho y, a veces, no dormir, porque ella fue la inventora de la «peseta de goma», predecesora del «euro de goma», del que he hablado en otro libro. O sea, una peseta externamente igual a las demás, pero que había que estirar todo lo posible porque siempre sobraban días al final del sueldo y de los otros ingresos que yo traía. Y todo eso poniendo cara de tranquilidad, que hizo que tuviéramos fama de ricos.

Viajé por España, por Europa y por América. La temporada que tuve que ir a Caracas cada quince días me dejó un poco tocado, porque cuando me levantaba, no sabía hacia qué lado de la cama tenía que hacerlo, y me costaba un rato —a veces, media ducha— saber dónde estaba.

LOS VIEJOS TRABAJAMOS MÁS QUE ANTES

67

Durante unos meses uno de mis hijos tuvo que ir cada dos sábados a México, volviendo cada dos sábados. Esto quiere decir que todos los sábados pasó por el mismo corredor aéreo, uno por la vía de ida y otro por la de vuelta. Hay quien debe pensar: «Pobre, ¡cuánto se debe cansar!». Yo pienso: «¡Qué bien, gracias a la globalización come su familia, o sea, su mujer, él y sus diez hijos!». Hijos que comen, van al colegio, a la universidad, repiten curso y gastan como lo hacían los míos. En realidad, más, porque todo ha subido.

Cuando declaro que tengo doce hijos y cuarenta y cinco nietos me dicen que ahora ya no se tienen tantos hijos. Yo les digo que tengo uno con diez; dos que tienen siete; uno con cinco... —«¿De dónde se creerán que han salido los cuarenta y cinco?», pienso—. No hablo ya de que hay unos cuantos ennoviados y que cualquier día se casan y que cualquier día me hacen bisabuelo, algo que, en principio, no me hace mucha gracia, pero que después, cuando lo digiera, empezaré a presumir y no habrá quien me aguante. Y digo, por enésima vez, que yo fui hijo único.

En cuanto me descuido, hablo y hablo y me voy del tema. Estábamos en la conciliación y decía que viajé mucho porque, normalmente, el dinero no te lo traen a

casa.

En todo hay excepciones. Una vez salí de mi despacho para despedirme de alguien y, en el rellano de la escalera, me encontré con un conocido. Ninguno de los dos sabía que el otro tenía la oficina allí. El conocido me preguntó a qué me dedicaba y cuando se lo expliqué, me dijo:

—Pasa, que tengo algo para ti.

Y salí con un pedido. Pero esto fue una vez en la vida. Nunca se volvió a repetir.

Había que viajar y había que estar con la familia. Y se me ocurrió una solución con dos características: era muy cansada y era muy cara. Consistía, si era posible, en no empalmar viajes. Es decir, si había que hacer Barcelo-na-Madrid-Santiago-La Coruña-Sevilla se hacía por tramos independientes: Barcelona-Madrid-Barcelona, y a dormir a casa. Barcelona-Santiago-La Coruña-Santiago-Barcelo-na, y a dormir a casa; Barcelona-Sevilla-Barcelona... Lo que me gastaba en viajes me lo ahorraba en hoteles.

Me cansaba, porque a veces eso lo hacía en la misma semana. Pero llegaba a casa por la noche y mi mujer se ocupaba de mantener despiertos a los niños hasta que llegara papá —algo que, según los expertos en educación, no se debe hacer—. Los niños no sabían si eran las ocho o las doce de la noche, pero veían a papá, rezaban con él y se dormían. A veces, alguno de los chavales que se iban haciendo mayores me preguntaba:

—¿Dónde has estado hoy?

Pero era por curiosidad o por contarlo en el colegio al día siguiente. Me veían y pensaban que papá siempre estaba en casa. Mi mujer me cubría las espaldas porque, algo que no he dicho, los dos jugábamos en el mismo equipo.

Mi CAMBIO DE TRABAJO

Me excuso en que estoy mayor para ir y venir por los temas sin que os deis cuenta. Ya he dicho antes que el cambio en los viejos es de mayor envergadura. Y como la vida está llena de sorpresas divertidas —muy divertidas—, increíbles, un poco absurdas, a veces, y otras bastante surrealistas, hay que estar atento y subirse al tren del cambio siempre que se pueda —y no afecte a la dignidad, ni al buen gusto ni a las buenas costumbres—. Me ocurrió hace unos años, pocos. Por una serie de circunstancias, que las he contado mil veces y que si las volviera a contar ahora no sería más que un truco para alargar el libro y los lectores se saltarían esa parte porque ya se la saben, mi vida cambió.

Ya he dicho que yo antes era un señor normal, con amigos convencionales. Todos, con chaqueta y

corbata. Y de repente me encontré en un ambiente diferente: la farándula. Mujeres y hombres distintos de los que había conocido hasta entonces, y que, sorprendentemente, me recibieron muy bien. Y casi me exigieron que siguiera con mi chaqueta y corbata. Y se hacían fotos conmigo y, más sorprendente todavía, gente de todas las edades, desde chavales a viejos, también me pedían fotos... ¡y autógrafos!

Y ahora, en el AVE, cuando voy al bar o cuando estoy tranquilo en mi asiento, con las gafas de sol puestas, aunque no haga sol —lo que es indicio de que me voy a dormir en cuestión de segundos—, se me acerca alguien y se hace un *selfie* conmigo, o le pide a otro desconocido que nos haga una foto, momento que aprovecha el desconocido para hacerse otra también.

Esto me divierte mucho. Pero, además, tiene otra ventaja: que puedo tomar el pulso de lo que pasa, porque estas personas, aparte de echarme piropos, me cuentan su punto de vista de lo ocurre y lo que están haciendo para salir adelante. Debo de tener muy buena suerte. Todos los que me asaltan —en el sentido más cariñoso de la palabra— están haciendo algo. Ninguno se ha quedado en casa acurrucado, esperando ver pasar el cadáver del enemigo. Todos están luchando, dispuestos a salir adelante con uñas y dientes —frase que he repetido tantas veces que pronto la registraré y todos dirán que se me ocurrió a mí—. Con esto consigo, además, poner al día constantemente las conferencias que doy. Siempre puedo decir:

—Esta mañana, un constructor que está trabajando en Vietnam, porque aquí no veía posibilidades de negocio, me ha dicho...

Y como lo de Vietnam es verdad y nadie ha hablado con ese señor, que cada tres semanas regresa de allí a Palma de Mallorca porque ahora también tiene negocio aquí, tengo más información reciente que bastantes de los que han ido a la conferencia, aunque para ello haya tenido que quitarme las gafas de sol y tomarme un *espresso* porque ya estábamos llegando y tenía más sueño que antes.

Como es natural no a todos les gusta lo que digo o cómo lo digo, la corbata que me pongo o el traje que llevo. Y eso me parece fenomenal. Siempre me han dado mucha pena las personas que, con el mismo uniforme, llenan la plaza de Tiananmen, dispuestas a aplaudir, cuando les manden, al que se ponga en la tribuna y les suelte una soflama.

Luego hablaré de mi manía por la libertad, que incluye el que a alguno yo no le guste nada. Y ya está.

LA HUMILDAD

Desde que me hice famoso —famosote— no he salido de mi asombro. Desde que soy «una referencia», menos. Cuando alguien me llama «gurú de la economía» me entra la risa, aunque ya he aprendido a quedarme serio. Buena-fuente me calificó de «gurú campechano». Eso me gustó, por lo

de campechano.

Mi mujer y mis hijos se ríen. Mis nietos están boquiabiertos y, como son ingenuos, presumen de abuelo. Mis amigos, los que me conocen bien, se divierten y dicen aquello de que a la vejez, viruelas.

Tenía un amigo, mayor que yo, que se preocupaba por el efecto que el éxito podía tener sobre mí. Hablábamos por teléfono con bastante frecuencia y siempre me decía:

—Ten cuidado, no te lo creas. Sé humilde.

A mí me ha costado poco ser humilde en esta etapa de la vida. Otra cosa distinta es que me lo pase muy bien en ese ambiente. Digo que me cuesta poco ser humilde porque, al cabo de los años, me conozco bastante bien —mi mujer siempre me ha ayudado mucho en esto— y sé en realidad cómo soy. A veces, en broma, cuando me alaban, digo:

—Un día os contaré la verdad.

Siempre he pensado que el que no es humilde es porque se ha fabricado una imagen falsa de sí mismo. A esto lo llaman narcisismo, porque parece que en la mitología había un tal Narciso, el inventor de la frase «¡Mecachis, qué guapo soy!», y que no pasaba de ser un tontaina. Mitológico, pero tontaina.

Luego diré que hay que estar al día, cosa que, a medida que me hago mayor, me resulta más difícil, porque mi cerebro va más lento y los avances de todo tipo, más rápido. Lo digo por lo de «mecachis». Yo también he visto *Notting Hill* y he tomado nota de que Julia Roberts le dice a Hugh Grant que «mecachis» ya no se dice. Pero una comedia de Carlos Arniches, de 1926, se titula así y he pensado que eso era exactamente lo que yo quería decir.

* * *

Hay algo que no me ha costado nada, quizá porque era el ambiente profesional en el que he pasado muchos años, el IESE. Allí los profesores «inventaban» algo y lo contaban inmediatamente. Nadie se guardaba las cosas en un cajón de la mesa de su despacho, cerrado con llave.

Como trabajé con personas que querían transmitirme todo lo que sabían, su manera de trabajar y su filosofía de la vida, me acostumbré. Me pareció que eso era lo normal.

Bien pensado, eso es lo normal. Rafa, fundador hace muchos años de una empresa de ingeniería que hoy es una de las primeras de España, con proyección mundial, me decía:

—Si alguien de la competencia me pide un documento nuestro, lo fotocopio y se lo doy inmediatamente. Y, además, le doy la lista de documentos que tenemos para que se lleve los que quiera.

Ante mi mirada de asombro —yo, entonces, todavía era jovencico y pensaba que lo mío es mío y no se lo doy a nadie— añadía:

—Los papeles no tienen ningún valor. No perderemos ni un solo cliente porque le pase esos documentos a la competencia. Lo fundamental es lo otro, el estilo con que mis ingenieros y todas las personas que trabajan aquí llevamos a la práctica lo que está escrito. Y copiar el estilo es muy difícil, prácticamente imposible. Y al que intenta copiarlo le sale muy mal.

Desde entonces procuré transmitir todo, fundamentalmente mi estilo, que enseguida contaré cuál era. Y quise transmitirlo, mejor dicho, quise que lo vieran con el fin de que ellos se dieran cuenta de que el estilo, en sentido genérico, es lo fundamental. Que cada uno tenía que tener el suyo, que no había que copiar nada, que unos sonrientes, otros serios, unos con acento extremeño y otros con acento aragonés, unos más sosos, otros más *salaos*, todos tenemos nuestro sitio en la vida. Por eso he puesto lo del acento aragonés, para mantener mi sitio.

He incluido esto en el capítulo sobre «humildad» después de pensar si tenía que dedicar otro a «guardarse los papeles, una tontería». Pero creo que aquí está bien puesto, porque guardarse los papeles, no contar nada a nadie, me parece que es un síntoma de varias cosas, todas ellas pobretonas:

— Por un lado, de soberbia, pensando que así seré el más sabio del mundo. O de mi barrio. O de mi empresa. O de mi departamento. O de una planta diáfana que comparto con treinta y siete más.

— Por otro, de avaricia, pensando que yo, solo yo, tengo derecho a saber eso. Es mío y nada más que mío. Y el que no lo tenga, que se fastidie.

— Además, es señal de complejo de inferioridad, pensando que si alguien me lo copia se llevarán mis clientes, mi prestigio, mis éxitos —exitillos— en las clases, en las conferencias, en los consejos o en la tertulia del bar de mi pueblo mientras juego a las cartas, y yo me quedaré fuera de juego. Y como nunca se me ocurrirán más cosas, de aquí a unos años nadie se acordará de mí. Vuelve la soberbia, cada vez más boba.

TANTOS AÑOS TRABAJANDO NO ME PERMITEN DEJAR

DE TRABAJAR, AUNQUE SEA UNA FORMA DE TRABAJAR

DISTINTA

En el nuevo ambiente he descubierto muchas cosas. Como, por ejemplo, que también en la farándula hay quien trabaja mucho y muy bien. La mayoría. Hay quien está todo el día dándole vueltas a la cabeza para ver cómo hacer las cosas mejor o qué nuevo «producto» puede ofrecer. O sea, como los de chaqueta y corbata, como los convencionales.

Muchas veces me acuerdo de mi trabajo anterior en docencia. Di cientos de clases. Quizá más de mil. O de

dos mil. Por mis manos pasaron muchas personas. Algunas se acuerdan de mí. Muchas me atribuyen frases que estoy seguro de que no dije y que supongo las expuso otro profesor. Me están agradecidos por haberlas dicho. Tal vez también lo estén a otros por cosas que dije yo. Y eso me hace ilusión, porque quiere decir que la gente está agradecida a la institución donde di tantas clases, el IESE, y que los profesores colaboramos con un trabajo individual que se convirtió en trabajo en equipo. Y ya he dicho en este libro que lo del trabajo en equipo me gusta mucho, aunque me parto de risa cuando lo dicen, muy serios, los jugadores de fútbol en las entrevistas, obedeciendo las órdenes del entrenador, que intenta que las vedetes desaparezcan.

Trabajé en consultoría. En muchas empresas. Pertencí a bastantes consejos. Intenté hacerlo bien. Recuerdo dos piropos. El primero, de mi amigo Alberto. A otro profesor y a mí nos encargó que montásemos una escuela de formación interna para su empresa —en 1972 esto era una novedad revolucionaria. Una locura. «Cosas de Alberto», manifestó alguien—. Los plazos eran apretados, pero se consiguió. Cuando faltaba poco le dije a Alberto:

—El día de la inauguración amortizarás todo este esfuerzo.

El me contestó:

—Lo amortizaré el día en que con esta escuela gane el dinero que vosotros me habéis costado.

Al cabo de un par de años me confesó:

—Con la escuela he ganado mil millones de pesetas.

Cantidad que entonces era muy importante —hablamos de 1975—, y ahora también, aunque seis millones de euros suenan a poca cosa, sobre todo si los comparamos con cantidades que se ven por ahí, multas a bancos que se ven por ahí y señores que, desgraciadamente, también se ven por ahí. Aunque la aclaración sea innecesaria, nosotros no cobramos mil millones de pesetas por el trabajo. Fue una pena.

Otro recuerdo que me hace ilusión: hicimos una consulta que duró dos años, en una empresa importante. Tiempo después el director general admitió:

—Cuando acabasteis el trabajo yo os hubiera calificado con un seis sobre diez. Hoy os pongo un nueve muy alto.

También me salieron cosas mal. Muchas. En la docencia, en la consultoría, en la vida. Muchas, como a todo el mundo.

En el IESE hubo una reunión de profesores de varios países. Yo tenía que explicar algo, no me acuerdo qué. Lo preparé muy a fondo, me lo repetí varias veces en inglés, a ver qué tal sonaba. Sonaba bien. Empecé la presentación. Al cabo de unos cinco minutos uno de los profesores levantó la mano y me dijo:

—¿Por qué nos hace usted perder el tiempo contándonos cosas que todos sabemos?

No me acuerdo cómo acabé mi intervención. Lo que sí recuerdo es que aquello de «¡Tierra, trágame!» lo noté en el fondo de mi alma. Y también que en el *coffee break* me puse lo más lejos posible de aquel tío, porque creí que con una cornada ya había tenido bastante.

Todos metemos la pata, y todos tenemos nuestras historias. Pero estoy convencido de que cuando uno mete la pata, la saca, aprende y sigue adelante. Evitando al profesor extranjero, por supuesto.

Además de hacer muchas cosas mal, me he equivocado algunos centenares de veces. Di clases en el Programa Doctoral del IESE. Se trataba de formar personas, con expedientes brillantes, que se preparaban para ser profesores de instituciones académicas. Muchas clases eran individuales, de tú a tú. Un día, dando clase a Manolo —nombre ficticio—, le dije:

—Manolo, tú no sirves para profesor. ¿Por qué no dejas el Programa Doctoral y te colocas en una empresa?

Gracias a Dios Manolo no me hizo caso. Una vez acabado el Programa fue —sigue siendo— uno de los mejores profesores de la Escuela de Negocios. Manolo, que es muy delicado, muy amigo mío y muy buena persona, pone cara de que se le ha olvidado el consejo, pero yo lo recuerdo cada vez que lo veo.

Suelo referir a los hijos las cosas que hice mal. A mi mujer, no, porque ya se las sabe. A veces, las cuento un poco adornadas para no perder el prestigio. Ahora, además, se las cuento a algún nieto. Ellos caerán en otros errores, de fabricación propia, pero no en los que cayó su padre o su abuelo. O sí, porque a fuerza de tropezar varias veces en la misma piedra le cogemos cariño. A la piedra.

Así que llevo muchos, muchísimos años trabajando. Con etapas más o menos largas, con más o menos estabilidad, pero tocando gran variedad de temas dentro de lo mío, aunque tampoco sé muy bien qué era «lo mío». Como ahora, que no me hago tarjetas de visita porque no sé qué profesión poner. Y tantos años en mi historia, tantas historias vividas, tantos amigos, tantos clientes,

tantos colegas..., o sea, tanta experiencia y tanto vivido no pueden desaparecer de un plumazo porque me haya hecho mayor.

No solo es erróneo, sino que sería injusto para los demás, para los que me escuchan, me quieren o están a mi lado. Es un tema de memoria histórica. Debo seguir trabajando a mis ochenta y un años. Aunque sea en otra cosa. Aunque sea escribiendo ideas, mi vida o pasando el tiempo coleccionando mis botellas de cerveza o mis tapones de corcho de botellas de vino. Aunque sea dedicándome a los demás. Aunque sea trabajando para facilitar la vida la gente. Aunque sea aconsejando, solucionando u ofreciendo mis habilidades.

Soy viejo y he trabajado toda la vida. Debo seguir trabajando, aunque mi trabajo sea distinto. Como yo.

UNA FALSEDAD: LOS *WINNERS*

He aprendido que, en la vida, no hay *loinners*, ganadores, que vencen todos los partidos. Eso es falso, absolutamente falso. Unos partidos se ganan, otros se empatan, muchos se pierden. Alguno, por goleada. Y cuando se pierde, uno sonrío, felicita al vencedor y no se quita, en rabieta infantil, la medalla de subcampeón que le han colgado al cuello, porque esas eran las reglas del juego. Antes

me parecía una cursilada lo de que «esa es la grandeza del fútbol», pero es una gran verdad. Esa es la grandeza de la vida. Luchar, caerse, volverse a levantar.

Javier es un amigo, de mi edad, economista, que, mientras hacía la carrera fue futbolista internacional por España. Le conocí cuando era un directivo importante de una empresa. Hace relativamente poco, mi mujer y yo nos lo encontramos en una boda con su mujer. Nos pusieron en la misma mesa, con otros matrimonios. Nada más sentarse, uno de los de la mesa le dijo:

—¡Menudo fallo tuviste ante Francia!

Su mujer estaba a mi lado. Muy discreta, me susurró en voz baja:

—¿Por qué se acordarán del gol que falló ante Francia y no de todos los que metió en su vida?

El antiguo futbolista, tan discreto como su mujer —esas cosas suelen venir juntas— sonrió, se calló, alguien sacó otro tema y se acabó lo del fallo ante Francia.

Al poco tiempo escribí un artículo hablando de lo que había pasado en aquella comida. Mi amigo futbolista, hombre de gran categoría humana, me envió un correo: «Rectificación. El fallo fue ante Alemania».

Yo no he sido un *winner*. ¡ Claro que he fallado en mi vida! Ya lo he dicho en páginas anteriores. No he sido nunca un hombre perfecto. Si lo hubiese sido no me hubiera aguantado nadie.

Me acuerdo de un actor de Hollywood, de los años cuarenta. Un periodista le dijo que tenía fama de buena persona, en un mundo revuelto, como debía ser el de Hollywood —aunque allí, como en San Quirico, debe haber gente «revuelta» y gente «no revuelta»—. El actor explicó:

—Tengo fama de buena persona porque las cosas malas solo se las cuento a mi confesor.

Para mí, por ahí van los tiros. Soy católico, como sabe todo el mundo. Ni presumo de ello ni lo oculto. Un día, un periodista muy majo, de mucha categoría, me hizo una entrevista. Al principio «rellenó» la ficha: «casado, tantos hijos, tantos nietos, católico...». Un poco en broma le pregunté cómo sabía que lo era. El periodista contestó sin darle mayor importancia:

—Si dices que vas a misa, será que lo eres.

Y empezó la entrevista.

Lo del confesor tiene la ventaja de que no te desmoralizas. No dices: «Soy un desastre. No hay nada que hacer». Vas, lo dices, te absuelve y a recomenzar, que es una actitud muy buena. Me parece que me he pasado la vida recomenzando. Y lo que te rondaré, morena. Porque se trata de eso: de proponerse honradamente volver a recomenzar.

Todos recomenzamos un poco todos los días. La mayoría procuramos ser honradamente buena gente, intentando arreglar los desarreglos. Algunos tenemos a nuestro alcance herramientas que nos lo hacen más fácil. Otros no las tienen, pero saben luchar por su honestidad. Pero muchos otros —normalmente desde la televisión o los periódicos— no tratan de enmendar lo que han fastidiado: solo salen gritándole al pueblo que ellos no, que son inocentes, que por encima de su cadáver tendría que pasar la justicia para demostrar su culpabilidad. Y la justicia pasa. Y la

mayoría de las veces sus proclamas de la dignidad y la justicia son un cuento. Y los cuentos hacen daño, a no ser que sean para niños.

* * *

Y hablando de cuentos —y aunque no venga a cuento— recuerdo aquel nieto que le preguntó a su abuelo:

—Este cuento, ¿es verdad?

Y el abuelo le contestó:

—Si fuera verdad, hijo, no sería cuento.

NOSOTROS, ¿QUÉ ÉRAMOS?

Me entra la risa cada vez que me acuerdo de un chiste de Quino, el creador de Mafalda, que en una de sus viñetas geniales mostraba a una pareja de viejos arrugadísimos, sentados frente a frente en sendas butacas, y en el que él le preguntaba a ella:

—No vayas a ofenderte, Elcira, ¿nosotros éramos amigos, parientes, esposos o qué?

Puede ocurrir. Tantos años junto a alguien te puede hacer olvidar que le tuviste a tu lado y que jugaba en tu mismo equipo. Los dos habéis cambiado. Los dos. Los dos os habéis convertido en algo que, externamente, es más *vintage* que renovado. Los dos. Los dos habéis pasado de ser un pozo de paciencia y sabiduría a ser, a veces, unos pelmazos. Los dos. Pero seguís siendo del mismo equipo. Y, probablemente, ese equipo, que ha funcionado a las mil maravillas, puede seguir haciéndolo si se ajusta un poco a las nuevas circunstancias.

Parto de la base de que se da por supuesto que habéis formado parte del mismo equipo. O no. Hay matrimonios en los que la madre y el padre juegan en el mismo equipo, y otros en los que juegan en equipos distintos.

Y si juegan en el mismo equipo, la cosa va «de cine» y si no, la cosa también va de cine, pero de película de terror.

Desde que nos conocimos, mi novia y yo sabíamos que el matrimonio sería para siempre —ya se lo dije a la niña que me hizo la encuesta—. Y cuando algo es para siempre entre dos personas hay que acomodarse, porque, gracias a Dios, los hombres y las mujeres somos diferentes. Y de ahí se deduce que mi mujer y yo —que antes llevábamos cincuenta y cinco años casados y ahora llevamos cincuenta y seis, y si no acabo pronto el libro llevaremos cincuenta y siete— somos distintos. A uno le gustan unas cosas y al otro, otras. Y eso es muy bueno. Y a uno hoy le apetece hablar y al otro, no. O al revés. Y uno quiere salir de noche y el otro no puede con su alma. Y el uno y el otro ceden. Una vez uno; otra vez, otro. ¿Hemos tenido dificultades? ¡Claro!

En cincuenta y seis años pasan muchas cosas, unas buenas, otras regulares y otras malas. Alguna, muy mala. Porque viene una enfermedad, porque lo económico no va como nos haría falta o porque hace mucho calor o hace mucho frío. Pero la vida, en sí, es un camino de rosas, y las rosas, que son una preciosidad, tienen espinas. Y si la mujer y el marido deciden agarrar siempre las rosas con guantes no se pincharán con las espinas, aunque a veces se hagan alguna heridica, y se quedarán con lo bonito, con las rosas. Y la gente dirá:

—Es que a vosotros, ¡qué bien os va todo!

Aprovechando el incendio vamos rompiendo cartas y documentos viejos. La trituradora funciona a tiempo completo. Las bolsas de recortes llenan el contenedor de basura, sección papel, que tenemos al lado de casa. El olor es inaguantable, porque el incendio ha dejado un rastro importante.

Encuentro una carta de 1979 en la que el director general adjunto de una entidad financiera me escribía: «Volviendo sobre su preocupación para resolver las operaciones de crédito que tiene con nosotros...». Se me habían olvidado muchas cosas. La carta me recuerda algunas. En 1979 ya tenía operaciones de crédito —varias, por lo que se ve—. Y luego, cuando he visto las cifras, las he traducido a euros y he calculado lo que hoy representarían, casi no duermo. *A posteriori*. O sea, treinta y cinco años más tarde, los apuros económicos me han quitado el sueño hoy.

* * *

Volviendo de la rama. El equipo, «mi» equipo, se ha levantado y se ha caído y se vuelto a levantar tantas veces que hemos llegado a ser un equipo formado por dos viejos —y luego sus doce hijos, los yernos y las nueras y cuarenta y cinco nietos que, no nos equivoquemos, juegan en el mismo equipo y también se harán viejos con sus respecti-

NOSOTROS, ¿QUÉ ÉRAMOS?

87

vos equipos— que han sabido trabajar para poder mirarse fijamente a los ojos y seguir viéndose, aunque a veces cueste, como cuando empezaron. Con grados de intensidad mayores o menores, pero como cuando empezaron. Con más arrugas y con alguna cadera fastidiada. Con más angustias o viendo cómo los amigos se van y no vuelven, dejándote quizá un poquito más solo.

Pero la vida vivida es la vida vivida. Y el equipo es probablemente lo que te haya hecho vivirla de ese modo. Aclaro que el equipo es, principalmente, el marido o la mujer del viejo. Pero en el caso de que por lo que fuera no hubiese habido marido o mujer del viejo, este seguro que tendría los amigos, parientes o conocidos que formarían también parte de su equipo.

Pues eso, que sin el equipo no hay historia de amor, ni romance, ni amistad, ni parentesco ni un «nosotros, ¿qué éramos?», como decía el viejo del chiste de Quino. Que no hay espejo en el que reflejarse. Que no hay testigos de que aquello que cuentas ocurrió. Que sin equipo no tienes un público fiel que te escuche o que haga como que te escucha. Que nadie te recuerda que en tal o cual historieta o batallita cada año exageras un poquito más, y en donde antes decías que saltaste un zanja de cinco metros cuando te perseguían en la guerra, con el paso de los años la zanja paso a tener siete metros y así hasta llegar a los quince «sin exageración». Nadie se lo cree ya, pero tú y tu equipo incluso lo visualizáis.

Y cuando el equipo no esté, o tus hijos ya se hayan ido de casa —obviamente, si hablamos de gente

vieja lo normal es que sus hijos ya se hayan marchado a hacerse viejos con sus respectivos equipos — o cuando te entre nostalgia porque has rescatado del incendio una foto en la que salías vestido de príncipe del colegio por las estupendas notas que sacaste, cuando llegue ese momento, deberás echar mano del equipo que has tenido y de los logros conseguidos.

Es la mejor herramienta para seguir creando tu historia. Y sí: eres viejo, y por eso lo que has hecho es insuficiente y tiene que seguir dando forma a tu batallita vital.

A mí me horripilan los viejos que se dedican a amargar su vida, la de su equipo, la de los amigos, la de sus hijos, nietos, bisnietos... Aquellos que en la primera tormenta de verano el 1 de agosto te miran con su cara arrugada y con tono perdonavidas te dicen:

—Ya se acabó el verano.

Son viejos que ya son zombis. Y como dice mi admirado Carlos Andreu:

—A los zombis hay que eliminarlos de tu vida.

LAS BATALLITAS

Oigo hablar de las batallitas que contamos los mayores. Muchas veces en tono despectivo.

—Ya está este señor otra vez con sus cuentos.

Batallitas tenemos todos. Los chavales jóvenes, también. Uno de mis nietos, de veinte años, ha estado una temporada a cuarenta kilómetros de Londres, sin un español cerca —que es una de las mejores maneras de aprender inglés. Quizá la única—. Me manda un correo muy largo, con un resumen final: «O sea, que estoy *colgao*».

NOSOTROS, ¿QUÉ ÉRAMOS?

89

Me está contando sus batallitas.

Su hermano, un poco mayor, que trabaja en una empresa con contrato indefinido —me dice que lo subraye— y que tiene la novia en México, se ha ido allí a verla, invirtiendo, supongo, el primer sueldo en el viaje, y me ha mandado un whatsapp contándome con todo detalle lo que ha hecho, cómo le han recibido los padres y los abuelos de la chica, las comidas, las cenas, las visitas a la catedral, las peleas de gallos en una especie de estadio... Batallitas. Que agradezco mucho, porque me entero de muchas cosas, pero sobre todo por el interés que él tiene en que yo me entere.

*

*

En este caso, para mí, eso es una delicia, porque me acuerdo perfectamente del día que nació. Estaba yo en un colegio mayor, de tertulia con los residentes. Alguien llamó por teléfono, alguien cogió la llamada y le dio un recado al director, que, de repente, se levantó y gritó:

—¡Señor Abadía, ha sido usted abuelo por primera vez!

Gran aplauso y gran emoción. Ahora, veinticinco años y cuarenta y cinco nietos más tarde, me encanta que aquel crío y su novia me escriban desde México.

Los mayores tenemos más batallitas porque si a un chico de veinticinco años le han ocurrido ciento doce co-

sas en la vida, a un señor de ochenta, más. Utilizando la regla de tres —que no sé si la siguen usando en los colegios—, multiplico ochenta por ciento doce, divido el resultado por veinticinco y me salen 358,4 cosas. O sea, trescientos cincuenta y ocho de verdad y una en la que ese señor exagera un poco. Y ese señor las cuenta, como es natural. Puede haber un problema: que las cuente muchas veces y que la gente ya se las sepa. Eso es lo que mi mujer dice de mí:

—Siempre cuentas cosas de hace cincuenta años.

La mili es un pozo sin fondo de recuerdos, de risas y de malos ratos, que el paso del tiempo ha convertido en buenos. Ya no existe. Por eso los chicos jóvenes de ahora no podrán contar esas batallitas —el nombre ahí estaría muy bien puesto—. Peor para ellos. Además de perderse todo lo bueno que era el servicio militar para la educación —sí, lo he dicho bien, educación—, se han perdido una ocasión fenomenal de contar cosas que hicieron y que sufrieron, y a las que sus mujeres ya se habían acostumbrado y hasta les pedían que las contasen otra vez.

ESTO NO SOLO PASA EN LA FAMILIA

En el IESE se celebraba —supongo que sigue siendo así— el «paso del Ecuador» en los Programas de Perfeccionamiento de directivos. Durante una época, mi mujer y yo fuimos a todas las cenas.

El esquema era siempre el mismo: cena, discurso de un representante de la promoción, discurso del director

NOSOTROS, ¿QUÉ ÉRAMOS?

del Programa y a casa. Recuerdo una vez que los participantes, sin permiso de la «autoridad competente», contrataron a Mary Santpere, una actriz cómica muy buena y con mucha gracia, pero eso no formaba parte de lo establecido. Por cierto, nos reímos mucho.

José Luis, el director del Programa, era todo un señor. Almirante retirado, trabajaba con verdadera y juvenil ilusión. Yo le admiraba mucho, por su personalidad y porque en su despacho, enmarcados, había tres documentos correspondientes a la concesión de tres condecoraciones. Uno firmado por Alfonso XIII, otro por un presidente de la República y el tercero, por Franco.

Para estas cenas tenía un discurso muy bien preparado, que a la gente le gustaba y por el que le aplaudían mucho. Aplaudíamos incluso los que, como mi mujer y yo, y otros profesores, lo oíamos varias veces en la misma semana.

El discurso recordaba su época de comandante de submarino, navegando en «la negrura de las profundidades». Llegado el momento, antes de salir a la superficie, él levantaba el periscopio y quedaba boquiabierto —«Nunca me acostumbré», decía—, cuando, de repente, se le presentaba un panorama soleado, brillante y que, allí abajo, llegaba a pensar que no existía.

Una vez hecho este preámbulo venía la comparación con el impacto del Programa del IESE sobre los empresarios que lo estaban siguiendo. Encerrados en el día a día, el Programa, a modo de periscopio, les mostraba un panorama amplio y maravilloso. Cuando José Luis se levantaba para hablar, y empezaba con lo «recuerdo mi época de comandante de submarino», otro profesor con el que me encontraba en muchas cenas, me decía:

—Ahora viene lo del periscopio.

Y venía. Y si no hubiera venido, el otro profesor y mi mujer y yo, y otros, lo hubiéramos echado en falta. Era una batallita de José Luis, que, siguiendo lo establecido, iba adornando la historia poco a poco, manteniendo lo esencial —el periscopio—, pero dándole a cada discurso su propia personalidad.

COSAS QUE ME GUSTARÍA RECORDAR HABITUALMENTE

Me encanta hacer listas de cosas que no son muy útiles, pero que a mí me sirven para ordenar ideas. En este sentido recuerda que eres un viejo con una historia única; que tienes equipo o que lo has tenido; que el equipo probablemente está como tú: algo *cascao*, pero con cosas que contar; que las siguientes generaciones quieren saber quién eres; quieren saber tu historia; quieren que les cuentes esa historia, pero exagerándola cada vez más. Que es por tu historia y por tu equipo por lo que la gente te tomará en serio, te respetarán y te podrán tener de referencia; que todo ello te ayudará a discurrir y entrenar tu mente para no hacerte más viejo; y que debes evitar a toda costa ser un

zombi.

Al evitar ser un zombi siempre te preguntarás si la historia que vas a contar la quieren escuchar, y siempre avisarás de que la vas a contar o esperarás que la gente te corte sin miramientos. Solo con el hecho de planteártelo, dejarás de ser un zombi.

UN VIEJO SABE ESTAR A LA ALTURA

Y CONOCE SUS LIMITACIONES

La elegancia no viene dada con los años. Ni el saber estar. Ni la educación. Yo he visto viejos muy mal educados a sus ochenta años. He visto algunos que creen que pueden decir lo que quieran, aferrándose al «Como soy muy mayor nadie me puede faltar el respeto». No, majo, no. A los ochenta tienes que ser un ejemplo.

A ver, tengo la teoría —poco fundada— de que el maleducado de joven lo es de viejo, si no ha hecho esfuerzos por formarse y saber estar. Digo lo de poco fundada porque si me aprietas y me sacas un par de ejemplos que me hagan dudar cambio de opinión rápidamente. Pero está clarísimo que el viejo que sabe estar se gana al público con ovaciones. Se le ve a la legua.

Cuando hicimos la sesión de fotos para la portada de mi primer libro, mi hijo Gonzalo sujetaba al perro Helmut —que pesaba ya por entonces unos cincuenta y pico ki-

los— para que saliera muy correcto junto al sofá donde yo aparecía sentado. Yo vestía con mi traje oscuro de rayas, mi corbata azul y el alfiler en la corbata, que luego se convertiría en signo distintivo del Leopoldo farandulero del que hemos hablado antes.

La gente me decía, y me dice:

—¡Qué elegante es usted don Leopoldo! ¡Parece un *lord* inglés! ¡Qué porte!

Al margen de que estas exageraciones nos gustan a todos, me acuerdo de que mis padres siempre querían que fuera de punta en blanco. Se esforzaban por hacer que su hijo estuviera elegante por fuera. Pero insistían mucho, además, en que fuera elegante por dentro. De hecho, ahora releo este párrafo y remarco que preciosamente era al revés: su prioridad era que fuera elegante por dentro y, luego, que, además, se viera por fuera. Y es cierto, tener una sastrería facilitaba mucho el estrenar habitualmente trajes o chaquetas. Con esto quiero decir que desde pequeño me enseñaron a vestir de este modo. Y yo me limito a hacer lo que siempre he hecho. Por dentro y por fuera.

Si no fuera así, en los programas de televisión podría salir con pantalón rojo, camisa con chorreras y fular, zapatos lilas de charol y una gran capa negra. Y una chistera, que me encantan. Podría

hacerlo y tener una personalidad arrolladora, pero chocaría con mi forma de ser... Con saber estar a la altura.

El viejo debe saber estar, no ser un «adulcescente» —sí, con «u»—: ser adulto pero vestirse como si fuera joven, y demostrar que su juventud es mental. Y asumir, con esa elegancia que lleva a la dignidad, que su papel es suyo y no el que le impongan los demás.

PARA SERVIR, SERVIR... Y DEJARSE SERVIR

Siempre me gustó lo de «para servir, servir». O sea, ser útil y ayudar a los demás. Esto en una familia es una bendición de Dios, porque allí se está muy bien, gracias a todas las cosas pequeñas que trae consigo el servir.

Con mi edad, además añado otra cosa: para servir, dejarse servir. Uno se cansa. Uno se sienta en la mesa a la hora de comer y, alguna vez, piensa que levantarse para buscar la servilleta que se han olvidado poner, representa un esfuerzo titánico. Es el momento de sonreír, de reconocer las limitaciones y de pedir, por favor, al más pequeño que te la traiga. Si puedes, ayúdale, dándole una pista:

—Quizá esté en la cocina, en el recibidor, en un cuarto de baño o —cosa improbable— en su sitio.

Y cuando el crío llegue con aire triunfal, porque, sorprendentemente, la ha encontrado a la primera —encima de un plato que está en la entrada, colgado en la pared—, le sonríes y le das las gracias. Y el chaval irá descubriendo lo bonito que es echar una mano a los demás. O sea, servir. Y cuando en otra ocasión vea que te levantas, dirá:

—Abuelo, ya voy yo.

Nunca he comprendido la actitud de esas madres o abuelas que se aterrorizan cuando se enteran de que su hijo, la mujer del hijo y los siete niños —estos tienen siete— van a ir a comer y luego comentan:

—¡Qué horror! ¡No he salido en todo el fin de semana de la cocina! ¡Una ya no está para esos trotes!

Mira, hija, a ti lo que te pasa es que eres tonta. Te lo digo con todo mi respeto y todo mi cariño: tonta. Y, además, estás haciendo una faena a tus hijos, yernos, nueras y nietos, porque venían dispuestos a ayudar y tú les has quitado las ganas, y les estás deseducando para que siempre exijan que alguien les sirva. O sea, un desastre, que, además, te deja hecha polvo.

Esto lo enlazo con la humildad, porque reconocer nuestras limitaciones es eso, humildad, o sea, la

verdad. Ya no puedes jugar al tenis, ya no puedes jugar a la petan-ca, ya te aburre la tele y eres incapaz, además, de ver una peli en el disco duro; en primer lugar porque no sabes manejarlo. Además, sabes que el que te lo ha prestado ha pirateado todas las películas y ver una hace que a ti te remuerda la conciencia —lo que demuestra que la tienes bien formada—.

Si no juega tu equipo, la Liga no te dice nada. Si pierde, te enfadas con el árbitro, porque no hay derecho. Cuando ves una manifestación de muchas personas que opinan distinto de ti, piensas que están equivocados y que solo tú estás en lo cierto. Lo mismo que el que iba por la autopista quejándose de que todos los demás conducían en dirección contraria precisamente por su carril.

A veces te enfadas cuando no toca. Otras, gruñes —«¡ ¡Ya salió lo del viejo gruñón!!»—. En catalán, gruñón se dice *rondinaire*, que suena mejor.

El primer camarero que tuvimos en el IESE, Antoni-no, todo un señor, que había servido a Alfonso XIII, era un poco *rondinaire*, pero a mí me parecía precioso ver a aquel hombre mayor, bregando duro, entusiasmado por su trabajo y por el nuestro, diciéndole al primer director:

—Don Antonio, de aquí a unos años no tendremos bastante ni con el palacio de las Naciones Unidas en Ginebra.

Limitaciones. Que hay que reconocer, que hay que aceptar, que hay que transmitir a los demás, de modo que se den cuenta, pero que no les sirva de cruz. De una cruz «fabricada» por un viejo que ha decidido estropear la vida a los demás, una vez que ha descubierto el filón que tenía entre manos: su ancianidad insoportable.

SIN COMPLEJOS

Un amigo mío me dijo una vez que los complejos solo los tienen los simplejos. Y es verdad. Porque el viejo tiene que moverse por la vida con la misma agilidad —mental— y la misma frescura —total— de siempre. Es decir, ¿quiero hablar? Hablo. ¿Quiero callarme? Me callo. ¿Quiero levantarme de la silla para abrir la ventana porque tengo calor? Me levanto. ¿No quiero levantarme? No me levanto. ¿Quiero ayudar? Ayudo. ¿No quiero ayudar? Ayudo también —quizá de otra manera, porque hoy, con eso de la humedad, los huesos me duelen especialmente—. Ayudo con mi sonrisa, con mi mirada, con mi agradecimiento, con no quejarme, con no explicar, articulación por articulación, los problemas de mi cuerpo, ayudo contando una batallita —aunque no venga a cuento—,

porque es posible que la gente, hoy, la esté esperando y, hoy, repito, les vaya muy bien. Poniéndole nuevos detalles, aunque sean un poco fantasiosos. Así no la reconocerá nadie y les parecerá que es nueva y que nunca la habían oído. O sea, haciendo la vida feliz a la gente. Haciéndosela cómoda. Porque para incomodidades ya tenemos bastantes en la vida, y, además, de vez en cuando parece que se encargan otros de proporcionárnoslas, como si les pagasen el sueldo por ello.

Ya se ve que la diferencia entre «quiero ayudar» y «quiero hacer la vida inaguantable a los demás» es abismal.

* * *

En algún lugar del libro digo que durante una temporada, larga, viajé mucho. Uno de mis hijos iba conmigo. Un día, él hizo un descubrimiento: en el organigrama de la línea aérea que solíamos utilizar debía de haber —mi hijo estaba totalmente seguro— un puesto: el «jefe de incomodidades», ocupado por una persona que por la mañana se levantaba y se preguntaba a sí mismo: «¿Qué puedo hacer hoy para jorobar la vida a todos y cada uno, sin excepción, de los que tengan la desgracia de coger un avión de mi línea?». Apuntaba las conclusiones y durante el día se dedicaba a llevarlas a la práctica: el *finger*, cerrado, para que los pasajeros tuvieran que coger un autobús a las dos de la madrugada; la cinta de recogida de maletas, bloqueada, para que esos mismos pasajeros tuvieran que esperar media hora a que saliera la primera —no la suya, claro—, mientras la cinta giraba y giraba y giraba, con un cochecito de niño que alguien se había dejado olvidado, niño que a esas horas ya habría hecho la primera comunión...

Hay dos tipos de personas: los facultativos y los difi-cultativos. El viejo —y el joven y el niño y todos— tenemos que ser facultativos. Y eso, a cierta edad, si se va metiendo en vena el egoísmo, puede ser difícil y hacer la vida imposible al protagonista y a los que tienen la desgracia de toparse con él.

Renové el pasaporte en una comisaría de Barcelona. Me atendió una señora, encantadora. Todo fueron facilidades. Al final le dije:

—Gracias por cómo me ha atendido. Es usted una delicia.

Puso cara de pena y me contestó:

—Pues dígallo por ahí, porque los funcionarios tenemos muy mala prensa...

La mala prensa no solo afecta a los no funcionarios o a algunos funcionarios. Y la buena prensa, gracias a Dios, no solo habla de la señora que me atendió en la comisaría de Barcelona. Puede llegar muy lejos. Por ejemplo: en Boston, en 1963, alquilamos un coche para un fin de semana. Fui a la compañía de alquiler, lo reservé y quedé en ir a buscarlo el día siguiente. Me dijeron que, como no tenía ninguna tarjeta, hacía falta que dejara unos cuantos dólares —no recuerdo cuántos—. Que lo podía pagar en efectivo o en cheque.

Volví al día siguiente, viernes a última hora de la tarde. El coche estaba allí. Nos habían reservado un compacto, un Dodge Dart, que en España se consideraba un cochazo. Me atendió otro empleado. Al darle el cheque, me dijo:

—No podemos aceptar cheques.

7

MIS VIEJAS IDEAS PUEDEN SONAR

A NUEVAS

Le expliqué lo que me había dicho el que me había atendido la víspera. No llevaba dinero en efectivo y los bancos estaban cerrados. El empleado, facultativo por excelencia, me tranquilizó:

—No se preocupe.

Sacó de un cajón un formulario, y me espetó:

—Firme aquí.

Firmé, sin leerlo. Después me dijo:

—Acaba de solicitar una tarjeta de crédito de nuestra compañía. Yo se la concedo, y como tiene usted tarjeta no hace falta ningún depósito. Puede llevarse el coche. Que pasen un buen fin de semana.

Años y años después seguía alquilando coches de esa compañía, gracias al facultativo que pensó que dejar sin fin de semana a una familia era hacerles una faena, que se podía evitar con un poco de buena voluntad. Además, consiguió un cliente, porque estas cosas suelen ir juntas.

Aquel señor se jubiló, seguro. Quizá se habrá muerto. Pero todavía hoy, hay gente que alquila coches en esa empresa gracias a que aquella persona decidió hacer la vida agradable a los demás.

El triunfo de los facultativos, desde la comisaría de Barcelona a Boston.

Nací en una familia católica y así me educaron en casa. Con mi madre aprendí el «Jesusito de mi vida», el «Bendita sea tu pureza» y el «Ángel de la guarda, dulce compañía». Sigo rezando las mismas oraciones. Ahora me cuestan un poco más, porque las digo por la mañana y ya he dicho que, a esas horas, estoy torpe y no me entra la primera. Pero las rezo. Y antes, cuando estaba en un consejo, o ahora, cuando estoy en la tele, me río por dentro pensando en la cara que pondrían los que me rodean si supieran que hacía un rato estaba rezando el «Jesusito de mi vida».

Mis padres me llevaron a un colegio católico. Según ellos «porque si nosotros somos católicos, el

colegio tiene que ser católico. Si no, el chaval se nos volverá loco».

Me parece que el argumento de mis padres era puro sentido común, aunque no fuera una explicación profunda, basada en argumentos filosóficos. Pero al cabo de los

años he llegado a la conclusión de que cuando algún argumento, del tipo que sea, choca contra el sentido común, no es bueno.

Por cierto, ahora hay que decir «contra el sentido común, versión antigua». Para que nadie diga que me vuelvo a ir por las ramas lo dejo apuntado aquí y lo aclararé en algún momento. Procuraré que no se me olvide. Además, en la editorial, alguien leerá el manuscrito del libro y se ocupará de reclamarme todos los flecos que hayan quedado pendientes.

En este colegio completaron la labor de mis padres. Nunca tuve la impresión de que me estaban «lavando el cerebro». Entendí que me explicaban las verdades de la fe católica, que coincidían con la manera de vivir en casa. Porque siempre he pensado que de «saber» a «vivir» hay un buen trecho. Y que se puede saber mucho de algún tema —la religión en este caso—, pero si eso no se traduce a cosas concretas en el vivir diario es señal del que el que sabe, no se lo cree. Cosas más.

Por eso entiendo perfectamente que a una persona que no vive de acuerdo con el catolicismo no se le permita dar clases de esta religión. Por poner un ejemplo cercano, yo sería muy mal profesor de islamismo.

Recuerdo la cara de sorpresa de un jesuita, ya mayor, a quien tuve de maestro en el colegio, cuando, no hace mucho, le dije lo agradecido que estaba porque me hubiesen obligado a ir a misa todos los días. Se lo solté así, aunque lo correcto hubiera sido decir que me hubieran enseñado a ir a misa todos los días. Se quedó un poco sorprendido, y me aseguró que no todos pensaban igual.

Me casé con una chica católica. No porque fuera católica, sino porque iba al colegio que estaba al lado del mío y así era muy fácil conocerse. Y porque me pareció guapa y maja, y simpática, y elegante, y muchas cosas más. Nos casamos, por la iglesia, claro, y tuvimos hijos, y les bautizamos y les educamos en la misma religión. Así de simple.

Procuramos que los hijos vivieran en católico porque les diera la gana. Nunca creímos que se podía imponer una religión o una manera de vivir esa religión. Siempre estuvimos convencidos de que hacer las cosas porque te da la gana es lo mejor que le puede ocurrir a un chaval. Y a cualquier persona. También a los viejos, mientras les funcione aceptablemente bien la cabeza.

Por eso los viejos no debemos horrorizarnos por cómo nuestras ideas o nuestras creencias —en el siglo **XXI** y con nosotros ya gruñendo involuntariamente— son tratadas por las nuevas generaciones. El que cree, cree. El que no cree, que no crea. Si en mis manos está explicar por qué creo en unas cosas y otros no quieren oírlo, allá ellos. Y no

nos olvidemos de algo: no es peor persona por no tener la misma visión de la vida que la que puedo tener yo.

No me gustan los integrismos de ningún tipo, ni los fanatismos ni las exaltaciones, de la misma forma que no me gustan los desprecios, las mofas y la burla barata. No me gustan aquellos que consideran que lo metafísico es el mayor argumento para convencer a nadie, ni las personas que aseguran categóricamente que la ciencia tiene respuesta a todo. No me gustan, repito, ni los integrismos, ni los fanatismos ni las exaltaciones. No hay ciencia que explique la fe. Ni fe que esté reñida con la ciencia.

Soy mayor y tengo cabeza. Ha pasado mucho tiempo desde el «Jesusito de mi vida» y aquí sigue conmigo. ¿Quiere decir eso que se lo tengo que imponer a las nuevas generaciones? No. Solo me digo: «Leopoldo, tenlo a mano porque habrá muchísima gente que lo ande buscando... y que se ha olvidado de él».

Al llegar a este punto he decidido no volver a hablar de religión en este libro, porque la editorial no me ha pedido que escriba un libro apologético ni de meditaciones para la vida diaria.

UNA PREOCUPACIÓN: EL SENTIDO COMÚN. EXPLICACIÓN DE LO DE «VERSIÓN ANTIGUA»

Ahora estoy preocupado porque, por casualidad, hojeando el Diccionario de la Real Academia Española he visto que me han cambiado, sin avisar, la definición de «sentido común». Creo que ha sido sin avisar porque

de otras nuevas incorporaciones sí me he enterado. En su momento van anunciando que se añaden nuevos vocablos como friki, bloguero y otras cosas. Pero del cambio del significado de «sentido común» no tuve noticia.

En la edición de 1992 el Diccionario definía «sentido común» como «facultad, que la generalidad de las personas tiene, de juzgar razonablemente de las cosas». Llegó la edición de 2001, en la que «sentido común» es «el modo de pensar y proceder tal como lo haría la generalidad de las personas».

No me gustó el cambio. Me pareció una falsa «democratización» de lo que es el sentido común. Porque si es pensar y proceder como la mayoría, y la mayoría piensa y procede mal, ni sentido común ni nada.

Hay algo que tengo muy claro: que lo anormal, si se hace muchas veces —si lo hace «la generalidad de las personas»— no se convierte en normal. Se convierte en anormal frecuente.

Vivimos unos momentos complicados. Me tranquilizo pensando que todos los momentos de todos

los años transcurridos desde que se creó el mundo han sido así. Ya he dicho que me gusta la historia. El libro más antiguo que he leído es el Antiguo Testamento, que no es un libro, sino muchos.

En aquellos tiempos las cosas ya estaban complicadas, aunque las soluciones eran simples: como eran muy brutos lo arreglaban todo a golpes. Por eso, cuando veo situa-

dones que se pretenden resolver a base de bofetadas, vuelvo a pensar lo de «sabemos demasiado» y entiendo claramente que así no se soluciona nada. Y que así se produce odio, y que, yo, seguramente porque soy mayor y aguanto muchas cosas, no quiero soportar el odio ni a los sembradores de odio, que son lo más repugnante que ha dado a luz señora alguna. Frase que me ha costado componer, porque la que me salía de buenas a primeras era una grosería.

A medida que avanzaba lo que algunos llamaron «la civilización», los métodos para resolver problemas se volvieron más sofisticados. A las bofetadas se unió el veneno, que era cómodo de usar, y uno no se ensuciaba las manos. Luego vinieron las armas con las que cada día se mataba mejor. Y ahora hemos llegado al sùmmum: un oficinista, desde Estados Unidos, desayuna en casa con la familia, da un beso a su mujer, lleva a los niños al colegio y se va a la oficina. Se quita la chaqueta y se pone una cazadora. Conecta el ordenador, busca y localiza a un terrorista que ha salido de compras por Mogadiscio, Somalia, y le suelta un misil, que le da de pleno. En la libreta que tiene en la mesa apunta: «Uno». A veces, como nadie es perfecto, se carga al terrorista y a seis viejecitas que iban a la mezquita a rezar. A esas no las apunta en la libreta. Seguramente piensa que mejor es que sobre que no que falte.

Cuando veo estas cosas, utilizando el sentido común, versión antigua, copio a Ortega y Gasset y digo que «no es eso, no es eso». Y aprovecho para reafirmarme en el sentido común de verdad, «el de antes». Porque con «el de ahora» no estoy cómodo.

MIS NUEVAS/VIEJAS IDEAS: LA JUSTICIA

No me gusta la injusticia «a nivel pequeño»

No me gusta la injusticia «a nivel pequeño»: la de la persona que trata mal a su mujer, a su marido, a sus hijos. La que hace que en una casa se esté mal. La que hace que se tenga que llamar a un teléfono pidiendo ayuda. La que hace que los hijos tengan que escoger entre la madre y el padre, y que acaben escogiendo a los abuelos porque es donde les quieren —iba a poner «donde les quieren más», pero he quitado el «más», porque su padre y su madre no les quieren—.

También los hijos pueden acabar «vendiendo» su cariño al padre por un lado y a la madre por otro, para que, a fuerza de dinero o de regalos de un precio desorbitado, cada uno demuestre —falsamente— que son el/la que más les quiere.

Momento en que les compran un iPad, porque así el pobre crío está entretenido, falsamente entretenido, mientras su padre con la novia que se ha buscado y su madre con el novio que se ha encontrado, hacen su vida, que para eso son libres. Ja.

Siempre he creído que cuando un señor o una señora le asesta un par de cuchilladas al cónyuge correspondiente no es porque aquel día se haya levantado con el pie cambiado. Es que aquellas personas llevan muchos años haciéndose la vida imposible, por culpa de una, de otra, o de las dos. Y, al final, cuchillada. O sea, en términos matemáticos, porque por algo soy ingeniero, que la macroviolencia es el sumatorio de miles de microviolencias.

Estoy convencido de que en la familia se tiene que aprender a vivir la justicia. Y, por supuesto, si solo es la justicia, aquello es fríamente, correctamente, legalmente inaguantable, porque la vida, si no le echas un poco —mejor, un mucho— de cariño y solo le echas justicia, se convierte en un espacio vacío, aséptico, invivible.

Recuerdo cuando se celebró el Año de la Tolerancia —año o día, o algo así—. Me pareció mezquino, tristísimo, cuando llegué a casa por la noche, muy tarde —último puente aéreo— y me encontré a mi mujer y a mis hijos durmiendo. ¡Pensar que tenía que tolerarles! ¡No, hombre, no! Tengo que quererles.

La injusticia, a nivel pequeño, se vive en muchas direcciones, todas ellas aberrantes: el padre contra la madre; la madre contra el padre; cualquiera de los dos, padre o madre, contra un hijo, dos hijos o más; al revés —hijos contra padres—; cualquiera de los anteriores contra los abuelos, que están bastante pesados, que cuentan una y otra vez la batalla del Ebro, en la que el abuelo combatió en un bando distinto del que les gusta a los hijos y a los nietos. Y que, lo peor, cada vez están más sanos porque comen, beben, pasean y fuman —la abuela, también; desde joven—. Y no se mueren ni a tiros.

Ahí es donde yo quería ir a parar. Veo cosas por la calle que no me gustan. Veo viejos que sobran en casa de sus hijos. Y no sobran, sino que «les sobran». Como lo escribí ya en otro libro no lo repito aquí. Aunque no pasaría nada si lo hiciera.

Conozco personas, majas, de buen nivel social y económico, o sea, lo que llamaríamos «gente bien», que cuen-

tan lo que han hecho con sus padres —«Los hemos puesto en dos residencias separadas para que no se calienten la cabeza uno a otro»— y me entran escalofríos objetivos. Escribo «objetivos» porque me escandaliza eso que han hecho otros. Y porque tengo la absoluta seguridad de que mis hijos son decentes y nunca harán semejante burrada. Si no, los escalofríos serían subjetivos.

No me gusta la injusticia «a nivel grande»

A mí, como viejo que soy, me molesta la injusticia «a nivel grande». No comprendo, ni quiero comprender ni quiero que me den argumentos, porque son falsos, que se tiren toneladas de alimentos y que haya hambre en el mundo.

He vivido y he visto guerras, y no admito que, como Rusia está haciendo lo que hace con Ucrania —ahora me quedo con Crimea, ahora me apetece la parte Este del país, ahora te corto el gas, etc.— y no nos compra productos agroalimentarios para vengarse de las sanciones que le hemos puesto, alguien, muy versado, diga que quizá «haya que retirar excedentes del mercado». Eso, traducido al castellano, quiere decir una de dos cosas:

1. Pensando mal, que mantendremos precios destruyendo alimentos que, metidos en un Hércules, llegarían a África en unas horas y allí quitarían el hambre a mucha gente.
2. Pensando bien, que se los haremos llegar a través de

honradas ONG que garanticen que si enviamos ciento tres kilos, llegan ciento tres kilos.

Y como el trozo de mundo que tengo más cerca es la ciudad donde vivo, no puedo admitir que en esta ciudad haya hambre. Y la hay. Y en el trozo de ciudad donde vivo, que es tan Europa como la Avenue des Champs-Élysées o la Via dei Condotti, unas monjicas den de comer a personas que si no, no comen.

Y conozco una fundación que suministra comida a familias de clase media en situación económica muy apurada —los que antes se llamaban «pobres vergonzantes»—, enviándosela desde el súper, de modo que el portero de la casa donde viven piense que la han comprado ellos, y me parece algo de una delicadeza fenomenal; y veo lo que hace Cáritas y el Banco de los Alimentos, y tanta otra gente buena que hay por el mundo.

Que haya hambre en la ciudad donde vivo, una ciudad rica, sofisticada, de diseño, turística, envidia del mundo, me pone nerviosísimo. Hambre quiere decir irse a la cama con el estómago vacío, cosa que a mí, gracias a Dios, no me ha pasado nunca, pero que debe de ser horroroso.

No me ocurrió ni en la guerra civil que hubo en España —que mejor es que nos olvidemos de ella porque hubo un tiempo, muy cercano, en que nos dio por recordarla todos los días y eso no sirve más que para sembrar el odio—, de la que ya he hablado suficientemente, aunque de eso no se habla nunca suficientemente.

* * *

Salía una tarde de casa con mis padres. Eran los tiempos de la escasez, el racionamiento y el estraperlo. Se nos acercó un hombre de unos cuarenta años, vestido con un mono de trabajo y un saco —según dijo— de azúcar de unos cinco kilos para vendérselo a mis padres. Mi padre lo rasgó

por un lado y vio —lo recuerdo muy bien— que estaba lleno de hierba en lugar de azúcar, que solo debía haber en la capa de más arriba. Sin decirle nada, mi padre se lo devolvió y aquel hombre se fue. Supongo que a buscar otro saco y a intentar meter un gol al siguiente que se encontrase por la calle.

Me molesta ver unos sueldos despendolados que no se justifican ni por el buen trabajo realizado, ni porque en el resto de Europa se pague así a los mismos profesionales, ni porque haya que retener a esos talentos para que no se vayan.

Quizá envidioso porque nunca me han ofrecido un sueldo como esos —si lo hubieran hecho no sé qué habría pasado—, pienso que si esos talentos amenazan con irse, que se vayan. Y pienso, porque a veces me entra la vena demagógica, que esos señores, después de pagar los impuestos correspondientes, deberían dar la mitad de lo que les quede a organizaciones benéficas fiables. Y además, sería muy bueno que este gesto se hiciera público, y que, en ese caso, la mano izquierda —la gente— supiera lo que hace la derecha —ellos—. De este modo la gente vería que esos señores no colaboran con la injusticia y se animaría a seguir su ejemplo, aunque no fueran ricos, porque, por muy mal que esté uno siempre hay otro que está peor.

No me gusta que haya continentes olvidados, y, cuando me entero de cosas que están haciendo organizaciones privadas honradas —las hay no honradas— en África, se me humedecen los ojos. Y cuando un misionero español se muere de ébola me da una pena enorme. Y cuando a alguien se le ocurre que había que cobrar el traslado a la orden religiosa a la que pertenecía esa persona, no me quedó otra que escribir que los que proponían eso no eran más zafios porque no se entrenaban. Al final se impuso el buen sentido y no presentaron la factura a la orden.

Quizá este cúmulo de injusticias «a nivel grande» me lo parecen porque estoy mayor. Porque soy y estoy mayor. Pero de pronto recuerdo lo del sentido común, la definición original, y digo: «Pues igual no es que me haga mayor, sino que el mundo está llevado por jóvenes que no se enteran de qué va esto».

Y me doy la razón.

MIS NUEVAS/VIEJAS IDEAS: LA DECENCIA

La globalización de la decencia

Soy consciente de que de esto hablo en todas partes —os recuerdo que como soy viejo me repito—. Pero es que siempre he considerado que es uno de los temas de suficiente importancia como para que se quede en el tintero.

La injusticia a nivel grande es lo que llamo «la globalización de la injusticia», que forma parte de la «globalización de la indecencia», producida por millones de actos indecentes realizados por

muchas personas indecentes.

La globalización de la indecencia se derrota con la globalización de la decencia, y esto es difícil porque siempre ha sido más sencillo y más cómodo ir cuesta abajo que cuesta arriba. Y, además, muchos han ido cuesta abajo durante un montón de tiempo y a una velocidad tan grande que para frenar, hacer marcha atrás y subir lo que han bajado hace falta demasiado esfuerzo. Y muchas ganas. No digo que hace falta «voluntad política» porque cuando a los nombres que todos comprendemos les añaden un adjetivo, no se entienden; lo que, quizá, es lo que pretenden los del adjetivo. Por eso, cuando digo que hace falta tener muchas ganas, quiero decir eso. Ganas.

Lógicamente, la globalización de la decencia exige millones de actos honestos hechos por muchas personas que quieren ser decentes.

Me doy cuenta de que no soy más que uno de los 7.376.471.981 individuos que hay en el mundo, según un censo que acabo de ver. He estado a punto de desmoralizarme, porque es mucha gente y me veo muy poca cosa a nivel mundial. Pero luego he reaccionado y me he dicho que si yo intento ser decente, en el mundo habrá un sinvergüenza menos. Y si animo a mi familia y a mis amigos a ser decentes, muchos indecentes menos.

Eso es lo que yo puedo aportar. Por eso me alegro cuando publico un artículo y veo que lo han retuiteado. Me hago ilusiones y me animo pensando que habrá ayudado a unas cuantas personas a ser decentes y a que las tone-

Jadas de indecencia/injusticia que hay en el mundo hayan bajado unos cuantos kilos.

Los mayores, lo viejos, los abuelos, la tercera edad... tenemos una altísima responsabilidad en la globalización de la decencia. Porque tenemos la experiencia, quizá nos falla un poquito la efervescencia y el entusiasmo de juventud, pero tenemos las canas, que nos convierten en referentes. Es la demostración de que podemos llegar hasta aquí siendo decentes.

No digo con esto que todo abuelo sea o haya sido decente. No. También los hay muy sinvergüenzas. Pero da la sensación de que todavía estamos cambiando el paso en muchas cosas. Y se da por supuesto que, en su momento, nos equivocamos, cometimos errores —incluso grandísimos errores— y la vida nos dio la oportunidad para rectificar y remontar, y pagar nuestra deuda con la sociedad y llegar al día de hoy para ser referente de los jóvenes. O incluso puede ser que la vida nunca nos ofreciera esa segunda oportunidad y que estemos esperándola todavía. Y quién sabe, tal vez esté a la vuelta de la esquina agazapada.

La responsabilidad del viejo en la educación de los jóvenes es total. Por lo vivido, sobre todo, y porque, no nos engañemos, lo que nos ocurre una primera vez, ya le sucedió antes a otro.

Me dan pena los que hacen las cosas mal

Vemos todos los días motivos para decir cosas como: «Esto en mi época no pasaba», «Con Franco se vivía me-jor/peor», «Ya no hay gente como la de antes»... Y el problema no es comparativo. Ni antes ni después las cosas eran mejor o peor. Siempre ha habido de todo. El problema es si sabíamos que las cosas ocurrían o no. Cuanta más información nos den del robo, soborno o sinvergonzonería de nuestro vecino o de nuestro gobernante, más nos indigna. Pero os aseguro que antes también había sinvergonzones de mucho nivel. Y todos, sin excepción, eran y son unos desgraciados.

Hay personas que hacen cosas que no tendrían que hacer. Algunas, bastantes, con responsabilidades públicas, que, aunque solo fuera porque son «públicas», deberían portarse bien. Personas en las que los ciudadanos confiaron, y a las que, por eso mismo, les dieron responsabilidades, y que con el tiempo demostraron que no eran dignos de aquella confianza. Personas que se aprovechan del cargo, que se aprovechan de ser parientes de no sé quién o que directamente prevaricaron y amenazaron a los ciudadanos con la cárcel —que, por cierto, podían evitar si les sobornaban—. Gente que lo ha hecho mal. Muy mal.

Pero siempre la ha habido. Quizá ahora, además, nos toca la moral porque vivimos de una manera en la que buena e ingenuamente confiamos en el sistema. Confiamos en que hay una reglas de juego que se van a respetar, por el simple hecho de que antes no existían.

Pero más que odio, o enfado, o indignación, estas personas me dan pena. Cuando lo declaro muchos me miran con compasión despreciativa, o con desprecio compasivo, y casi les leo el pensamiento: «Este señor empieza a chochear». Cuando hablo de estas personas, y digo:

—El/la pobre mengano/a...

Inmediatamente oigo:

—¡Pobre, ¿de qué?!

Pues sí. Pobres. Desgraciados. Aunque se hayan forrado. Pobres. Porque han hecho algo mal, y el que hace algo mal, aunque consiga millones, es un desgraciado.

Eso es lo que pienso. No es que admita ni justifique el mal hecho. Es que me da pena el que lo hizo; además, porque ahora él y su familia lo están pasando mal. Merecidamente, ya lo sé. Pero lo están pasando mal, y me dan pena los que lo pasan mal, aunque algunos se lo hayan ganado a pulso.

No me gusta nada ver a un imputado bajando por una cuesta, camino del juzgado, recibiendo insultos—situación despreciable que me recuerda a las señoras que hacían calceta al pie de la guillotina—.

Me molesta que se haya «abierto la veda» sobre un alto cargo que, por lo que ha dicho él mismo, no

se ha portado demasiado bien en los últimos —muchos— años. Me molesta porque me suena a venganza, a hacer leña del árbol caído. Y a cobardía, a aprovechar para atacar al que nunca te cayó bien ahora que está grogui, aunque sea por su culpa, porque cuando estaba en todo su esplendor no te atrevías. Y hasta le hacías reverencias y le reías las gracias, aunque sospechabas —o sabías claramente— que allí había algo raro. No me gusta.

Quizá me molesta porque, en el fondo, esto suena a lo del odio que he repetido muchas veces en el libro. A estas personas se les puede decir que lo que han hecho es una vergüenza, que han dado un ejemplo malísimo, que han traicionado la confianza puesta en ellos durante tantos años, pero al final, a mí solo me sale una palabra: ¡pobre!

Alguna vez he conocido a sujetos que han cometido muchas fechorías, porque en una vida larga y muy «vivida» se conoce a mucha gente, y, como me ha dado pena verles tan solos, les he escrito diciéndoles que rezaba para que todo acabase bien y pronto. No les ponía: «¡Ánimo, a seguir haciendo el ceporro como hasta ahora!». Sino que intentaba dirigirme a la persona con un «¡ánimo, que de esta saldrás!».

Y quedaba claro el mensaje implícito: «¡Y, por cierto, no vuelvas a las andadas!».

Hay mucha gente que, «mercidamente», lo está pasando mal. «Mercidamente» está entre comillas para que nadie piense que no me entero de lo que pasa. Y quiero que quede claro que de los del «mercidamente» también digo: ¡pobres!

Frente al odio, los detalles pequeños

Me encanta que los viejos seamos una fuente de pausa en esta espiral de injusticia, odio y sinvergonzonería. Es una de nuestras tareas: despertar el recuerdo amigable —de amigo—, de ternura y de complicidad.

Me encanta que una nieta pequeña, que casi no sabe hablar, coja unas florecitas y se las traiga a mi mujer. Me parece que eso es señal de que los padres de esa niña la están educando en las cosas pequeñas, que, siempre lo he dicho, marcan la diferencia entre una familia feliz y una familia de asco.

Me encanta que los hijos besen a mi mujer y me besen a mí. Y que las nueras y los yernos, también, aunque a veces me dé cierta vergüenza que unos tiarrones de metro noventa me besen en público. Pero inmediatamente rectifico y me enorgullezco y me gusta que la gente lo vea. «Mirad cómo me quieren».

Me encanta que los hijos enseñen a los nietos a pedir las cosas por favor y a dar las gracias y a ceder el paso a la abuela cuando coinciden en una puerta.

Me encanta que mis hijos hayan hecho un whatsapp familiar para estar todos al tanto de todo, aunque al irme a la cama me encuentre con cincuenta y siete mensajes y me dé pereza leerlos. Pero los leo con mucha alegría, aunque el setenta y cinco por ciento diga «jajaja» o «jejeje», porque es una señal —pequeña, pero señal— de que esos hijos se quieren.

Considero esto como un triunfo. Y aunque he dicho que no volvería a hablar de religión, ahora digo algo que seguro que no molestará a nadie: me duermo dando gracias a Dios.

Todo esto es mucho más poderoso que las injusticias y el lamentable espectáculo de los desgraciados de los que he hablado antes.

MIS NUEVAS/VIEJAS IDEAS: LA LIBERTAD

Me gusta ser y sentirme libre

Siempre me ha parecido muy importante, fundamental, ser libre y sentirme libre. He oído muchas veces aque-llo de que una cosa es la libertad y otra, el libertinaje. A mí me gusta la libertad, poder pensar como quiera, tener las opiniones que quiera y respetar a los demás, que también son libres. Porque si yo soy libre y los demás también, puedo divertirme mucho desayunando con amigos que piensan distinto, reírnos juntos por lo distintos que somos, convencer a alguno y dejarme convencer por otro —que también es bueno—, porque a veces «el otro» tiene razón.

Me ha gustado que en mi casa hubiera libertad. Un periodista calificó a mi familia como un «caos organizado», y lo agradecí mucho, porque creo que eso es muy bueno, y que un caos formado por personas libres que libremente intentan conocer y vivir la verdad es una bendición de caos.

Amigos míos, muy buenas personas, me miran con cariño, pero con un cierto recelo. «¿Estará loco o será un santo?». Lo de que no soy un santo está clarísimo. Lo de la locura... Yo digo que no.

Ya se ve que a veces me da por la «teología barata». Pero como estudio, discurro y pretendo llegar a la verdad me quedo tranquilo con mis «barateces», con las que no pretendo emular a santo Tomás de Aquino, que era muy listo.

Sin embargo, los mayores creemos muchas veces que nuestra limitación propia de la edad nos quita libertad. Yo creo que no. Solo hay que entender que tu libertad se reduce realmente a lo esencial: a lo que puedes hacer o no. Y que en según qué momentos en los que necesitas ayuda, tu libertad se suma a la de otros.

La alegría y las limitaciones

Pienso que ser libre y estar alegre es lo mismo. Como soy mayor me duelen las articulaciones y la

cabeza de vez en cuando, y noto que, como dijo el pianista Rubinstein a los noventa años o así, «es que ya no tengo setenta y cinco».

Veo que mis amigos se van muriendo. Algunos viven, pero se les va la cabeza, y eso me da mucha pena. Tengo otros de mi edad en plenas condiciones. Alguno aún juega al tenis, aunque en otro lugar del libro recuerdo que no es obligatorio. Yo nunca jugué, excepto una temporada que iba con mi amigo Juan Antonio al Stadium Casablanca en Zaragoza, pero casi nunca conseguí pasar la bola por encima de la red. Esta es una de las razones por las que no juego ahora.

A mi edad me acuerdo de detalles, de cosas pequeñas que me sirven para reírme con mis amigos. La novia de Juan Antonio le regaló una bolsa de color malva brillante, más bien fea, que él llevaba con cierto orgullo con el equipo de tenis. Han pasado casi setenta años. Hace muy poco me dijo, con casi noventa, que habían tirado aquella bolsa a la basura. Me dio pena.

propósito, antes aparcaba a la primera y ahora no. Y cuando, por casualidad, acierto, me felicito: «¡Aún estás joven, chaval!».

Todas estas cosas no son más que limitaciones normales, porque normal es el deterioro físico al cabo de los años. Cuando me encuentro con alguien y le pregunto qué tal está, y me contesta que viejo, me parece una tontada. No le he preguntado cuántos años tiene, que ya sé que son noventa y seis, porque celebramos los noventa y cinco el año pasado.

En otro libro dije que siempre, jóvenes y viejos, cuando se nos pregunta qué tal estamos hemos de entender que eso es una fórmula de cortesía, no una solicitud para que, de una manera detallada, expliquemos el estado de nuestra cabeza, de la artrosis, del insomnio y de los fallos del marcapasos, al que pronto habrá que cambiar las pilas.

* * *

Hablando el otro día con mi mujer nos entró la risa cuando le dije que del cuello para arriba tenía dos lentillas que me pusieron cuando me operaron de cataratas; dos audífonos, por imposición familiar —porque de repente me parecía que a todos les había dado por hablar bajísimo— y varias piezas dentales postizas. No tengo amígdalas, porque me las extirparon de pequeño.

Mi mujer me aseguró que partir de ahora presumiría de tener un marido «biónico». Y que cuando alguien comentara lo bien que estaba su marido, sonreiría y no diría nada.

Tengo unos amigos a los que antes iba a ver andando. Viven a diez minutos de mi casa. Ahora voy en coche. A

Las limitaciones y la humildad, o sea, la verdad

Si consideras que las limitaciones son eso, limitaciones, y que todos, niños, jóvenes y viejos, las tenemos, intentarás sacar el mejor partido posible de ese trozo de vida que te queda.

Quizá discurras un poco peor que antes. Quizá seas más lento, en el hablar y en el andar. Quizá camines con menos garbo. Quizá te entre sueño cuando bebas una copa de más —otras veces, sin copa—. Quizá repitas las cosas porque no te acuerdes de a quién se las has contado. Pues ¡a aprovecharse de esa situación, que lógicamente se irá estropeando!

Si aceptas todo eso con alegría no hará falta que nadie te recuerde lo de la humildad. Porque la humildad es la verdad, ni más ni menos. O sea, si soy feo, consiste en aceptar que lo soy y no decirle a la chica con la que empiezo a salir:

—Como soy tan feo....

Hay que ser tan majo que la chica se enamore de ti y, como mi mujer con lo del marido biónico, presuma de lo majo, listo, simpático... y guapo que es su novio. Guapo porque desde hace mucho tiempo se sabe que sobre gustos no hay nada escrito. Y a ella, de verdad, se lo pareces.

La humildad, cuando tienes ochenta años, quiere decir que ya se sabe que un día estás muy simpático; otro, un poco menos; unos días te encantan los nietos; otros estás hasta el gorro de ellos... Lo normal. Y aceptarlo quiere decir que no hay que hacer un drama de los distintos estados de ánimo, que, según cómo se produzcan, pueden hacer que el viejo y su familia se partan de risa. El viejo, diciendo:

—Estos niños me van a llevar a la tumba.

Y los niños riéndose porque saben que el abuelo les quiere un montón, y que para ir a la tumba no se necesitan los nietos. Basta con ir dejando transcurrir el tiempo.

Carpe diem, ¿una estupidez?

Ahora oigo con frecuencia decir ¡*carpe diem!*, o sea, aprovéchate hoy que no sabes si llegará mañana. Los menos cultos dicen «¡Que me quiten lo *bailao!*».

Según lo que quiera decir «aprovéchate», lo del *carpe diem* puede ser una preciosidad de frase o una estupidez. Lo del *bailao* me suena a egoísmo.

Carpe diem como estupidez me recuerda al «Comamos y bebamos, que mañana moriremos»; otra tontada si la dice una persona, y lo normal, si la hubiera dicho mi perro Helmut.

Carpe diem como preciosidad quiere decir que hoy voy a trabajar a mi aire, que no es el aire de

ayer ni el aire de mañana; que hoy voy a sonreír, aunque no me apetezca y poniendo cara de que me apetece mucho; que hoy voy a servir a los demás o dejarme servir por ellos; que hoy se va a estar bien conmigo en casa, en el bar, en la pista de tenis o en un banco viendo cómo los más jóvenes — setenta y cinco-ochenta y cinco años— juegan a la petanca. Si es así, ¡bendito *carpe diem!* Si es lo del comamos y bebamos me parece una manera de malgastar, a veces tontamente y, por supuesto, egoístamente, los años que me quedan.

Hoy, lo que toca

Agustí Altisent era un monje de Poblet que escribía en *La Vanguardia*. Murió hace unos años. Sus artículos eran una delicia. No se me olvida uno que se titulaba «Lo que toca».

La tesis, para mí acertadísima, era que hay que centrarse en lo que uno tiene que hacer hoy, ahora — o sea, el *hodie et nunc* latino, que no quiere decir «ahora o nunca», sino «hoy, ahora»—. Cuando lo leí por primera vez me pareció de un sentido común aplastante, y de una aplicación práctica enorme. Porque la vida está hecha de millones de momentos que componen el hoy, ahora, y la experiencia nos dice que hacer planes personales a largo plazo es una pérdida de tiempo, falsamente ilusionante. Los he oído centenares de veces:

—Cuando acabe el máster empezaré a trabajar en una empresa de tamaño medio distribuidora de bienes de consumo; luego pasaré a una multinacional del ramo; daré un salto a una entidad financiera, entonces me casaré, esperaremos a tener hijos hasta que me hagan director para Latinoamérica, etc.

A veces pienso que esos planes son la versión sofisticada de lo que dicen mis nietos más pequeños:

—Cuando sea mayor seré bombero.

Pérdida de tiempo. Te colocas en una empresa para empezar y luego, Dios dirá. Igual llegas a presidente de la multinacional que comprará esa compañía de aquí a diez años o igual te echan al cabo de dos meses. Hay que hacer planes, por supuesto, pero con la condición de no desconcertarse cuando, al cabo de los años compruebas que, de aquellos, no quedó nada.

En mi caso, de la fábrica de confección que íbamos a poner en marcha mi padre y yo, y que me animó a estudiar para ingeniero de industrias textiles, ni rastro. Porque mi padre se murió y ahí se acabaron los planes, y vinieron otros, inesperados, y, por lo menos, tan apasionantes como aquel. Y que han hecho que, a los ochenta años, esté con la boca abierta. ¡¿Quién me lo iba a decir a mí?!

Lo que toca. Porque ese es el instante que más o menos dominamos. Con una meta que queramos alcanzar, y sabiendo que es posible que consigamos otra. Por eso siempre he dicho que la virtud de la flexibilidad es muy importante. Y llego a pensar que esa virtud forma parte de la prudencia, pero no me hagáis mucho caso.

Vuelvo de las ramas y me centro en la libertad

Vuelvo a hablar, porque quiero que quede muy claro, que la libertad es algo muy serio. Ser libre, sentirse libre, te da un modo de vivir muy especial. El de la persona que va por la calle con soltura interna, con alegría interna. Que habla con los amigos con respeto, pero con la tranquilidad de que puede decir lo que quiera porque es libre.

Encuentro personas que me hacen preguntas con excusa previa, como protegiéndose:

—No sé si le molestaré...

¡¿Por qué me ha de molestar una pregunta correcta?! Si usted viene con buena voluntad yo admito cualquier pregunta, y la contestaré como quiera, procurando hablar claramente, sin ofender a nadie. Que se pueden compati-bilizar las dos cosas. Y si viene con mala voluntad, peor para usted. Porque contestaré igual —por ahora no me han hecho ni una sola pregunta molesta—.

A veces oigo que no soy libre porque he entregado mi libertad a mi mujer y a mis hijos. Como si ser libre solo se consiguiera renunciando a todo, yéndose a un monte y paseando bajo las estrellas. Nunca tuve esa vocación, que me parece muy respetable, pero sé, porque lo siento «por dentro», que trabajando en un despacho o en una fábrica y queriendo mucho a mi familia puedo ser muy libre. Lo soy.

Al decir «por dentro» recuerdo a un profesor sudafricano que tuve en un seminario en León, en el que participé hace muchos años. Era un gran profesor, que decía que las cosas de la empresa han de ilusionar por dentro, llenar por dentro, estimular por dentro... Y siempre que, en pleno entusiasmo, decía «por dentro» se agarraba el estómago, dando, sin querer, la impresión de que lo fundamental era comer bien.

La libertad y la formación

Dando por supuesto que estamos rodeados de gente decente, y que los viejos hemos llegado hasta aquí siendo gente decente, y que hemos tenido hijos, amigos, parientes, etc., más o menos decentes, hay que preguntarse cómo es que hemos salido así y no unos indecentes como esos que aparecen en televisión.

Creo que por dos cosas: en primer lugar porque hemos sido libres, y la libertad nos ha permitido elegir con acierto, a pesar de haber cometido errores —todos— y de haber metido la pata varias veces — todos—. Y en segundo lugar porque hemos creído en la formación —sea del nivel que sea — centrada en las personas. No hablo de un máster. Hablo de formarnos como personas.

Procuré que los hijos se formasen bien. O sea, que distinguiesen lo que está bien de lo que está mal. Esto es fundamental, que me parece que hoy no se lleva mucho, que no está de moda. Que me hace

preguntarme cómo serán los viejos dentro de cincuenta años. Que hay mucha gente que dice una de estas tres cosas:

1. Que no es para tanto, que esa distinción no existe y que yo, como soy libre, puedo hacer lo quiera. Esto trae consigo unas cuantas consecuencias:

- Pondré la zancadilla al vecino de arriba siempre que me lo encuentre por las escaleras.
- Traicionaré a todo el que se acerque a mí.
- Me acostaré con la mujer de mi prójimo o el marido de mi prójima cuando me apetezca, que no están nada mal, por cierto.
- Mentiré siempre que quiera.
- Me dedicaré a la pornografía infantil o montaré un macroprostíbulo si creo que es un buen negocio.
- Meteré la mano en la caja ajena cuando necesite unos euros para mis caprichos.
- Exigiré comisiones para mi partido para la concesión de una obra pública y, de paso, me llevaré un porcentaje del porcentaje, porque no sabe usted lo duro que es este trabajo.
- Seguiré el consejo que me dio alguien hace años: «Lo que se firma, se desfirma».
- Venderé droga a la salida de los colegios.
- Etc.

El «etc.» podría llenar páginas y páginas y, además, sin inventar nada. Solo copiando la realidad.

Ve Ve Ve

2. Que lo que está bien y lo que está mal es una convención social a la que se ha llegado de alguna manera: por consenso, por votos... Esto quiere decir que lo que está bien y lo que está mal es cambiante. O sea, que cuando yo viaje de Barcelona a Zaragoza, y vaya al bar San Siro a desayunar, comer y cenar porque está cerca del Gran Hotel, donde me hospedo, y porque me atienden es-pec-ta-cu-lar-men-te, me encuentre con que allí ha habido otro consenso y aquel me guste más. Y me quede a vivir en Zaragoza hasta que alguien decida lo contrario y me vuelva a Barcelona.

3. Que las cosas están bien o están mal según lo que diga la ley. Se oye mucho la célebre frase: «Lo moral es lo legal». Es la postura más cómoda. Si tengo alguna duda, miro lo que dice la ley y lo hago.

— ¿Pena de muerte? Lo que diga la ley. Variable en Estados Unidos: está bien en Texas. Mal en otros Estados de la Unión.

— ¿Aborto? Lo que diga el ministro de Justicia. ¿Que por razones electorales se amplían los supuestos? Pues se amplía automáticamente la definición de lo que es bueno.

— ¿Divorcio? Lo que diga la ley.

— Excepción: ¿Impuestos? Muchas veces me he encontrado con personas partidarias de «Lo moral es lo legal» que, al llegar al tema «impuestos», dicen que la excepción confirma la regla.

A la vista de lo anterior...

A la vista de lo anterior prefiero quedarme con mi vieja convicción de que hay cosas que objetivamente están bien y cosas que objetivamente están mal. Y con otra convicción tan vieja como la anterior: que la ignorancia es lo peor que puede existir.

Y que si el ignorante es humilde el asunto se puede arreglar. Pero si el ignorante es soberbio —a veces, estos

ignorantes no pasan de ser unos vanidosotes—, el desastre es total. Y ahora más total que antes, porque la maravilla de Internet, entre miles de ventajas, tiene un peligro muy grave: que el ignorante se atiborre de información, no la digiera y la suelte cuando toque y cuando no toque, poniendo cara de señor sabio y aceptando que le llamen «profesor», mientras él llama «doctor» al otro ignorante que repleto de Internet le ha soltado el piropo.

Hace poco, en una revista de contenido geográfico, buenísima, apareció un reportaje sobre un nuevo Evangelio, el de Judas Iscariote, que daba una versión de la traición de Judas que, con muy buena voluntad, se podría calificar de «sorprendente».

Hablé con un amigo mío. En un ataque de erudición teológica, decidió que los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan estaban obsoletos. Que el de verdad era el de la revista especializada en geografía. Una mínima prudencia, una utilización del sentido común —del auténtico—, dice que la revista debe de saber mucho de geografía, que es por lo que me suscribí. Si hubiese querido que me informasen sobre lo otro me hubiera suscrito a la *Summa Theologica*, aunque desgraciadamente no la han publicado en fascículos y, además, se escribió en latín. Se lo dije a mi amigo. No sé si le convencí.

Los que somos ya mayores debemos repetirnos a menudo que no somos tontos. Que no somos personas ancladas en la antigüedad y que en «en nuestra época» las cosas se hacían de otra manera. Tengamos claro algo: el bien y el mal, lo bueno y lo malo, de forma objetiva y natural, lo han sido siempre y seguirán siéndolo.

Quizá en muchas cosas los métodos han cambiado, como lo hizo el lenguaje... O incluso como cambió la definición de «sentido común». Pero hay otras que por mucha modernidad que haya no cambiarán.

Debemos recordar que con nuestra «carca» formación hemos sido modernos cada año que hemos vivido: porque lo viejo quedaba viejo y lo nuevo, que llegaba todos los años como si fuera lo más de lo más, lo fuimos asumiendo y adaptando a nuestra forma de vivir.

Los más jóvenes pueden cometer el error de pensar que fuimos viejos siempre. Y no. Nosotros también fuimos modernos... y lo seguimos siendo. Y que ser moderno no implica no necesitar la formación para saber lo que está bien o lo que está mal. Precisamente porque eres joven necesitas más formación.

Las tres columnas

Todo lo anterior será verdad si detrás hay años de estudio y, en el caso de la religión, de lucha por vivir lo que se ha estudiado. Pero como eso ya lo he dicho en otro capítulo del libro, no es cuestión de repetirlo, aunque a veces crea que haría falta decirlo muchas veces, porque hay gente a la que le cuesta entenderlo, y cuidado que es fácil.

A mí me ha ido muy bien, y lo recomiendo a mis hijos y a mis amigos, hacer tres columnas en un papel en blanco:

- Una, a la izquierda: la columna de las cosas que tengo clarísimo que están bien.
- Otra, a la derecha: con las que tengo clarísimo que están mal.
- Y una tercera columna, en medio: con las cosas que no sé si están bien o están mal.

Ahora hay muchos temas muy complejos que no se pueden resolver solo en función de su eficacia. Hace muy poco ha muerto el último tripulante del *Enola Gay*, el B-29 que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima. Un viejeci-to de noventa y tres años que entonces tenía veinticuatro, o sea, menos que mi nieto mayor. Tres chavales, el piloto, el artillero y este que era el navegante. Y en un detalle de delicadeza filial llamaron a la bomba Enola Gay, porque la madre del piloto se llamaba así. No sé si en Estados Unidos es fácil cambiarse el nombre, pero yo, en el caso de aquella señora, me lo cambio y digo que seré Felisa a partir de ahora y que no se les vuelva a ocurrir hacer otra burrada con mi nombre.

Supongo que el presidente Truman se pasó muchas horas pensando sobre si debía dar la orden de tirar la bomba o no. Seguramente, él tenía este tema en la columna del centro.

A la izquierda —cosas claramente buenas— pondría que la guerra se acabaría enseguida. Tres días después tiraron la segunda bomba, esta vez sobre Nagasaki. Ochenta mil muertos a añadir a los ciento sesenta mil de Hiroshima. Ya llevamos doscientos cuarenta mil. Seis días después Japón se rendiría.

A la derecha —cosas claramente malas—, miles de muertos. Muchísimas personas destrozadas por generaciones.

Ya se ve que poner lo del centro en la columna de lo que es bueno o en la de lo que es malo, que, en la práctica supone dar la orden de tirar la bomba o no, es una decisión *agonizing*, que dice la gente culta —a veces añado que eso lo decimos los que hemos estudiado en Harvard, lo que da mucho caché a cualquier cosa que digas, aunque sea una solemne tontería—. Con lo de *agonizing* quiero decir que lo vas a pasar muy mal si tú eres el que tiene la última palabra. Porque, en tu interior, algo te dice que no se puede tomar la decisión solo en función de la eficacia, sino que hay algo más. Y si no hay algo que te lo dice, o te lo dice y no lo oyes, es que eres muy bruto.

Normalmente, los temas de la columna del centro no son de ese calibre, aunque en ocasiones esté en juego la vida de un ser humano: un feto de unas cuantas semanas, o un viejo de un montón de años y chocho o un misionero con ébola en Liberia y que quizá sería bueno traer a España sin plantearse quién va a pagar el traslado.

Otras veces serán temas relacionados con la venta de productos financieros extraños, que sé con certeza que si los vendo estaré estafando al viejecito que me los compra —«porque usted me los recomienda»—, aunque ni él los entienda ni, peor aún, yo tampoco. Estaré vendiendo esa suciedad porque mi jefe me ha puesto unos objetivos que

se traducirán en un bonus a final de año o en mi salida vertiginosa de la entidad por no conseguirlos. Eso, con mi mujer en paro y seis hijos que comen y comen y vuelven a comer y gastan y gastan y vuelven a gastar —teniendo que aguantar, además, al malaje de turno que dice que por qué tuve tantos hijos—.

Y pueden ser problemas bioéticos, que, en confianza, son un lío. O problemas de que a la mujer le guste otro o al marido le apetezca otra, y que a ver si se puede anular el matrimonio de hace quince años, porque ahora no me acuerdo bien, pero juraría que me equivoqué. En mi ignorancia creo que si hay matrimonio no se anula. Que se declare nulo si, estudiando a fondo lo que sucedió, se llega a la conclusión de que no hubo matrimonio, aunque estuvieran «casados» muchos años y tuvieran unos cuantos hijos, que ahora se enteran de que son hijos de dos solteros.

Pueden ser problemas fiscales, en los que a menudo podemos jugar al «todo vale», porque, como estos que gobiernan son una panda de chorizos, no pago impuestos. Ni doy lo que me he ahorrado a una ONG que hace un buen trabajo, con lo que podría demostrarme a mí mismo que lo de los chorizos del Gobierno no era una excusa para no pagar y poder vivir mejor.

Problemas en mi empresa, en la que sé que hay circunstancias injustas algunas veces.

No sigo.

Con lo anterior pretendo explicar que todo lo que se hace en la vida tiene que estar clasificado como bueno o como malo. Hay cosas indiferentes, aunque me parece que algunos teólogos dicen que no. Pero como esto no es un tratado de teología, yo lo dejaría así.

O sea: la formación consiste en estudiar lo necesario para pasar las cosas de la columna «no lo tengo claro» a una de las dos «lo tengo claro: esto está bien»; «lo tengo claro: esto está mal».

Como es natural, cuando digo «estudiar» hablo de hacerlo en serio. No sirve basarse en la opinión de un periodista en la crónica de sociedad o en la de una señora en un programa del corazón en la tele. Lo mismo que para profundizar en las cosas que se discuten en esos espacios no se puede ir a la facultad de Teología del obispado de Barcelona.

O sea, libertad y responsabilidad

Ya he dicho que lo de la libertad me encanta. Que aquello de *in dubio, pro reo* —en la duda, por el acusado— yo lo traduzco como «en la duda, libertad».

Un amigo que tiene más hijos que yo, cuando le hablo de libertad, añade:

—Con responsabilidad.

Por aquello de salirme con la mía, porque por algo soy de Zaragoza y, en consecuencia, un poco cabezota, le contesto:

—Libertad, y ya está.

Pero tiene razón él. La libertad tiene que ir impregnada —no solo acompañada— de responsabilidad. O sea, yo hago lo que quiero, pero eso que hago es responsabilidad mía.

Para ser responsable tengo que hacerme mayor, no en edad, sino en hombría de bien —lo de «hombría de bien» sirve para las mujeres, como es natural—. Y para hacerme mayor no tengo simplemente que sentarme a la puerta de mi casa y esperar a que pasen los años, que pasan, de

eso estoy seguro.

Se trata de adquirir responsabilidad mediante la formación y mediante el convencimiento de que tiene razón la canción mexicana *Tú, solo tú*. Es verdad, yo, solo yo, soy el responsable de mí. Yo, solo yo, tengo que formarme. Yo, solo yo, tengo que tener tanto nivel como el que más. Porque yo, solo yo, voy al colegio electoral el día de las elecciones, elijo una de las papeletas, la pongo en un sobre y, previa presentación del carné de identidad, meto el sobre en la urna. Y ese voto vale tanto como el del señor más importante y más listo y mejor preparado de España.

Yo, solo yo, no puedo ser un ente que ni discurre ni piensa, ni estudia, ni *na*. Porque eso es un insulto grave a los que discurren, piensan, estudian y votan, y se ponen para votar en la misma cola que tú.

Es decir, libertad + formación + responsabilidad + decencia = señor/a de quien te puedes fiar y que contribuye a que su pueblo, su comunidad autónoma y tu patria tiren para adelante.

Te tendrás que apoyar en otros, como es natural. La formación es algo que se transmite, porque unos hicieron esfuerzos para adquirirla y son tan buenas personas que no se la quieren guardar para sí mismos.

Una vez que tengas formación pasarás a formar parte de los que, como saben y son buenas personas, ayudan a los demás.

Y el «tú, solo tú», habrá ayudado a que «vosotros, solo vosotros» sean muchos.

El paso de una columna a otra ha de ser rápido

Aunque parezca innecesario creo que es bueno repetir lo dicho: que hay que distinguir lo bueno de lo malo. Las cosas de la tercera columna —las dudosas— hay que colocarlas en una de las otras dos —la de las cosas que están bien o la de las cosas que están mal—. Ahora añado que eso hay que hacerlo rápidamente, siempre que sea posible. Esto, por dos razones. La primera para no tener tiempo de que uno se convenza a sí mismo de que sí, no está claro, pero me iría tan bien... La segunda es para que el otro, el que hace la propuesta, no piense que casi te tiene convencido.

Lo de tomar rápidamente la decisión exigirá, en algún caso, una consulta con alguien de fiar, sabiendo que, después, la responsabilidad del sí o el no es mía, exclusivamente mía. Que ya soy mayorcito para decir que acepté aquel soborno porque don Fulanito, una persona muy seria, me dijo que por una vez no pasaba nada, y que la vida es así, y que si todos lo hacen tú también, y que no te preocupes porque si aceptas el ofrecimiento nadie se enterará y si no, lo aceptará otro... Mi manía del «tú, solo tú» se está convirtiendo en obsesión.

Lo perfecto es tener las ideas tan claras que puedas decir sí a lo bueno y no a lo malo sin tener que

pararte a

pensar. Y como las cosas están cada día más complicadas y aparecen situaciones nuevas hay que seguir estudiando, con paz y tranquilidad, sin pretender ser un especialista en cuatro días. Lo del estudio siempre cuesta un poco. Quizá a los ochenta años un poco más, porque las neuronas se van oxidando, los problemas se van complicando, y, para colmo, aparecen otros nuevos en los que nunca habías pensado. Por ejemplo, hace unos años el pirateo de libros por Internet era una cosa que no existía. No hacía falta tener las ideas claras. Hoy sí, para ponerlo inmediatamente en la columna de «lo malo» —robo—. Sabiendo que hay mucha gente que no es tan rápida en colocarlo en la columna adecuada —cosas que están mal—. Incluso algunos lo ponen en la otra —cosas que están bien—.

8

EL VIEJO SABE LEER EL PARTIDO

COMO MÍCHEL

Quizá para tener eso claro me ha hecho falta publicar libros y darme cuenta de que el pirata se estaba llevando mi dinero. ¡Qué cosas! Cuando algo te toca el bolsillo se terminan las dudas inmediatamente.

Me asombra ver partidos de fútbol por televisión. Digo que me asombra porque uno aprende cantidad de cosas que no sabía que había que saber para verlo. Yo antes veía a veintidós tipos corriendo, unos más que otros, detrás de una pelota para marcar en la portería. Unos jugaban para meter goles, otros para pasar la pelota a los que iban a marcar goles, otros para defender la portería del que quería marcar el gol y otros que jugaban con guantes y que defendían la portería hasta con las manos. Con esas nociones me fue muy bien para ser aficionado y entender cómo mi Real Zaragoza subía, bajaba o ganaba una Supercopa.

Hasta que un día, viendo un partido en televisión comentado por Michel, el exjugador de fútbol, este dijo que fulanito sabía leer muy bien el partido. Toma ya. O sea, que los partidos se leen. Y yo sin saberlo. Me pareció una forma estupenda para decir: fulanito sabe jugar muy bien

y sabe lo que tiene que hacer en cada momento y, por eso, con sus aciertos o errores, el quipo confía en su criterio.

El viejo, por tanto, debe hacer aquello que dijo Michel: saber leer el partido. Debe saber cómo funciona el mundo actual y juntar ese conocimiento con su experiencia vital. Por eso sabrá por qué hay cambios sociales y políticos, aunque no dé crédito o aunque crea que se van a cometer errores que ya se cometieron cuando él era joven, y que a él en ese momento le parecieron de lo más revolucionario.

Aquí no hay que aguar la fiesta a nadie, debemos pensar: «Uy, esto ya ocurrió en mi época y mira cómo acabamos». La gente tiene derecho a vivir sus cambios y las sociedades tienen derecho a equivocarse. Siempre que eso no atente a la dignidad de la persona.

ABUELO, ¿NO TE METAS EN POLÍTICA! ¿O sí?

Mi padre me dio un consejo:

—Hijo, no te metas nunca en política.

No le pregunté por qué.

En casa de mis suegros no se podía hablar de religión ni de política. Realmente, como ya he comentado en páginas anteriores, esas son dos cosas de las que todo el mundo entiende, sin ninguna preparación, claro, y todo el mundo habla y todo el mundo pontifica —de esto y de fútbol. Alguien dijo que todos llevamos dentro un seleccionador nacional—. Siguiendo el consejo de mi padre, nunca me metí en política. Ahora me da pena. Comprendo a mi padre, que debía saber lo que pasaba y decía: «Ahí, que no se meta mi hijo».

Al cabo de los años leí un libro de Josep Pla sobre la Segunda República española, que ahora añoran muchos porque dicen que entonces se vivía muy bien —supongo que porque no han leído este libro—, y pienso que nada ha cambiado, que aquella cuadrilla era comparable a la cuadrilla actual.

Tristemente ha habido muchos padres, buenos, como el mío, que con su mejor voluntad dieron esos consejos a sus hijos mientras nos educaban bien, enseñándonos a distinguir lo bueno de lo malo. Y aquellos chavales, que sabíamos distinguir lo bueno de lo malo y que, además, procurábamos hacer lo bueno, nos dedicamos a todo menos a la política, tal y como nuestros padres nos habían indicado. Con lo que la política quedó solo para los que no habían tenido la suerte de tener unos padres decentes. O, teniéndolos, no les habían dado ese consejo. O si se lo habían dado, no les habían hecho caso.

Yo sé que esto que acabo de decir es una exageración falsa. Hay políticos decentes, hijos de decentes, a los que sus padres les educaron bien. Lo que pasa es que, vista la situación actual, pienso que la culpa la tuvo mi padre y otros padres decentes, que, al ver el espectáculo que ya había entonces, recomendaron a sus hijos que se quedasen en casa, dejando el campo libre a «los otros».

SERVIDORES DEL PUEBLO

Los mayores debemos transmitir a los jóvenes que en la política, como en la medicina o en la

fabricación de

puertas traseras de coches, hay que pensar en el cliente, o sea, en la persona que te paga el sueldo a cambio de un trabajo bien hecho.

Me molesta mucho cuando un político se califica a sí mismo como «servidor del pueblo». No sé por qué no es servidor del pueblo la taquillera de un cine, el empleado de una tienda o una prostituta. Antes de poner lo de la prostituta me lo he pensado, porque me parecía una ordinariez. Pero esta señora, desde su triste punto de vista, también sirve al pueblo. Al pueblo que se acuesta con ella, claro.

Me molestan los «servidores del pueblo profesionales» —«usted, ¿a qué se dedica?»—. «Yo sirvo al pueblo»—. Mira, majo, eso es una falsedad como la copa de un pino. Porque yo, también.

DEFINICIONES DE POLÍTICA

Me va muy bien acudir a la mitología griega —no creáis que lo hago a menudo— y encontrarme, por ejemplo, al personaje de Medusa. Este monstruo, con cabeza de mujer y serpientes por cabellos, petrificaba a todo aquel que le miraba fijamente a los ojos. Cuando la persona era convertida en piedra quedaba totalmente paralizada, sin la posibilidad de poder mover ni uno solo de los músculos de su cuerpo.

Algo similar me pasa cuando veo en los medios de comunicación jóvenes políticos sonrientes —o no tan sonrientes, que los hay— con «nuevos» mensajes —y las comillas las pongo con toda intención— y con métodos totalmente innovadores para denunciar, prometer y acosar a los políticos —o las castas, como dicen algunos—: que me quedo como si hubiera visto a Medusa.

En muchas ocasiones pienso que lo que se hace ahora es un conjunto de cosas orientadas, se supone, a gestionar la *res publica*. Pero que política, como tal, no es.

El Diccionario de la Real Academia Española dice que política es la «actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos». Antonio Valero y José Luis Lucas, profesores del IESE, dos autoridades en este campo y en otros muchos, dicen que política es «el campo del saber que se ocupa de la conducción de las organizaciones hacia sus propios fines y que estudia cómo guiar a los grupos humanos —nación, región, ciudad, ejército, asociaciones profesionales, empresas, etc.— para alcanzar sus objetivos de grupo».

Cuando yo daba clases de Política de Empresa decía que la actividad del político de empresa tenía cuatro patas:

1. Saber dónde estoy.

2. Determinar dónde quiero estar en el futuro, llamando «futuro» al plazo más largo que sea capaz de ver con realismo.
3. Determinar lo que hay que hacer para pasar de la situación actual a la futura.
4. Hacerlo.

Lo adornaba un poco, para que no me llamasen simplón, pero de eso he vivido. Añadía que la situación futura

debía ser mejor que la actual y que todo se tenía que hacer dentro de la ética —esto fue antes de que sustituyera «ética» por «decencia»—.

Estoy seguro de que hay políticos de verdad que han leído esas definiciones u otras similares, o no las han leído y han fabricado las suyas, tan respetables como esas, y han acomodado su tarea —y su vida, que es lo más importante— a ellas. Pero también compruebo que hay otros que han decidido ser políticos y que utilizan otra definición, no tan respetable como las anteriores. Definición que sería algo como «la política es una carrera que solo tiene un fin: forrarse, ser respetado, ser saludado, comprar un abrigo caro a su mujer, aunque vivan en un sitio cálido, que para eso está el aire acondicionado puesto al máximo, dejarse comprar, exigir que le compren, etc.».

Aquí se me va la cabeza porque no deja de extrañarme cuando leo que a un tipo de estos le han sobornado pagándole un viaje en *business* y llevándole a un hotel de lujo. Por supuesto, con su familia, porque es una persona para quien la familia es lo primero.

¡Qué soborno más cutre! Hasta para ser sobornado hay que ser elegante. Por mis años, por mi trabajo y porque también he hecho turismo he estado en hoteles cochambrosos y en hoteles sensacionales. Como ejemplo de cochambrosos recuerdo uno en Caracas, en el que las cucarachas se paseaban por encima de mi cama. Han pasado muchos años. Aún me acuerdo de cómo olía.

Lo de la cochambre no se repitió —por eso no se me va de la cabeza aquel hotel—. También me acuerdo de lo

bien que olía y lo limpio que estaba el hotel al que me escapé en cuanto pude, aunque me costó unos días, porque había una feria o algo así, y era difícil conseguir una habitación.

Luego he ido muchas veces a hoteles buenos, muy buenos y mejor que muy buenos. En alguno había que ir en un trenecito interno a la playa privada del hotel —lo que mis hijos llaman «lujo asiático»—. Pero con tren o sin él me pasa algo que supongo que a mis amigos hoteleros les parecerá una herejía: «Visto uno, vistos todos». Por favor, no penséis que añoro las cucarachas, que esas sí que le daban personalidad al hotel. Pero es verdad que en cuanto consigo hacerme con las luces y la ducha, lo demás es lo de siempre.

* *

Lo de las luces es complicado. En un hotel de mucho lujo dormí con las persianas levantadas porque fui incapaz de encontrar el mando. Menos mal que era invierno y amanecía tarde. Lo de la ducha es peor, porque si no te estudiabas la víspera el manual de instrucciones el agua podía salir, fría por supuesto, en todas las direcciones menos en la que tú necesitabas.

¡Y pensar que esta lucha contra las luces y la ducha puede formar parte de un soborno!

Después de estas reflexiones llego a dos conclusiones:

a) Que para exigir ser sobornado hace falta ser muy sinvergüenza, y, fundamentalmente, tener un rostro de hormigón armado. Con esto ya sé que algunos centenares de compatriotas podrán sentirse aludidos.

b) Que para sobornar hay que estar muy apurado. Hay que saber que esas son «las reglas del juego» impuestas por unos personajillos repugnantes. Reglas que dicen que si no untas a aquel/la personajillo/a no consigues el pedido. Que si no pagas el tres por ciento, olvídate de la obra que ibas a hacer, aunque la tuya fuera la mejor oferta presentada. Un amigo mío que conocía bien el percal, cuando se enteró de la frase de Pasqual Maragall en el Parlamento de Catalunya sobre lo del tres por ciento, me dijo:

—Ya firmaría yo por que solo fuera el tres por ciento.

Luego, ya lanzado, me confesó que a él le hacían pagar el veinte.

He puesto arriba dos conclusiones, la a) y la b). He de completar la primera porque, además, para ser sobornado con estancia en hotel de lujo y viajes en *business* hay que ser muy «de pueblo» —con todo mi respeto hacia los pueblerinos que conozco, que son gente de mucha categoría humana—. Al decir «de pueblo» hablo de esos que, por lo que se ve, no han pasado nunca de la pensión del Peine,

donde se hospedaron en el viaje de novios y que, en cuanto alguien les dice que pueden ir al Caribe y tomar gratis piña colada, enloquecen. Y deciden que, aunque sea solo por lo de la pifia, merece la pena ensuciarse las manos, que, al fin y al cabo, hay mucha mano sucia por ahí y, si es necesario, ya se las lavarán algún día. O no, porque sucio tampoco se vive mal. Que se lo digan a mis nietos más pequeños cuando lloran y berrean porque les quieren bañar.

Llegados a este punto vuelvo la mirada al inicio del libro, y me acuerdo del título y lo leo en voz alta: *Cómo hacerse mayor sin volverse un gruñón*. Y pienso si esto de la política y las castas tiene

algo que ver con el tema del libro y pienso que sí. Que vivo en sociedad y que ser viejo no es solo coleccionar sellos, contar batallitas, dar consejos a los chavales o lucir las canas con los nietos. No. Los viejos somos parte esencial de esta sociedad. Y somos, posiblemente, el colectivo que más está aumentando en ella. Por tanto, si escribo sobre cómo ser un buen viejo, a mi entender, no puedo huir de los temas que todos los días surgen para que los viejos nos mosqueemos. Entre ellos, la política.

Y como tengo ochenta y un años puedo escribir esto sin que os importe mucho.

LAS CASTAS: LA POLÍTICA

No admito la existencia de castas. Creo que la casta está formada por muchos individuos, responsables cada

uno de sus propios actos. Es decir: imaginaos que yo, desoyendo el consejo de mi padre, a mis ochenta años, y dándome prisa porque pronto serán ochenta y uno, decido meterme en política — para esto hace falta mucha imaginación, pero haced un esfuerzo, por favor—. Por tanto, desde mañana a primera hora pertenezco a la casta política. Como la casta está podrida me pudro inmediatamente. Pues no, chaval, no. Si te pudres es cosa tuya, responsabilidad tuya, culpa tuya. Y déjate de castas y de excusas absurdas. Acuérdate del «tú, solo tú».

No me cuentes lo de que «ya se sabe: la política es así». No es verdad. La política no es así. Habrá políticos así. Y el que se meta en política o el que esté en política «porque es así», que se vaya, o que «lo vayan», pero no ocultando las razones, sino diciéndolas muy claras.

Y si eso produce un terremoto político, mejor. Porque los terremotos políticos son muy buenos, descubriendo la suciedad que hay debajo de las alfombras y, con mucha frecuencia, también encima.

Esto es absolutamente necesario. Si no me seguirá entrando la risa cuando oiga hablar de «regeneración moral», de «regeneración democrática» —que debe de ser lo mismo—, de «refundación de los partidos», y memeces eufemísticas como esas.

Que uno ya es mayor y ha visto muchas cosas. Es absolutamente necesario pasar de la situación actual —«yo soy político, con perdón»— a la situación futura —«yo soy político, y a mucha honra»—. Y, respecto al «plazo más largo que sea capaz de ver con realismo», ¡ya!, porque si me meto en plazos y en realismo, vamos dados.

LAS CASTAS: LA FINANCIERA

El enfoque que he planteado al inicio de las «castas políticas» es válido para la financiera. Pero aviso, no soy un yayoflauta, colectivo del cual no me enorgullezco por equivalencia generacional, ni

por sus métodos porque me hacen pensar que son unos enviados de otros colectivos con peores intenciones. Que han conseguido cosas muy nobles, lo creo. Que habrá muchos de esos yayos desesperados y que luchan honradamente por los ideales, seguro. Pero los métodos que usan este y otros colectivos similares me hacen recordar que el fin no justifica los medios.

Pues eso, que hablando de castas, me preocupa mucho otra: la financiera. Hace unos años mis amigos financieros presumían de que trabajaban en una entidad de esas. Un amigo de uno de mis hijos, que estaba en banca privada, le dijo con aire displicente:

—Tú no podrías ser cliente mío.

Mi hijo le contestó:

—Tú tampoco podrías ser cliente tuyo.

¡Ole mi niño!

Hoy, unos y otros, lo dicen en voz baja. Aquí en España ha habido unos cuantos que han sido pillados con las manos en la podredumbre. Quizá han ido a la cárcel, pero no sé si han restituido, o sea, si han devuelto su dinero a cada uno de los estafados. Si, además, hubieran añadido los intereses habría sido lo justo, pero mirad si soy bueno que hasta les perdonaría los intereses, sabiendo que me estaba pasando de generoso. Si no lo han devuelto, como diría Gila, «alguien debe dinero a alguien».

Leo que en Estados Unidos están poniendo multas mu-chimillonarias a bancos que han jugueteado con las hipotecas sucias. Uno de ellos está negociando, a ver si le dejan vivir pagando una multa de trece mil millones de euros. O sea, lo que antes llamábamos dos billones de pesetas.

Que los pague. Pero, además, que ese dinero se emplee en devolvérselo a los pobres ignorantes que, deslumbrados por las cosas que decían aquellos señores, pusieron sus euros allí y los perdieron, porque aquello era una estafa, que, en una definición que no acabo de entender, pero que me suena muy bien, quiere decir «lo que el ladrón da al rufián».

Y como conozco financieros honrados, vuelvo a insistir en que la casta es la suma de muchos individuos, y deduzco que, si hay muchos impresentables, que, además, son desfachatados —no sabía que existía esta palabra—, la casta coge mala fama, que es lo que está sucediendo ahora, y los decentes se ponen colorados cuando le dicen a la chica que les gusta y con la que empiezan a salir que trabajan en tal banco.

LOS TRAPOS

Todo esto me lleva a una conclusión: a veces los chicos jóvenes sacan temas muy opinables y, otras, sus opiniones no coinciden con la tuya. Ellos ven las cosas de acuerdo con su formación y con su entorno, y tú puedes seguir viéndolas de acuerdo con lo que fue tu formación y con lo que fue tu entorno hace años, que en ocasiones adornas e idealizas. Repito, son cosas opinables, es decir, no hay nadie que haya definido que son como tú las ves o como las ven ellos.

A veces, tú, persona mayor, estás muy seguro de tu opinión, y entras a todos los trapos y no ayudas nada a que se haga la luz y, además, te calientas y acabas diciendo tonterías:

—Esta juventud, en mis tiempos, no sé cómo podéis pensar así, cómo se han estropeado las cosas...

Bobadas. Porque una vez más, y llevo cien, recuerdo que estamos hablando de cosas opinables.

Opinable no es si ahora es de día o de noche. Si hay sol o no. Si llueve o no llueve.

Opinable es si el PP es mejor que el PSOE o no. Si CiU tiene razón o la tiene ERC. Si Coalición Canaria o el PAR aragonés hacen bien o mal apoyando a un partido político. Si el presidente de Extremadura se debería callar o no —quizá esa sea una excepción, porque un alto porcentaje de las cosas que dicen los políticos son *jautadas*. Pero como ejemplo me sirve—. Opinable es si Merkel ha de ser canonizada en vida, como aseguro ardorosamente yo, o no, como aseguran, con el mismo ardor, miles y miles —quizá algún millón—. Opinable es si es mejor el BCE que la Reserva Federal Americana.

No es opinable si la guerra es buena o no. No es opinable si cargarse niños o ancianos es bueno o no.

Por lo menos en mi familia puedo estar tranquilo, porque prácticamente siempre se habla de temas opinables. Y me callo y no entro al trapo, aunque algún hijo, que se da cuenta de mi juego, me diga:

—¡Tú no te mojas!

EL VIEJO TIENE TANTAS COSAS

QUE HACER QUE NO TIENE TIEMPO PARA SER VIEJO

Es verdad. No tenemos tiempo suficiente ni para bajar a ver la obra que están haciendo en la acera del portal de mi casa e ir indicando al operario de turno cómo se debe poner un ladrillo.

No ser consciente de que tienes muchísimas cosas que hacer y dejar que pase la vida y te arrolle es lo más parecido a esperar a que venga a buscarte la parca. O sea, a descontar minutos para ver si palmas pronto.

«Ocupar el día» me suena a que, como no tengo nada que hacer, salvo, como dice mi amigo Fernando, «prepararme a bien morir», mientras cobro mi pensión que me permite seguir vivo y algún vicio muy pequeño; mientras veo las esquelas en la prensa y compruebo que mis amigos se van muriendo, tan jóvenes —el último chico que falleció tenía solo setenta y nueve años—; mientras el ácido

úrico y el ácido láctico se instalan cómodamente en mis músculos y en mis articulaciones —no sé si esto es así desde el punto de vista médico, pero a mí me pasa algo—, déjeme vivir y no me moleste usted más. ¡Vaya párrafo que me ha salido! Me he quedado sin aliento.

No hace mucho prologué un libro que sugería *100 planes que deberías hacer a partir de los 60*. Releo el título y veo que llevo veinte años de retraso, porque me parece que no he hecho ninguno de ellos. Luego, lo miro más despacio y me tranquilizo.

En el prólogo ponía que, a tu alrededor, ves a tus amigos —por cierto, ¡qué mayores y qué estropeados están!—. Y ves a las chicas de tu grupo —pondría lo mismo, pero como mis padres me enseñaron a tener delicadeza con las señoras, no pongo nada—. Y decía que de esos amigos unos siguen trabajando y otros se fueron a casa, prejubilados o jubilados. Otros fallecieron.

Copio: «Los que siguen trabajando, a veces piensan qué harán después. Los que ya no trabajan, con frecuencia, se arrepienten de no haber hecho nada más que trabajar y haber descuidado otras cosas...».

El libro ofrece cien cosas para esas personas. No hay que hacer todas, y las que decidas realizar, hay que hacerlas con la cabeza, sabiendo que yo —es el ejemplo que tengo más cercano— a veces pienso que puedo hacer un montón y resulta que el montón es pequeñísimo. Que en cuanto hago una, estoy muy cansado. Que cuando llega la noche me digo —nunca se lo digo a nadie; por favor, mantenedme el secreto—: «No puedo con mi alma, y no he hecho nada». Traducido a lo que le interesa a mi editorial: estoy hecho polvo, he escrito una página del nuevo libro y me he comido un día del plazo que me dieron.

En el prólogo del que estaba hablando se me ocurrió decir que de las cien cosas, el señor mayor —o sea, yo— debería considerar tres como «obligatorias».

1. Una dedicada a la mejora de uno mismo como persona. Es posible que yo haya trabajado como ingeniero en una planta nuclear y que sea el que más sabe de eso en el mundo. Pero igual no sé que a cien metros de mi casa hay un museo que es una preciosidad. Y como no he ido nunca a verlo, sigo hablando de energía nuclear a todos los que se pongan a mi alcance, y que se cambian de acera cuando me ven venir, porque ni me entienden ni les importa lo que yo digo. En cambio, si voy al museo y me compro un libro de arte y lo leo «profesionalmente», o sea, un rato cada día y subrayo y hago anotaciones, me culturizo y hasta es posible que pueda discutir con mis amigos —vuelvo a copiarme— «de otras cosas que no sean los resultados de la Liga de fútbol, que tampoco

hay que despreciar, pero que no nos tienen que obsesionar».

2. Otra dedicada al mantenimiento físico, utilizando la cabeza, que quiere decir que no se puede aprender mañana a tirarnos en parapente para hacer el primer salto el lunes que viene, y que nuestra participación en los próximos Juegos Olímpicos está prácticamente descartada.

Un amigo de ochenta y bastantes años tuvo un infarto. Se recuperó. Al cabo de un tiempo me lo encontré por la calle. Le pregunté qué tal estaba y, con los ojos brillantes de ilusión, me dijo:

—¡Ya juego al tenis!

Puse cara de alegría, pero pensé que alguien con autoridad —cosa difícil de aceptar cuando eres mayor y piensas que qué me van a enseñar a mí— tendría que decirle que jugar al tenis no es obligatorio. Que tonterías, las justas... Y que a tu edad, chaval, poquísimas. Casi ninguna.

3. La tercera es la fundamental: una actividad que ayude a los demás. Copio: «Esto tiene dos ventajas: la primera, que ayudas a los demás. La segunda, que te ayudas a ti mismo, porque, cuando te haces mayor, corres el peligro de irte volviendo egoísta, pensando constantemente en ti y en tus males y olvidándote de los demás, o, peor, haciéndoles la vida imposible, con tu amargura y tus tontas exigencias».

Para terminar de copiar (me): que a los ochenta-noventa años, si empezaste a los sesenta, puedes llevar veintete años de «una vida apasionante, que te ilusione a ti y que haga que tus hijos piensen que desde que mamá y papá se hicieron mayores, cada vez se está mejor con ellos. Que tus nietos presuman de sus abuelos, que tuvieron —y siguen teniendo— una vida fenomenal. Que tus amigos se encuentren menos solos. Porque hay una persona de su edad que se preocupa por ellos. O sea, una gozada».

PERO ESTO CUESTA...

¡Claro que cuesta! Cuesta cuando eres niño, cuando eres joven, cuando eres una persona madura —le llaman así—, cuando eres viejo. Cuando algún chaval me dice que estas cosas le cuestan, siempre contesto que esto va a peor, porque, a la dificultad que tiene en sí el «darse», se añade que te empieza a doler todo, que te compadeces de ti mismo —situación gravísima—, que piensas en ti mismo, que hablas de ti mismo y que no te aguanta nadie, ni tú mismo.

Eso es lo que el diccionario llama «egoísmo» y que mis hijos, poco sofisticados, califican como «me, mí, conmigo». Por eso es bueno empezar cuanto antes. Por eso me gustaría mucho que los chavales jóvenes leyesen este libro, porque los jóvenes, los muy jóvenes, son ancianos en potencia.

Hace años en mi empresa trabajé con unos chicos jóvenes, majísimos. Trabajaban mucho,

discurrían muy bien, y procuraban llegar hasta los más pequeños detalles. Eran divertidos y creaban muy buen ambiente. Otra gozada. Pero se cansaban —como yo—. Y les dio por decir:

—Estoy agotado.

Lo aseguraban con cara de pequeños héroes, como si hubieran luchado bravamente por conquistar una trinchera al enemigo y tuvieran derecho a eso que la gente llama «un merecido descanso» y del que luego hablaré. Me pareció que tenía que decirles algo. Y se me ocurrió simplemente una cosa:

—¡Prohibido agotarse! ¡A partir de este momento, aquí no se agota nadie!

Desde entonces nadie lo hizo. O por lo menos nadie lo dijo. Porque lo de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» tiene miles de años de antigüedad y aquellos chavales, majos y buenos, solo se habían enterado de la primera parte —«ganarás el pan»—, y lo del sudor de la frente les parecía un añadido bonito, para redondear la frase.

Unos amigos, en su casa, una masía antigua que han restaurado con mucho gusto, tienen un repostero con una frase en catalán: *Els cansats son els que fan la feina*. Me parece que Napoleón dijo que los soldados cansados ganan las batallas.

10

COSAS QUE REVOLOTEAN ALREDEDOR

DE UN VIEJO

Me gusta más lo del repostero, pero al fin y al cabo son distintas maneras de decir lo mismo: que trabajar, cuesta. Y a medida que uno se hace mayor y todo le parece trabajo —quizá lo es—, todo le cuesta. Cada día más.

Cada día más, por las limitaciones. Porque yo antes corría y ahora, no. Porque antes aguantaba fácilmente la conversación de un pelmazo y sonreía y ahora también, pero me quedo agotado.

Si eres joven y estás «agotado», cállate, no lo digas y acuérdate de mi prohibición. Hazme caso. Por lo de Napoleón y por el repostero de la casa de mis amigos.

Si eres viejo, también. Y si de verdad te has agotado, que todo es posible, sonríe, siéntate en un sillón, cierra los ojos y di:

—Voy a pensar un rato.

Los VIEJOS NO PERTENECEMOS A UNA RAZA ESPECIAL

Ahora os tengo que confesar algo que he descubierto hace muy poco. Cuando yo era crío pensaba que había una raza especial: los viejos. En el colegio estudié que había cinco razas: blancos, amarillos, negros, cobrizos y aceitunados.

Luego vinieron unos chicos que se autocalificaron como «políticamente correctos» y que nos dijeron que el negro no era negro, que era «de color». Al principio pensé que era una bobada sin importancia, porque yo también soy de color: blanco. Pero como estos mozos han seguido insistiendo, y, peor aún, muchos les siguieron, resulta que ahora hay dos razas: blanca y de color, lo que me parece el colmo de la discriminación, porque eso quiere decir que o

eres blanco, o ya puedes tener el color que quieras que eres «de color».

Como os decía, yo pensaba que había otra raza, la sexta. La de los viejos. Como si unos señores fueran viejos desde su nacimiento: «A usted le ha tocado ser viejo». Otros, además de ser ingenieros, para lo que han estudiado, son, porque así los hizo Dios, «de color». O sea, amarillos/negros/cobrizos o aceitunados.

Después fui viendo que los niños de mi clase del colegio se fueron haciendo mayores, más mayores, muy mayores, algunos fallecieron —porque eran muy mayores— y otros seguimos vivos, pero viejos.

Con alguna frecuencia, otros, tan viejos como los niños de mi colegio, perdían el sentido del humor, les dolía la espalda y —peor aún— lo decían continuamente, se olvidaban de las cosas, y con frecuencia, con mucha frecuencia, con demasiadísima frecuencia, tenían un mal genio que les hacía absolutamente inaguantables, contribuyendo a que la gente dijera:

—Este tío no se muere ni rematado a tiros.

El «tío», además, en algunas ocasiones —pocas— discurría bien. No eran más que ramalazos de lucidez, de cuando era joven y tenía la cabeza clara, que hacían que los jóvenes abrieran la boca —«¡cuánto sabe!»—, y que él siguiera considerándose un *crack*: «¡Qué bien me conservo!».

Estos señores comen mucho. Se pegan unos desayunos de tres horas y media que no hay quien los aguante, excepto ellos. Les siguen gustando las chicas —ahora llaman chicas a las mujeres comprendidas entre quince y ochenta y dos años—. Cuando hablan de ellas ponen una sonrisa picara que les hace absolutamente despreciables. Las chicas piensan: «Si se vieran desde fuera...». Cuando algún negocio o alguna gestión sale bien —porque los que tienen a sus órdenes lo han hecho de cine— no les felicitan, porque dan por supuesto que eso es lo normal, y en el fondo, les molesta no poder pegar una bronca.

Como son viejos y tienen que echar siestas largas deciden empezar la jornada de la tarde a las siete, estropeando los planes familiares de los desgraciados que trabajan allí desde las tres, que es a la hora a la que se empieza.

Ya pueden estar nadando en el euro, en el dólar o tener cientos de millones en un paraíso fiscal. Siempre se quejan de que no tienen nada. Si alguna vez, por milagro divino, esos señores ayudan económicamente a una obra benéfica, los de la obra benéfica y los amigos que les quedan se lo tendrán que escuchar mil veces, porque lo cuentan y lo cuentan.

Mucho peor, si les pagan algo a uno de sus hijos, los pobres tendrán que oír cien veces en qué se gastan el dinero sus mujeres —«que ya te advertí cuando te casaste con ella, hace veinticinco años, que era una manirrota, porque sus padres, de jóvenes, ya lo eran, que yo los conocían muy bien»—.

Y la gente seguirá rezando para que los viejos se mueran, por supuesto habiendo recibido los santos sacramentos y la bendición apostólica de su santidad, y que se vayan al cielo, pero ¡ya!, que en el cielo ya se las arreglarán para que no molesten.

DE NIÑO A VIEJO

Rodeado de nietos me entra la depre —con poca frecuencia, gracias a Dios— y pienso que de aquí a unos años todos serán chicos jóvenes, de aquí a unos pocos años más estarán llenos de hijos, luego les saldrán canas, tendrán nietos y, en un descuido, ochenta años. Como yo hoy, porque entonces ya no seré viejo. De mí solo se podrá decir que «fui».

Y como serán buena gente, de eso estoy seguro, se acordarán alguna vez de su abuelo, y, como me sucedió en el IESE, me atribuirán cosas que no dije y cosas que no hice, y me las agradecerán por el bien que les han hecho.

CON POCA FRECUENCIA

Acabo de decir que me entra la depre con poca frecuencia, gracias a Dios. Porque es una enfermedad muy seria que no se arregla diciéndole al enfermo:

—¡Ánimo, que no pasa nada! Los negocios te van bien, la familia te quiere, los amigos llaman preguntando qué tal estás...

No es verdad que no pasa nada. Sí que pasa, y pasa por dentro y hace sufrir mucho, al enfermo y a los que le rodean, porque no saben qué hacer para alegrarle y para que no se hunda en la miseria. Y de paso, sin quererlo él, hunda en la miseria a los demás.

La depre de la que hablaba en el apartado anterior es la otra, aquella de la que tiene la culpa «el

deprimido». Y tiene la culpa porque por hacer esfuerzos serios y continuos para ver la parte negativa de las cosas acaba creyéndoselo y fastidia a todo su entorno, sea cercano, media distancia o lejano. Porque en cuanto puede envía un *mail* a un amigo, haciéndole ver «con un enfoque realista» (*sic*), lo equivocado que está al intentar ver las cosas con cierto color de rosa, o a definir el optimismo como lo hago yo —y aquí pongo la palabra «yo», o sea, «I» en inglés. Estoy muy orgulloso de esa definición, de la que me he apropiado, aunque no acabo de estar seguro de que sea mía—.

No quiero dar por supuesto que todo el mundo conoce mi definición de «optimismo». Por eso la repito, dejando claro en primer lugar que el optimismo no consiste en decir que aquí no pasa nada y en actuar como si, de verdad, no pasase nada. Porque si digo que en la plaza no hay un toro de quinientos setenta y cinco kilos en canal —o sea, lo que pesaría la «res muerta y abierta, sin las tripas y demás despojos»— y me coge, porque sí estaba allí y sí venía galopando hacia mí, la culpa de que yo esté en la enfermería es mía y solo mía. El toro no ha hecho más que cumplir con su deber, que consiste en «luchar con uñas y dientes —en su caso, con los cuernos— para salir adelante en una situación concreta». Esa es mi definición.

Ahora añadido: «Sin que ello garantice el éxito». Porque alguna vez lucharás con uñas y dientes, y fracasarás. Pero habrás sido optimista. Y tendrás que defenderte diciendo alguna grosería si hace falta, del «realista» que te mirará displicentemente. «Ya te lo decía yo».

De algún modo tendrás que explicar a estos «realistas» que el que no tira nunca los penaltis no falla uno en su vida. Quizá, lo mejor sea decírselo directamente.

ESTO CUESTA

Alguien podría pensar que soy un pájaro de mal agüero —de «paragüero», me dijo hace poco uno de mis nietos—. Porque siempre que digo que hay que hacer algo añado un apartado: «Esto cuesta».

No quiero hundir a nadie. Quiero ser realista. Esta vez ser realista es simplemente avisar de que todo en este mundo cuesta. Todo. Sonreír, a veces, cuesta. Dar la mano en un partido al que te ha pisado con la derecha mientras te ponía la zancadilla con la izquierda y te empujaba con las dos, y ya puedes dar gracias de que no te ha mordido, cuesta. Levantarse del sofá cómodo que todo el mundo dice que es el sofá del abuelo, cuesta. Y cuesta ir a la cocina, preparar los platos, los cubiertos, los vasos, la jarra de agua y el pan. Y cuando todos se han sentado, cuesta sonreír —otra vez la sonrisa— cuando alguien te recuerda que no has puesto las servilletas. Y no las has puesto porque ayer noche tuviste pereza y, en vez de ponerlas bien ordenadas las dejaste amontonadas y ahora nadie distingue la suya de la del vecino.

Todo cuesta en esta vida. Y hay gente que a los ochenta años aún no se ha enterado de que en esas cosas pequeñas está el heroísmo. Cosas pequeñas y aparentemente despreciables, pero que hechas con cariño se convierten en maravillosas y, lo mejor, hacen la vida cómoda a los demás.

A los ochenta años se pueden hacer pocas cosas. Si tienes la cabeza bien puedes discurrir. Si, más o menos, te mueves con cierta soltura, puedes ayudar en cosas pequeñas.

Uno de mis hijos, cuando llega a una habitación, siempre se la imagina de otra manera. Y en esa nueva manera juegan un partido importante los armarios. Nos dice:

—Hay que poner ese armario allí.

El armario es grande, muy grande, el que tenía de soltera mi mujer, heredado en vida de su abuela, que se compró otro y les pasó este a mi mujer y a su hermana, diciendo:

—¡Qué bien quedará este armario en la habitación de las niñas!

Un armario de cuando los muebles se hacían para que duraran mucho, con mucha madera, muy buena.

Como puede suponerse, cuando hay que poner el armario «allí», quiere decir en el otro extremo de la habitación, que, casualmente, es la más grande de la casa. En el último traslado del armario grande, muy grande, hasta «allí», me ofrecí para echar una mano y fui inmediatamente rechazado:

—¡No vaya a ser que te estropees la otra cadera!

Te molesta porque te están recordando tus limitaciones. Pero tienen razón. No vaya a ser que te estropees la otra cadera o una vértebra lumbar o cosas parecidas. No vaya a ser.

En resumen, con toda sencillez: a los ochenta años uno ayuda en lo que puede y no ayuda en lo que no puede. Y acepta que alguien le diga que no puede. Y lo acepta con una sonrisa, que es lo más difícil.

Si te cuidan y te llevan hasta una mesa puedes dar una conferencia, olvidándote de lo bien que quedabas cuando dabas las conferencias de pie, con el iPad en un atril.

HABLANDO DEL IPAD

Pienso lo atrasados que estábamos hace relativamente poco —digo «relativamente poco» porque hablo de hace sesenta años, lo que a mucha gente le parecerá «absolutamente mucho»—. Mis avances técnicos, entonces, consistían en que sabía subir y bajar del tranvía en marcha —tenía su técnica— y también sabía agarrarme al tranvía cuando iba en bici por Zaragoza y así no me cansaba y llegaba antes —si viera a uno de mis nietos hacer alguna cosa de esas le pegaría una bronca a su madre por descuidar la vigilancia del chaval—.

Ahora las cosas se han complicado. Entonces los padres no tenían algunos problemas: edad a la que hay que comprarle al niño un móvil, porque todos lo tienen; hora, entre dos y media y cinco y media de la madrugada, en que las niñas tiene que estar en casa... No hace falta que nadie les acompañe, claro. Series de televisión que pueden ver y otras que mejor que no vean, porque lo que aprenderán allí serán cosas de las que luego se quejarán en Sa-lou, cuando lleguen crios y crías dispuestos a gozar del turismo sexual.

Antes y ahora es fundamental el optimismo de los padres y de los abuelos —optimismo, según «mi» definición, porque ya hemos quedado en que, oficialmente, era mía—.

Y ahí, el viejo, o sea, yo, en mi caso, tiene un buen trabajo. Simplemente, para controlar que todos mantengan un enfoque positivo de la vida, cosa que, a veces, cuesta —siempre ha costado—. Y para que en vez de hablar del Salou malo hablemos del bueno, que es muy bueno, porque si no lo fuera no iría a veranear allí tanta gente de Zaragoza.

Y lo bien que se está en San Quirico, aunque, en cuanto a oferta lúdica —me parece que se dice así—, no sea Babilonia la grande.

Mis AMIGOS

En alguno de los capítulos anteriores he dicho que miras alrededor y ves a tus amigos. Frase incompleta. Me refería a mis amigos de siempre, o sea, los de amigos de mi edad. Pero es que hay

más.

En el capítulo cuatro explicaba mi cambio de «trabajo». Es decir, mi paso al mundo de las varietés. Comentaba que ahora siempre empiezo las conferencias diciendo que era un señor normal, con amigos convencionales y que ahora tengo aquellos amigos y otros. Y doy una lista de personajes de la farándula que hace que los asistentes a la conferencia piensen una de estas cosas: *a)* a su edad, se le ha ido la olla definitivamente; *b)* ¡qué curioso! Se entiende con esos pájaros; *c)* como es natural, mantendrá las distancias; *d)* ¡qué envidia! La contestación acertada es la *d)*, porque he tenido la suerte de que:

- cuando se me mueren los amigos, aparecen otros, que suelen ser más jóvenes;
- los nuevos amigos son completamente distintos de los «convencionales»;
- se interesan por otras cosas;
- sorprendentemente, esas «nuevas cosas» me gustan y me interesan.

Y, además,

- he aprendido a moverme en un ambiente distinto;
- que, vuelvo a sorprenderme, no es un ambiente hostil ni «neutro». Es un ambiente cordialísimo;
- un ambiente donde la gente trabaja un montón;
- donde trabajan muy seriamente;
- donde la «innovación» es lo cotidiano.

Durante una temporada colaboré con Andreu Buena-fuente en su programa de televisión. En el evento en el que presenté mi primer libro, Andreu tuvo la gentileza de acompañarme como padrino —fue todo un lujo— y en su discurso dijo que hacía un programa para jóvenes y que, como colaboradores, nos tenía a tres chavales: Eduard Punset, Miguel Ángel Revilla y a mí. O sea, un montón de años entre los tres. Desde el principio me entendí muy bien con él, con los «colaboradores» y con todos los de su equipo.

A primera vista no teníamos nada en común. Pero eso de la «química» es verdad. Porque tuve química con todos. Me entusiasmé el día en que, mientras me estaban maquillando, entró Andreu y me dijo:

—Lo hacemos como el otro día, ¿no?

Esa fue toda la preparación. No sabéis la ilusión que me hizo, porque luego salió muy bien y mis amigos —los «convencionales»— me comentaron:

—¡Cómo se notaba que lo habíais ensayado a fondo! Mucha gente me pregunta que qué tal es Buenafuente, y que si es muy divertido. Les contesto:

—En el trabajo, no. Él ha ido allí a trabajar, no a divertirse. Y aquello funciona como una cadena de montaje: el chófer que te lleva avisa: «Un poco de atasco en la autopista, pero vamos bien»; y luego: «Faltan dos minutos para llegar». En la puerta te espera el responsable de producción. Te lleva al camerino. Por el pinganillo te avisan de que vayas a maquillaje. Te maquillan. Después vas a un sofá en una especie de antesala al plato. Desde allí, cuando anuncian tu intervención, dices «¡Hola, Andreu!» en pantalla y en directo. Te llevan a la entrada del programa. Te repasan el maquillaje. Te dicen «Salga cuando Andreu diga su nombre», y sales.

El día de mi primera intervención iba a salir antes de tiempo. El responsable me cogió por la chaqueta y tiró fuertemente hacia atrás, porque me adelantaba quince segundos. Desde ese día quedé de acuerdo con él: yo no saldría hasta que no me empujasen. Y a partir de entonces siempre lo hacían y me pedían perdón. Pero me empujaban.

Y sales ante las cámaras y cumples con la escaleta, un papel en el que, minuto a minuto, está detallado todo lo que van a hacer, y tú estás allí doce minutos. Y no sabes cómo lo hacen. Hablas y hablas, y Andreu habla y te sientes muy cómodo y piensas que tienes todo el tiempo del mundo y, en un momento determinado, Andreu, sin ninguna sensación de prisa, dice:

—Muchísimas gracias; tenemos que seguir otro día. —Y te aplauden y te vas. Y miras el reloj. Doce minutos. No once ni trece: doce.

¿Que Andreu es divertido? Para mí es un directivo de una empresa que, como cualquier directivo de cualquier empresa en las que yo he trabajado, prepara la documentación, se la estudia y luego interviene con gran soltura, porque le ha echado muchas horas a su trabajo. ¿Que es muy majo? Eso es otra pregunta. Es majísimo, lo mismo que lo son muchos directivos de empresas con los que me he encontrado en mi vida profesional.

Un día en el IESE, una persona que trabajaba conmigo en la División de Antiguos, me dijo:

—¡Qué bien improvisamos!

No estuve de acuerdo. Una cosa es improvisar y otra tomar las decisiones con rapidez, porque te sabes muy bien el guión.

Andreu no es un caso aislado. Me ha pasado lo mismo con todos. Son grandes trabajadores. Cuando digo eso, algunos de los amigos «de siempre» ponen cara rara, como pensando: «Este tiene el síndrome de Esto-colmo».

Pues no. Ni síndrome ni gaitas. Es así.

LA IMPORTANCIA DE SER MAJO

Son muchos años deambulando por la vida. Los viejos tenemos esa cualidad. Y esto hace que hayamos conocido a mucha gente, como ya he dicho. Cuando me preguntan qué tal es esa persona, a la que conocen por la tele o por la radio, o porque es una figura pública, siempre contesto que es muy maja.

Alguien me dijo una vez que para mí todos eran majos. Lo pensé y llegué a la conclusión de que, o tengo mucha suerte porque me tocan todos los majos y todas las majas que hay por esos mundos, o es que de verdad lo son. Todos tienen «sus cosas». Como yo. De alguno he oído:

—¿Cómo le soportas? Este tipo es inaguantable.

Puede ser que lo sea, pero no conmigo. Cuando me he puesto a hablar con «ese tipo» me ha parecido una persona culta, amable, cariñosa. Y cuando le he preguntado por su familia, al instante ha sacado el móvil para enseñarme una foto de su hijo. Y si a otro le he llamado para hablar de cualquier asunto que teníamos pendiente, lo primero que me ha dicho ha sido:

—¡Hemos tenido gemelos! Como teníamos una niña, ¡ya somos familia numerosa!

Y te lo dice feliz, como cualquier persona normal. Porque es eso: una persona normal. O sea, maja.

Siempre he pensado que al decir que alguien es majo estás diciendo muchas cosas. Y no solo porque es un adjetivo que «se aplica a una persona o cosa que gusta por su simpatía, belleza u otra cualidad». Suponiendo que este significado, copiado de la edición de 1992 del Diccionario de la Real Academia Española, no me lo cambiaran en la edición de 2001, que no tengo a mano.

Una vez escribí que en los procesos de selección de personas para contratar en una empresa, además del currículum, su nivel de inglés, sus conocimientos técnicos, su capacidad de trabajo, su disponibilidad para desplazarse por el mundo y todas esas cosas, había que poner al final, como síntesis de todo lo anterior, una palabra: majo. Con dos posibilidades: sí-no.

Eso quiere decir que en la definición del diccionario que he reproducido antes doy mucha importancia a la «otra cualidad», que debería convertirse en «otras cualidades».

Porque majo es el que es noble, leal, sincero, que ayuda a los demás, simpático —por lo menos no antipático—, acogedor, trabajador, sonriente, alegre, que mira a los ojos, que no es trepa...

Y yo, cuando hablo de mis amigos de la farándula y cuando hablo de mis editores y cuando hablo de Olga, la responsable de no ficción de Espasa, y digo que son majos, quiero decir todo lo anterior. Alguien me dirá que no todos ellos tienen las cualidades que incluye la palabra «majo». Seguramente, sea verdad. Pero puedo asegurar que todos «están en ello» y que todos «apuntan muy buenas maneras». Por eso, para mí, ya son majos.

Lo de Olga es especial. Un día, esperando a que empezara una reunión, me llamaron por teléfono de Espasa. Yo pensé que me querían vender un libro o alguna de esas colecciones que pagas a plazos durante meses y meses. No. Me llamaba un señora desconocida —Olga— que quería que escribiera un libro. ¡¿Un libro, yo, que en treinta y un años en el IESE no había escrito nada?!

Ella me engañó, diciéndome que me ayudarían en todo. Yo entendí que me pondrían un «negro» —perdón, pero se llama así a la «persona que trabaja anónimamente para lucimiento y provecho de otro, especialmente en trabajos literarios»— pero lo único que me dieron fue cariño. Que es mucho. Como consecuencia inmediata, Olga se ganó para siempre el título de maja, y, mejor, como dirían mis nietos, el de supermegahipermajísima.

Si en las empresas se pusiera ser «majo» como condición *sine qua non* para contratar a una persona, otro gallo nos cantaría. Y si el máster del IESE me gusta por algo es por dos razones:

1. porque a unos pocos nos encargaron que lo «inventáramos» —palabra ligeramente «inflada»—;
2. porque entre los profesores hay verdadera preocupación por sacar gente maja. Sabiendo que es una preocupación egoísta, porque las empresas, a veces sin darse cuenta, quieren eso.

Cuando he recomendado alguien en una empresa y ha salido bien, nunca he oído decir:

—¡Cuánto sabe!

Sino:

—Es majísimo. Da gusto trabajar con él.

O sea, si eres ingeniero y eres máster, sabes. Se da por supuesto. Lo otro hay que demostrarlo día a día.

«Y AL FINAL, LAS COSAS QUEDAN, LAS GENTES SE VAN», QUE DIRÍA JULITO

Y ya he dicho que, o porque abundan mucho o porque he tenido suerte, me he encontrado a gente maja en eso que he llamado «mi nuevo trabajo». O será la edad que me ablanda y que me ayuda a no perder el tiempo dejándome llevar por una impresión, sino dando oportunidad a que las personas se muestren como son, en total confianza. Puede que sea eso.

Seguramente, por eso me gusta tanto.

Mi mujer ha sido siempre fan de Julio Iglesias. Cuando teníamos a los hijos estudiando en Pamplona y ella debía ir por cualquier cosa desde Barcelona, agarraba el coche y lo llenaba con cintas de casete de Julio Iglesias y se iba. Cuando alguna amiga le decía si no se aburría de viajar sola tantos kilómetros, ella respondía:

—¿Sola? No, yo viajo con Julito.

Y así era.

Muchas de las canciones de Julio Iglesias son fuente de inspiración, aunque no lo creamos. En las conferencias que doy sobre la familia siempre hablo de *Me olvidé de vivir* —«los detalles pequeños»— para explicar que no se puede ir por la vida sin cuidar esas cosas que pueden hacer felices a los demás.

Y cuando hablo de ser mayor, de tener ochenta años, pienso en *La vida sigue igual* y su «al final, las obras que-

dan, las gentes se van». Porque nos iremos todos. Eso está claro. Antes o después. Pero todos.

En mi caso dejaremos poca herencia material. Los hijos lo saben. También saben que ya han heredado mucho dinero. Porque —lo he dicho antes— los colegios y las universidades y los másteres y la comida y las veces que fuimos al cine y al fútbol a ver el Español-Burgos, que no se por qué, siempre jugaban cuando íbamos nosotros... nada fue gratis.

Y la ropa también fue un importante capítulo de gasto, aunque mucha fue heredada, arreglada y dejada como nueva después de un buen planchazo, contribuyendo a la fama de familia acomodada y —según algunos— «montada en el dólar», porque les parecía que estrenábamos con bastante frecuencia.

Algún amigo, listo, se dio cuenta de que no era oro todo lo que relucía. Un domingo llevé a unos cuantos hijos, muy crios, al teatro, a ver *El cocherito Leré*. A las siete de la tarde o así, subía desde la estación de metro hasta donde vivíamos entonces —la calle era bastante empinada—, tirando de

los niños, que estaban cansados y cada vez pesaban más. A mitad de subida nos encontramos con mi amigo, soltero, que venía, recién duchado, de jugar al tenis. Nos vio, se paró y dijo:

—No hay duda de que el matrimonio debe tener otras compensaciones.

Y más si se te quema el piso donde vives, porque te das cuenta de que eso de que no vas a dejar nada es falso. En una familia, al cabo de cincuenta y seis años de casados, y siendo nosotros octogenarios, hay miles de cosas. O sea, que el día en que «faldemos» —palabra piadosa que se dice ahora porque lo de «morirse» está mal visto— es bueno dejar un papelito escrito en el que se digan cuatro cosas: que el cuadro de la abuela será para fulanito y el diploma que le dieron al abuelo, para menganito. Y las cuatro perras que queden, divididas por doce. Y si alguien debe algo a los padres, perdonado. Y no mucho más.

Estará bien decir que a los padres nos gustaría —no es obligatorio— que tres cuadros se quedasen en la familia: uno bastante malo, de una tatarabuela o más, al que siempre le hemos tenido cariño; otro, bueno, que ha estado en casa de los abuelos, de los padres y en la nuestra; y el dibujo que hizo el abuelo, en 1939, el primer día que fue al colegio en Zaragoza y que, curiosamente, sigue en una carpeta de la abuela, metido en un *dossier* de plástico.

Sobre todo, mucha libertad. Porque lo de reinar después de morir lo hizo Inés de Castro, pero para eso tuvieron previamente que asesinarla. O sea, que si todos están de acuerdo en vender en un *pack* el cuadro malo, el bueno y el dibujo del abuelo, porque hay un marchante enloquecido que los quiere comprar, que los vendan. Que en el cielo, donde pensamos estar la abuela y yo, no nos importará nada.

Lo que sí nos molestaría en el cielo —aunque allí no moleste nada— es que riñeran. Que hemos visto familias destrozadas y con odio —vuelvo a mi manía— por cuatro perras. O por cuatro mil millones de perras. No merece la pena. Y esto no es desprendimiento. Es «sentido común, v. a.» (versión antigua).

Mis hijos y nosotros le tenemos mucho cariño a nuestra casa de San Quirico. Ya hemos encargado un azulejo con la fecha de inauguración: 2 de agosto de 1974. Es nuestra casa. La hicimos nosotros. La hemos vivido nosotros. Según mi hijo Alfonso, es «donde siempre se vuelve».

Pero cuando nos muramos los hijos ya saben que pueden hacer lo que quieran. Mantenerla, venderla, hacer apartamentos si lo permite la ley de Ordenación Urbana, que en San Quirico —pueblo imaginario— también tenemos... Lo que quieran.

Y mi mujer y yo, desde el cielo, volveremos a repetir:

—¡Ole nuestros niños! Les quisimos educar en la libertad y son libres. Y hacen lo que les parece más oportuno, sin mirar hacia arriba y decir: «Perdón, mamá y papá».

Todo lo anterior se lleva a un notario y lo pone en solfa. No habrá que poner algunas cosas, porque pagar el impuesto de sucesiones por el dibujo que hizo el abuelo en 1939 me parece una exageración. Pero lo que haya que poner, se pone.

Cuesta mucho a veces «atacar» —como se dice ahora— estos temas con soltura, con atención, sin dramas ni tragedias. A veces suena a que los hijos o los nietos te matan en vida. Pero no es así. Hay que ser valiente y arreglar esto, por aquello de que todo llega en esta vida. Y como termina Julito «al final las obras quedan, las gentes se van, otros que vienen las continuarán, la vida sigue igual».

Pues eso. Que la vida sigue igual. Sin uno mismo. Pero igual.

MIS PLANES DE FUTURO

Un periodista, buena persona, me preguntó una vez cómo veía yo mi futuro. Le contesté:

—Corto.

Ya sé que las cosas han cambiado; que un señor de ochenta años de antes ahora solo tiene cuarenta; que ya me gustaría estar como usted... Lo sé todo.

Pues tengo que aprovechar ese futuro, el que sea, sin pensar si es mucho o poco.

Año cincuenta de nuestra era. Los tesalonicenses debían de ser bastante vagos. Cuando alguien les dijo que el fin del mundo estaba próximo decidieron no pegar ni palo al agua y se sentaron a esperar, pensando: «Total, ¿para qué?». Cosa que, si se descuida, le puede pasar hoy a un mozo de ochenta años diciendo exactamente lo mismo.

Luego resultó que el fin del mundo no estaba tan cerca, y, como no trabajaban, el Producto Interior Bruto de Tesalónica bajó vertiginosamente. Hubo acaparamiento de productos alimenticios, subida de precios, inflación con parón de la economía... Lo que los entendidos ahora llaman «estanflación», invento tesalonicense que no se les reconoce oficialmente.

Menos mal que san Pablo se enteró. Era un señor que discurría bien. Les escribió, pegándoles una bronca, di-ciéndoles que ya valía de hacer elucubraciones sobre el futuro y que había que volver a trabajar. A trabajar hoy, ahora y «rapidito», que como llevaban tiempo sin hacer nada, le habían cogido gusto y les faltaba entrenamiento. Por si quedaba alguna duda, les dijo:

—Si alguno no quiere trabajar, que no coma.

Más claro, agua.

Leo con frecuencia la segunda carta de san Pablo a los tesalonicenses porque me ayuda mucho cuando me entra la vagancia, que atribuyo a la edad, pero que puede ser vagancia, pura y dura, y déjate de cuentos con lo de la edad. En esas frecuentes ocasiones me miro al espejo y me digo: «Leopoldo, el que no quiera trabajar que no coma». Y como suelo tener bastante hambre y suelo comer bien, trabajo, por si acaso.

Esto es válido también para un chaval de quince años. Porque lo que se quiere conseguir «hoy, ahora», es fácilmente medible, y si nos ponemos a pensar en lo que haremos dentro de noventa y cuatro años, para entonces no quedará nadie que se acuerde de aquello y no habrá servido de nada el esfuerzo.

Todo el mundo (¿?) sabía que un asteroide iba a impactar sobre la Tierra y la destruiría en el año 2880 —o sea, cuando yo tenga novecientos cuarenta y siete años—. Ahora los científicos han dicho que solo hay una probabilidad entre cuatro mil de que eso sea así. Nos hemos salvado y ya podré celebrar en familia mi aniversario novecientos cuarenta y siete sin mirar a la ventana a ver si viene el asteroide. La única preocupación será encontrar el número de velas necesario para el pastel.

Planes de futuro así, cualquiera. Si al periodista que me preguntó por mis planes de futuro le digo lo de meterme debajo de la cama en 2880 para que no me pegue el asteroide se parte de risa y dice que ese señor que sale en la tele está como un auténtico cencerro.

Hoy, ahora. Ese es mi plan de futuro. Y si hoy tengo que dar una conferencia, me la tengo que preparar bien hoy. Y si la he dado treinta veces y ya me la sé, también. Porque siempre hay que actualizarla y, además, hay que llevar el texto escrito, aunque no tenga que mirarlo mientras hablo. De ese modo estoy tranquilo, porque tengo la seguridad de que no pasa nada aunque me quede en blanco, cosa que no me ha pasado nunca, pero que, a ciertas edades, puede ocurrir.

Mañana prepararé la conferencia de mañana. Y pasado mañana, la de pasado mañana. Y así igual aguanto veinte años. Seguramente entonces no me pedirán que dé conferencias, porque pueden convertirse en relatos de ba-tallitas y ya he dicho que las batallitas han de tener su justa medida, y no empezar diciendo:

—Recuerdo que hace ciento veinticinco años...

EL CORTOPLACISMO

Me acuerdo de un empresario importante, de edad muy avanzada, más de noventa años, con la cabeza clarísima. Sus hijos, de sesenta muy cumplidos, llevaban el negocio. Sus nietos, rondando los cuarenta, ya trabajaban en la empresa. Él se dedicaba a estudiar nuevos proyectos. Uno de los que le presentaron un proyecto se quejaba a sus hijos:

—No le ha gustado. Dice que no lo ve a veinte años. Le parece «cortoplacista».

El equilibrio es difícil. Por un lado te das cuenta, objetivamente, de que te queda poco tiempo. Por otro, ves que te faltan muchas cosas por hacer. Y que van apareciendo cosas nuevas e ilusionantes.

Mi suegro murió a los noventa y siete años. A los noventa y cinco me explicaba sus planes de futuro. Hasta

que en la conversación se dio cuenta de que, estadísticamente, tenía que morir en un plazo más bien corto. Interrumpió la lista de planes y me dijo:

—Si Dios me da vida, haré todo esto.

Me pareció un planteamiento precioso, de ilusión, de humildad y de realismo, de darse cuenta de que esto se acaba, y, además, pronto. A pesar de algo que leí de alguien que no recuerdo, que decía que no estaba demostrado que todos nos tuviéramos que morir.

Por aquello de la comprobación empírica, si no estoy muy cansado, paseo por las calles de las ciudades donde doy conferencias. He ido por la calle Uría, en Oviedo; por las Sierpes, en Sevilla; por la avenida de la Independencia, en Zaragoza... Y he visto que de los que paseaban por allí hace unos años no queda ninguno.

Después de lo anterior, aún hay amigos que insisten: —Sí, sí. Pero ¿qué planes tienes para el futuro? Otro libro, televisión, anuncios... ¿Qué piensas hacer?

La única contestación honrada es que no tengo la más mínima idea. Porque si hace siete años me cuentan a lo que me iba a dedicar ahora no me lo creo. Pues lo mismo me pasa con los siete años próximos

Igual resulta que en los próximos siete, con la cabeza clara, el cuerpo discretamente bien y bajando las escaleras con cuidado —porque si me rompo la otra cadera la hemos hecho—, descubro un nuevo campo y me dedico exitosamente al cante jondo, a escribir novelas históricas de dos mil páginas o a viajar como representante del Cuarteto de Paz para Oriente Medio y le quito el puesto a Tony Blair.

LA MUERTE

Hasta ahora solo se mueren los demás. Solo enferman los demás. Solo se les quema el piso a los demás.

Pero un día, tú pasas a formar parte de los demás... Para los demás, que son distintos de los demás de antes —me he hecho un lío, pero espero que quede claro, porque a los demás también les va a pasar—. Y te pones enfermo, se te quema la casa, etc. —«Etc.» en este caso es para no enumerar

cosas innecesarias—.

Ya he insinuado que ahora no se habla mucho de la muerte. Es como si no estuviera «de moda». Pero la gente, joven y vieja, se muere. Y los ricos y los pobres. Y hasta los políticos y los financieros, y los que inventaron las «hipotecas porquería» que organizaron semejante cisco. Y los que redactaron los contratos que ayudaron a convencer a los viejecitos de que invirtieran sus ahorros en «preferentes». ¡Todos se mueren! ¡Es increíble!

Leo que un porcentaje pequeño de habitantes del mundo tiene un porcentaje grande de las riquezas del planeta. Esos también. Me ha hecho mucha gracia el papa Francisco —un auténtico productor de titulares— que ha dicho que «nunca se ha visto que detrás de un coche fúnebre vaya un camión de mudanzas». O sea, que todo, todo, lo que se dice todo, se queda aquí y tú te vas al otro barrio sin nada, nada, lo que se dice nada.

Se creían —¡pobres!— todopoderosos/as, indestructibles y maravillosos/as. Y un día se les estropeó una val-vulita en el corazón, o el motor de su avión privado, o paseando a caballo por una de las muchas hectáreas de su rancho les cayó el único rayo de aquella tormenta y les acertó de pleno.

Y pasó lo mismo con los guapos y las guapas, con los que se casaron una vez o veinticuatro, con los que se fueron de vacaciones a Bora Bora —Polinesia Francesa— o a San Quirico —por ahora, comarca del Vallès Oriental y pronto, quizá, del Moianés, según lo que salga en el referéndum que vamos a hacer en nuestro pueblo, que nosotros también los hacemos—.

¡Todos! ¡No quedó ni uno!

Me gusta mucho Frank Sinatra. Me parece que era un sinvergonzón simpático. Supongo que si hubiera sido hijo mío me habría dejado muchas noches sin dormir, porque me parece que era el rey de las «malas compañías»: casas fenomenales, mañosos fenomenales, algún que otro gáns-ter fenomenal... Pero no lo era. Y cantaba de maravilla. Ahora, como en Internet está todo —y cuando digo «todo» quiero decir «todo», es increíble— escucho de vez en cuando canciones de Frank leyendo la letra. Suelo hacerlo antes de dormir, y luego leo la novela de tiros y me voy a descansar con paz.

En las últimas noches la canción escogida ha sido *My way*. Es un tema que me entusiasma y que la gente sabe que me entusiasma, y cuando voy a la radio o a la televisión me la ponen de sintonía en las entrevistas.

Me encanta porque dice «*I did it [pausa] my way*», o sea, lo hice como me dio la gana, a mi manera, a mi aire y deja esa pausa para hacer hincapié en esa idea.

La letra me impresiona. Es como si fuera la despedida de Frank cuando empieza diciendo «*and*

now, the end is near and so I face the final curtain». O sea, ahora que se acerca el final y que va a bajar el telón por última vez. Me impresionó cuando lo leí porque me gusta la idea de enfocar esto pensando en que la gente podrá ver que todo lo hicimos *my way*, porque eso significa que hemos vivido la libertad en cada uno de los momentos de nuestra vida, como intento explicar en este libro.

Y PEOR AÚN

Pero que la gente seguirá su vida sin que estemos ya en este mundo es un hecho que ocurre cada minuto. A veces con más dolor o menos. Normalmente con mucha nostalgia y añoranza. Pero hay que ser consciente de una cosa *a priori* todavía peor: al cabo de muy poco tiempo nadie se acuerda de los que se fueron. Peor todavía, nadie sabe quiénes fueron. Alguna vez charlo con mis nietos sobre artistas de cine de los que no han oído hablar nunca. ¡Y a mí que me parecía que estaban de moda! Ni están de moda ni pasados de moda. Simplemente, desaparecidos.

Un día te enteras de que en una residencia de ancianos ha muerto aquella chavala sensacional cuya foto tenías clavada con una chincheta en la habitación del Colegio Mayor donde vivías cuando estudiabas la carrera, y que ahora era una anciana decrepita que ha muerto en la miseria, después de que sus representantes apalearon millones a la vez que le decían que como ella, ninguna. Y ella, ¡pobre!, se lo creía. Mientras tanto, los *paparazzi* iban como locos detrás por la alfombra roja del Festival de Cannes y por todos los registros civiles donde se fue casando y descasando.

En el entierro, uno de sus maridos, un viejo más viejo que ella, echará unas flores en la fosa y se irá a su correspondiente residencia de ancianos, porque la comida es a la una y no quiere llegar tarde.

O sea, que es fundamental que los viejos que somos viejos entendamos que «ser viejos» no es más que «ser nosotros» en esta fase de la vida. Y que lo que hagamos solo se podrá recordar de una manera: en la cantidad de cosas buenas que hayamos hecho para que otros puedan beneficiarse de nuestras acciones. Aunque sea única y exclusivamente ayudando a los demás. Aunque sea de forma anónima. Ese es el legado. Eso es lo que nos convertirá en recuerdos anónimos perdurables.

HABLO DE MÍ

Pero la muerte, de un modo u otro, es algo totalmente seguro.

Como dicen en Aragón, «tengo ochenta años para ochenta y uno». A mi alrededor se muere gente «muy mayor» —ochenta y nueve años—. O sea, ocho años mayores que yo. O gente viejísima, noventa años. Diez más que yo.

Me tomo en serio eso de trabajar duro hoy, ahora, intentando hacer cosas buenas para que, cuando me muera, la gente se acuerde de mí y diga lo que quiero que digan —que está escrito en el apartado siguiente— o habré perdido miserablemente el tiempo. Y, quizá, no solo el tiempo, sino la vida entera —casi me equivoco y escribo «la vida eterna». Debe ser el subconsciente—.

Tuve un amigo que me decía:

—Me moriré y ya está. Igual que un perro. Se acabó.

Otro, muy bruto:

—A mí que me incineren y que tiren las cenizas por el váter.

Yo tengo pocas ideas claras, como he dicho muchas veces, quizá en este mismo libro, porque me cuesta mucho saber lo que he escrito en otros libros, en los periódicos o lo que he dicho por la radio o por la tele, o echando risas con los amigos. Pero sí tengo claro que yo no soy Helmut, mi perro, una buena «persona» que murió el año pasado, que lo dejamos en el veterinario, que lo mató —lo remató, porque estaba muy mal—, que lo incineró y que luego nos mandó la factura por los servicios prestados.

Como estoy convencido de que yo soy más que Helmut, y también lo es el más desgraciado y más pobre y más despreciado —no digo «despreciable» porque despreciable no hay ni uno—, quiero dedicar lo que me quede de vida, que ojalá sea mucha, porque esto me gusta cada día más, a luchar para que, al acabar, la gente —y, fundamentalmente, Dios, que es el que me importa más— diga de mí:

—OK, chaval.

MIS ÚLTIMAS VOLUNTADES

Serían casi todas pero no puedo desvelar mis últimas voluntades porque no tendría sentido reventar el final de

mi vida. Ni yo sé lo que me espera; y me quitaría la oportunidad de escribir otro libro el año que viene. Así que tampoco nos pongamos solemnes.

Cuando uno es mayor, o viejo como llevo repitiendo capítulo tras capítulo, la cantidad de cosas que tiene que hacer se van amontonando. Posiblemente no termine de ordenar todos los tapones de corcho de mi colección, ni pueda poner en marcha todos los robots que tengo guardados —colección que empecé en Boston en 1963 y de la cual me enorgullezco porque es preciosa— ni pueda clasificar con etiquetas de colores las botellas de cerveza de mi enorme colección y que se me acumulan por el despacho —no podré ordenarlas y lo intento. Pero sí que me las he ido bebiendo todas—.

Con las últimas voluntades pasa igual. A uno le encantaría que ocurrieran con precisión un montón de cosas, es un engorro pero al final hay que simplificar. Y beberse toda la vida que hay en medio,

que es mucha. Por eso tampoco hay que ser trágico o, como decía, demasiado solemne. Hay que tener las cosas más o menos claras y entender que del viaje no se vuelve. Con lo cual, lo de siempre, estemos a la altura y procuremos no hacer mucho el ridículo.

En un capítulo anterior he dicho lo que sabe todo el mundo: que soy católico. Así que, como nací, crecí y procuré vivir así, me gustaría morir «en católico». Y como también soy aragonés, que me pongan cerca una estampica de la Virgen del Pilar, por favor.

Así de simple todo.

Además, en el empeño por no ser sofisticado es cuando uno se da cuenta de lo mucho que se habla y de lo poco que se piensa. Podría decir que cuando «me entierren dentro de una cuba con un grano de uva en el paladar», pero lo de beberse las cervezas que he comentado antes fue a lo largo de los años y no de una sentada.

Lo que sé —y he pensado durante mucho tiempo que puede ocurrir cuando me muera— es que quiero cosas simples, llenas de importancia para mí. Por ejemplo:

— Esquela con cruz, aunque sin cruz sea más barata porque ocupa menos lugar en la página de esquelas.

— Que la gente no envíe «sus condolencias» a la familia y que no muestren su «solidaridad» (con acento en la «o»). Que recen por mí.

— Y el que no sepa rezar que mire hacia arriba y diga «como si supiera».

— Y aunque sea una manía mía, como ese día el protagonista seré yo, y el protagonista, en las películas, es el que manda, y ya va siendo hora de que me dejen mandar, no quiero que, al acabar el funeral suba al altar uno de mis nietos a leer un papel que no le importa a nadie, en el que diga lo bueno y listo y guapo que fue su abuelo y que cómo se ocupaba de nosotros.

— No quiero eso porque lo importante es la misa funeral; porque no quiero que todos salgan de la iglesia llorando y/o pensando qué rollo nos ha colocado ese chaval; porque nunca me he ocupado de los nietos y algún asistente a la ceremonia, que me conoce bien, podría poner cara de escepticismo al oírlo.

Y ya está.

Las indicaciones, como veis, son inequívocas y no dan mucho pie a interpretaciones. Casi mejor. Porque, entre nosotros, tener doce hijos y cuarenta y cinco nietos puede ser un peligro en ese momento. Memorable.

UN ÚLTIMO APUNTE PARA LOS VIEJOS

Tuve negocios en Argentina y fui bastantes veces por allí. Oía llamar «vieja» a la madre con un gran cariño. «Mi vieja».

Al acabar el libro, yo, el viejo —en el sentido de hombre con muchos años— quería hacer referencia a «mi vieja» —en el sentido más argentino, o sea, más cariñoso de la palabra—, pero no me acaba de sonar bien, y, por eso, cambio y hablo de mi mujer.

Ella ha tenido —sigue teniendo, gracias a Dios— un papel fundamentalísimo en mi vida. Me he referido poco a ella porque tenía que centrar el tiro al hablar del viejo que mejor conozco, que soy yo.

Pero hay que decir la verdad. El viejo y la vieja son uno. Y todo lo que he dicho sobre mí lo he dicho pensando en nosotros, porque —vuelvo a dar gracias a Dios— continúo enamorado como un tonto de aquella chica joven, delgada y monísima, que me sigue pareciendo joven, delgada y monísima.

Y de vieja, nada.

EPÍLOGO

San Quirico amanece con el cielo muy despejado. Hace fresco, pero se está muy bien. El sol, deslumbrante. La tierra está húmeda por el tormentón de ayer noche. Escuchar la tormenta, por la noche, desde la cama en San Quirico debería ser patrimonio cultural inmaterial de la humanidad.

Leo lo escrito en los últimos párrafos y me quedo con una sensación extraña: o corrijo todo, o no muevo una coma. Me entra sueño, a pesar de estar recién levantado, y decido no mover una coma. Y la sensación mejora.

Creo que he cumplido el objetivo que tenía marcado: me gusta pensar que es un libro de jóvenes para no tan jóvenes, escrito de una manera que muestra cómo es mi forma de ser viejo. Creo que no soy muy gruñón. Todavía tengo tiempo para serlo, pero por ahora no apunto maneras.

Me toca desayuno con mi amigo hoy. No le preguntaré si es un gruñón porque este me contesta y me lo cuenta.

Yo sé que un poco sí, pero jamás se lo diré en persona y, de tan bueno que es no le importaría saberlo.

El bastón que me acompaña desde que me rompí la cadera me observa desde una esquina del despacho. Le he cogido cariño. Me caía gordo y ahora lo llevo a todas partes. No es un pelma, no habla, no me ordena nada y, por ahora, me obedece.

El mundo está lleno de viejos. Y lleno de bastones. Muchos de estos aguantan a los viejos. Y eso que muchos viejos, con todo respeto, son inaguantables. «Necesitamos viejos que sean referentes». Y mientras digo esta frase me doy cuenta de que, sabiendo que tengo ya ochenta y uno, sigo pensando como un joven. Y eso me encanta.

Después de todo lo que he dicho sobre la muerte casi pongo «epitafio» al empezar el epílogo. Pero como esto es un libro, epílogo es lo más adecuado.

Le preguntaron hace poco al papa Francisco cómo quería que le recordaran después de muerto, y contestó:

—Era un buen tipo, hizo lo que pudo. Con eso me conformo.

Pues si el papa Francisco se conforma con eso, yo también.

San Quirico, septiembre 2014 Unos días después de cumplir ochenta y un años

ANEXO

A lo largo del libro me han ido asaltando continuamente dos ideas. Las aparcaba apuntándolas por alguna esquina, incluso he empezado otro documento en el que escribía cosas que iban sobre ellas. Lo malo es que no encuentro ese documento. Y como no soy Steve Jobs, que, por lo que se ve, era un genio, un poco impresentable, pero un genio al fin y al cabo, no quiero toquetear, no vaya a ser que estropee algo.

Podría llamar a alguno de mis hijos o de mis nietos para que me ayudasen a encontrar ese archivo... Pero ahí me sale la vena de viejo y digo que ni hablar.

A lo que iba, las dos ideas eran:

1. Intentar cumplir el índice que he puesto en el primer capítulo.
2. Intentar opinar sobre cosas que a los viejos nos asaltan a menudo.

Y como a mí me gusta siempre liar las cosas, he decidido juntar la idea uno con la dos y ponerlo aquí de una forma más o menos ordenada. Me sale un poco como un cúmulo de recetas, pero como ya he dicho que no quiero que sea un recetario, lo pongo como una suma de ideas diversas.

- Darse a los demás.
- No ser un diagnóstico médico parlante.
- Ser libre y ser humilde.
- Estar abierto a la modernidad.
- No tragarse cualquier moda.
- Ser crítico y ser activo.

1. ¿QUÉ ES SER MAYOR?

Ser mayor no es fácil de explicar. Ser mayor es ser una persona con experiencia. Un viejo o un abuelo no son palabras ofensivas. Presumir de ello es fenomenal.

Ser mayor es saber que el tiempo que estás viviendo ahora corre muy deprisa y cada vez escasea

más.

2. Lo **QUE IMPLICA Y LO QUE NO IMPLICA**

- Haber vivido mucho.
- Tener muchas historietas que contar.
- No por ello hay que contarlas siempre.
- Ni muchas veces.
- Aunque consideres que son pocas veces, son muchas.
- Ser responsable.
- Llevar una vida ejemplar.
- Si no lo es, intentar convertirla en ejemplar.
- Seguir estudiando para dar consejos.
- Ponerse a tiro para que acudan a pedirte consejos.

3. LA **PIRÁMIDE DEMOGRÁFICA**

Efectivamente hemos decidido no tener hijos y los viejos no nos morimos ni a tiros. Esto hace que sea necesario que ejerzamos de referentes:

- Hacernos valer, aunque sea por haber conseguido llegar hasta aquí hoy.
- Ganarnos el respeto de los nuestros y de los que no son nuestros.
- Renovar el concepto de autoridad. Las canas mandan en la pirámide social.
- Estar al quite para que las familias funcionen. Si tus hijos te necesitan ayúdales, pero enséñales también. Que no abusen de ti para que su familia funcione.
- ¿Es cierto que «esto no pasaba en mi época»? Lo más probable es que todo lo que está

pasando ahora ya pasara en tu época, pero no te enterabas.

— Ser libre para decir lo que quieras. Aunque un viejo esté más limitado, o completamente limitado, la libertad interior es solo suya.

— Los jóvenes necesitan de los mayores para poder seguir adelante. Y si no, ¿por qué BuenaFuente, con un espacio líder de audiencia y con el país viviendo la mayor crisis económica de sus historia reciente, tuvo a tres personas mayores de setenta años como colaboradores fijos en su programa durante una temporada?

— Confiar en tu equipo: tu mujer, tus amigos, tus hijos, tus vecinos.

— Una retirada a tiempo es siempre una victoria.

4. EL YO DE SIEMPRE

— Mi vida cambió de forma radical cuando ya estaba de retirada. Pasé a tener una nueva vida. Con lo cual, nunca sabes lo que te depara el futuro. Aunque ya seas muy viejo.

— Los viejos vemos el futuro corto. Así que ponte las pilas.

— Reconozcamos nuestras limitaciones. A donde no llegue puede llegar otro por mí. Busquemos extensiones de nosotros, no limitadores. Aprovechemos que tenemos extensores en la familia: hijos, nietos, amigos, vecinos... Pueden ver que somos viejos alegres, entusiastas y que podemos echar mano de ellos para seguir siéndolo.

— Lo que no puedo hacer no lo hago.

— Yo soy el mismo de siempre pero con la carrocería más cascada, pero por dentro más joven que nunca.

5. EL YO DE HOY

— Ya he hecho muchas cosas en mi vida. Me merezco descansar. Eso es verdad. Pero ¿es incompatible con vivir intensamente todo lo que vivo?

— Jubilarse no es lo mismo que quedarse parado: hay que obligarse a tener una vida activa. Eso cuesta al principio, pero una vez adquirido el hábito es imparable.

— La edad es solo una circunstancia causada por el paso del tiempo.

— Hay que tener muy claro que es mejor estar que no estar.

— El optimismo es una cualidad invariablemente innata en toda persona mayorcísima. Es lo que le ha llevado a llegar tan lejos.

— Mi obligación es hacer la vida más fácil a los demás. Aunque cueste.

6. «LA SALUD ES LO PRIMERO»

— Hay que cuidarse, aunque nos dé pereza.

— Enfrentarse a la realidad: esos audífonos, ese bastón, esa revisión, no está de más ponerse en marcha.

— Realizar alguna actividad física —aunque sea gimnasia sueca o jugar la *brain training* con la videoconsola del nieto— es buenísimo. No se trata de subir el Himalaya. Se trata de estar activo.

— Es el momento, breve a veces, para que la mente entre en total desconexión.

— Hay que trabajar para tener el motor a punto. Porque si no un día se te puede quemar la casa y tu cuerpo tiene que aguantar el arreón del disgusto. Lo más *heavy* esta por venir siempre.

— Échale gracia a tu vida. Ponerse guapo o intentarlo es bueno. Pero ojo con hacer el ridículo, ni creer que hay que pasar por quirófano. La arruga es muy bella.

7. EL TIEMPO EN NUESTRAS MANOS

— Abrir los ojos por la mañana y levantarse, aunque cueste, es una bendición. Así llevas años y años y años. Y cada vez el logro es mayor y el esfuerzo también.

— Vivir el hoy pensando en el ayer es, como diría Ma-falda, mirar al futuro con el cogote. No sirve de nada. El mañana es el plan a largo plazo más fácil de llevar a cabo.

— Los amigos se van: es inevitable. Siempre lo ha sido. Aprovecha que los tienes, escúchales porque están ansiosos por hablar... y arregla los problemas si es que tienes a alguien enemistado.

— Estate dispuesto a dar oportunidades: nunca sabes de dónde puede surgir un amigo nuevo, aunque sea en la vejez.

— Ponte metas y ten sueños. Quizá puedas realizarlos. Nunca sabes cómo se pueden hacer

realidad ni cuándo.

— Sumérgete en las nuevas tecnologías: Internet, redes sociales, whatsapp... todo. No te pierdas el mundo.

8. ¿COSAS DE LA EDAD?

Ser viejo es muy bueno porque:

— Sabes mucho más que los demás.

— Las ves venir antes.

— Te permiten casi todo.

— Eres mucho más libre en lo que quieras decir.

— Tienes mayor resistencia.

— Te ceden el paso o te hacen descuentos.

— Hay tremendas ventajas —vale, y también inconvenientes— por tener **X** años, siendo **X** mayor que sesenta.

— La generosidad = la utilidad de mis **X** años para los demás = compartir lo que sé y lo que he vivido con personas a las que les puede ir bien.

9. ARREGLARSE PARA EL FINAL

— El futuro «dominable» y el no «dominable».

— Siempre estamos a tiempo de acabar con ovaciones.

— Deja por escrito o cuéntale a la gente cómo te gustaría que fueran las cosas una vez que ya no estés.

— Recuerda que para salir por la puerta grande no solo basta con hacer una buena faena: tiene que ser memorable.

— Haz testamento. No lo dejes para el final.

— No improvises.

— Vive en paz y muere en paz.

10. FINAL

— Piensa cómo te gustaría que te recordaran. Tómatelo como si fuera el destino al que vas invariablemente.

A todo esto yo le añadiría un «reza más», porque para mí estaría en el punto 0.

Si tuviera que escribir ahora una frase que englobara la idea del libro y de este conjunto de cosas escritas pondría: «Vive en paz, vive ya y aprovecha tu tiempo para hacer feliz a los demás».

Y escucharía, desde la cama, por la noche, una tormenta en San Quirico, hasta quedarme dormido.

San Quirico, ahora sí, septiembre 2014